Una semana juntos

Anne McAllister

4º Antonides-Savas



Una semana juntos (2008)
Pertenece a la Temática En la cama con el jefe
Título Original: The boss's wife for a week (2007)
Serie: 4º Antonides-Savas
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1812
Género: Contemporánea
Protagonistas: Spence Tyack y Sadie Morrissey

Argumento:

Empresario busca esposa. Debe estar disponible para toda una semana…

Si quería asegurarse aquel millonario contrato, Spence Tyack debía estar casado al menos durante una semana. Así pues, necesitaba una mujer a la que pudiera cortejar en público y con la que pudiera acostarse en privado. Pero, ¿quién podría llevar a cabo tan delicado trabajo?

Desde luego su recatada secretaria no. Sadie Morrissey era una magnifica empleada, pero Spence jamás habría sospechado que estuviese dispuesta a meterse en el papel

tan a fondo… ¡no sólo en la sala de juntas, sino también en el dormitorio!

Capítulo 1

Era el trabajo administrativo lo que mantenía a Sadie Morrissey atada a Spence Tyack. Él era un negado para aquello.

Tyack Enterprises una un próspero negocio de promoción inmobiliaria y, eso, porque Spence tenía buen ojo, ética y era perspicaz. Y porque Sadie se encargaba de los detalles.

Llevaba años haciéndolo, desde que todavía estaba en el instituto y él tenía sólo veintiún años y era un chico que iba por mal camino y tenía poco más que agallas y objetivos. En esos momentos, doce años más tarde, era el dueño de una multinacional y tenía negocios en los cinco continentes. Sadie pensaba a veces que Spence era capaz de controlar el mundo entero, pero ella no podía seguir su ritmo.

Y él lo sabía. Sabía que era Sadie la que lo mantenía todo organizado, la que se ocupaba de cualquier documento, la que convocaba una reunión entre personas de cuatro continentes distintos en cualquier momento, quien tenía una agenda con más información que la suya propia.

A veces, Spence le decía que tenía que trabajar más rápido, pero sólo para hacerla rabiar. Luego volvía a sonreírle, le recordaba otra media docena de cosas que tenía que hacer y se marchaba a tomar otro avión mientras Sadie se quedaba trabajando.

Aunque a ella no le importaba.

Hasta el año anterior, había tenido un motivo para quedarse en Butte. Ocuparse de su abuela y asegurarse de que pudiese seguir viviendo en su casa el máximo tiempo posible.

Pero su abuela había fallecido seis meses antes y sus padres llevaban desde entonces insistiendo en que volviese a Oregón con ellos, y su hermano, Danny, le había prometido que le conseguiría muchas entrevistas de trabajo si se iba a Seattle.

Pero Sadie no se había marchado. Le gustaba Butte. Le encantaba Montana, que hubiese cuatro estaciones y espacios abiertos. Para ella era el mejor lugar del mundo.

Y le gustaba su vida. Que consistía básicamente en su trabajo. Spence y ella siempre habían trabajado bien juntos, y el trabajo era emocionante y difícil, a pesar de que siempre iba como loca y trabajaba muchas horas para que Spence pudiese seguir comprando el mundo trocito a trocito.

Algunos días, como aquel mismo, Sadie deseaba haber nacido pulpo. Aunque ni con ocho brazos habría sido capaz de llevar todos los proyectos de Tyack Enterprises.

Cuando había abierto el despacho, a las ocho y media de la mañana, ya estaba sonando el teléfono. A la hora de la comida, ya había hablado cuatro veces con un italiano decidido a fomentar los intereses de Spence

en Nápoles. También había tenido que escuchar a un magnate griego de nombre Aquiles, que tampoco aceptaba un no por respuesta. Y entre esas y otras llamadas, había terminado de preparar la reunión que tenía Spence en Fiji a la semana siguiente.

Había sido un reto arreglarlo todo para que sus socios inversores y él pasasen una semana en una de las islas más pequeñas de Fiji, en un centro turístico para hombres y mujeres de negocios estresados. Las personas tan influyentes como Spence no lo tenían fácil para poder escaparse una semana al paraíso.

—No queremos holgazanear —le había dicho Spence la última vez que había pasado por Butte—. Sólo queremos ir, ver el lugar, hacer números y, si nos viene bien, comprarlo.

—Eso es lo que tú quieres —había admitido ella—, pero el señor Isogawa quiere que experimentéis la paz en la que vais a invertir.

Eso le había quedado claro desde la primera vez que había hablado con Tadahiro Isogawa, un hombre de negocios japonés. El señor Isogawa quería socios, sí, pero no cualquier socio. Quería socios que creyesen en el concepto del centro turístico, y que lo viviesen en primera persona.

—Espera que vayáis todos y paséis una semana conociendo el sitio, conociéndoos los unos a los otros, y reforzando la relación entre los miembros de vuestras familias.

—Yo no tengo familia.

—Pues díselo tú al señor Isogawa. Es un forofo del matrimonio y de la familia. Me dijo que trabajaba por ella, pero que hay personas que trabajan tanto que confunden sus prioridades. Por eso es necesario *Nanumi*, que quiere decir «recordar» en fiyiano —le había explicado a Spence.

Él había enarcado las cejas con escepticismo y Sadie se había limitado a encogerse de hombros.

—Tú veras —había añadido—, pero dice que quiere que vayáis todos, con vuestras esposas, a pasar una semana allí.

Spence había puesto los ojos en blanco, pero quería conseguir el centro turístico, así que le había dicho a Sadie que lo organizase todo. Y eso había hecho ella.

Entretanto, había respondido a las miles de preguntas de las sorprendidas mujeres de los inversores, que habían querido asegurarse de que era verdad lo de la semana de vacaciones.

—Nunca nos vamos de vacaciones —le había dicho Marion Ten Eyck —. John siempre está trabajando.

La esposa de Steve Walker, Cathy, le había dicho más o menos lo mismo. Y la de Richard Carstairs, Leonie, la había llamado todos los días.

Y justo cuando lo tenía todo arreglado y había empezado a trabajar en un contrato que le había enviado Spence por fax, volvió a sonar el teléfono.

—Tyack Enterprises —contestó.

Yoyó al otro lado una voz cuya lengua materna no era el inglés.

—Ah, *Isogawa-san*, *konnichi wa.* ¡Me alegro de hablar con usted!

El señor Isogawa era la única persona con la que todavía no había hablado.

—Todo el mundo llega el sábado. Tengo todos los detalles delante de mí.

—Tiene que venir usted también —le dijo el japonés.

—Muchas gracias, me encantaría. ¿Quién no querría pasar una semana en el paraíso? Pero tengo mucho trabajo.

—Aun así —replicó él—. Trabaja muy duro. También debería tomarse unas vacaciones. Tener vida propia.

¿Cómo sabía él que no tenía vida propia?

—Hable con Spence —añadió—. Él lo arreglará.

Spence nunca se iba de vacaciones, y no veía por qué otras personas sí debían irse. Ella tenía derecho a dos semanas al año, pero no recordaba la última vez que las había utilizado.

—Tal vez en otra ocasión —respondió ella. «Cuando las ranas críen dientes».

No obstante, después de colgarle el teléfono al señor Isogawa, pensó en lo que éste le había dicho.

No acerca de ir a Fiji, eso era impensable, sino acerca de marcharse. Irse a otro sitio. Durante años, se había asegurado a sí misma que le encantaba su vida.

¿Pero era aquello realmente una vida?

Rob McConnell, el hombre con el que había salido durante los últimos meses, estaba seguro de que no.

—Nunca tienes tiempo para nada que no sea tu maldito trabajo —le decía—. Nunca volverás a vivir estos años, Sadie.

De costumbre, Rob no era tan brusco, pero sabía que su comportamiento se debía a que ella no quería comprometerse. Y no lo culpaba. Era un buen hombre. Quería casarse y formar una familia. Ya se lo había dicho. Y tenía razón, aquellos años no iban a volver. Tenía veintiocho y, si pretendía ir en serio con alguien, ya podía ir empezando.

Y ella quería tener una relación seria. Lo quería. Pero no con Rob. Ése era el problema.

Tal vez debiese marcharse de allí. Llevaba pensándolo desde que su hermano Danny había ido a verla la semana anterior, con su esposa y sus gemelos de un año. Le había dado mucha impresión verlo así. Él siempre había sido un bala perdida, como Spence.

Y, al parecer, Danny también había hecho su propia reflexión.

—¿Quién iba a pensar que sentaría la cabeza yo antes que tú? —le había comentado la noche antes de marcharse, sentado en el salón con un niño en cada brazo, con aspecto cansado, pero feliz—. Aunque estás establecida, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Que eres la esclava de Spence.

—¡Eso no es verdad! No seas absurdo.

—No soy yo el absurdo, Sadie. No haces nada más que trabajar.

—¡Tenemos unos objetivos! —se había defendido ella.

—Spence los tiene —la había corregido su hermano.

—¿Qué significa eso?

—Sabes perfectamente lo que significa —le había dicho él mirándola a los ojos.

—¡Tengo un trabajo estupendo!

—¿Y tienes vida? Venga, Sadie. Siempre estabas pensando en los nombres que les pondrías a tus hijos cuando creciesen. Tienes casi treinta años y casi ni sales con hombres.

—Tengo veintiocho años. Y Rob…

—No vas en serio con Rob McConnell, si no, lo habrías invitado para que Kel y yo lo conociésemos. Así que encuentra a otra persona. Cásate. Ten la familia que siempre habías querido tener.

—Estoy bien así.

—Sí. Seguro. Podrías encontrar trabajo en cualquier parte. Ven a Seattle. Kel te encontrará ofertas de trabajo. Créeme, estás perdiendo el tiempo con Spence.

—No salgo con él.

—Gracias a Dios. Es amigo mío, pero no es el hombre adecuado para casarse.

Eso ya lo sabía ella, pero sacudió la cabeza.

—Sólo trabajo para él.

—Pues déjalo.

—No puedo.

—¿Por qué no? ¿Acaso es Spence el dueño de tu alma?

—¡Claro que no! —pero se había puesto colorada y había esperado que Danny no se diese cuenta.

Afortunadamente, él se había limitado a sacudir la cabeza.

—Pues cualquiera lo diría. Llevas años trabajando para él. Desde el instituto.

—Porque necesitaba ayuda. Ya conoces a Spence. Se le da bien dirigir. Es estupendo encontrando propiedades y reformándolas. Tiene un gran potencial. Pero no se le da bien el papeleo. Ni los detalles. Además —le recordó a su hermano—, no me quedé aquí. Me marché, ¿recuerdas? Fui cuatro años a la universidad de UCLA.

—Y luego volviste aquí, idiota. Con él.

—Volví por el trabajo —insistió Sadie—. Me paga una fortuna, y me llevo un porcentaje de los beneficios. ¿Y adonde podría ir que me dejasen llevar un negocio como éste a mi edad? ¿Y seguir viviendo en Butte?

—Desde luego, eso es una ventaja. ¡Butte! El centro de la cultura occidental.

Por supuesto que no lo era, pero aquella vieja ciudad minera estaba recuperándose, gracias en parte a Spence y a otro puñado de hombres como él que estaban decididos a mejorar las cosas.

—No seas sarcástico. Y no hables mal de Butte. Es mi hogar. Spence no habla mal de ella, a pesar de tener más motivos que tú.

Danny y ella habían tenido una niñez feliz, con unos padres que los querían. Spence, no. En aquellos momentos, era un magnate internacional del mercado inmobiliario, pero no había nacido en cuna de oro.

En una ocasión había dicho él mismo que ni siquiera había nacido en una cuna de cobre, pero que había sobrevivido.

Aunque no gracias a sus padres, eso estaba claro. Sadie recordaba al abuelo de Spence como un hombre cariñoso, pero había muerto cuando él tenía sólo diez años. A partir de entonces, su vida había empezado a ser un infierno. Su padre, alcohólico, era incapaz de conservar un trabajo y aparecía poco por casa. Cuando lo hacía, era para pelearse con su madre o darle una bofetada a Spence. Y su madre había descargado siempre su amargura sobre su único hijo.

Su madre lo había acusado a menudo de ser igual que su padre. Aunque no lo era. Ni siquiera se parecían.

Al contrario que su padre, Spence siempre se había exigido mucho a sí mismo. A pesar de que durante los años de instituto había sido algo así como un delincuente juvenil, siempre había querido ser el mejor.

Un asistente social, que había insistido en encontrarse con él en el cementerio, delante de la tumba de su abuelo, había puesto fin a aquellos años de delincuencia. Después de aquello, Spence había decidido ser el orgullo de aquel hombre. Tener éxito. Convertirse en el mejor hombre que pudiese.

Había trabajado todo lo que había podido. Había ahorrado dinero y había conseguido comprar su primera casa el día de su vigésimo primer cumpleaños. Una casucha con goteras en el tejado.

Siempre que había podido, había ido a trabajar en la mina para conseguir más dinero. Después, por la noche, había trabajado para ir reformando la casa. Varios meses más tarde, había vendido la casa y

había obtenido beneficios, había comprado otra y había hecho lo mismo con ella. Luego otra, y otra.

Con veintidós años, había pedido su primer crédito. Y había sido entonces cuando había contratado a Sadie, para que le organizase los papeles. En su camioneta. Todavía no tenía un despacho.

Y n año después, Spence había comprado su primer edificio. Luego, dos. Durante su último año de instituto, Sadie había dispuesto por fin de un despacho. Y Spence le había comprado una placa en la que había hecho grabar: *Despacho de Sadie*.

Y él se había puesto furioso cuando ella le había dicho que se iba a estudiar a California.

Sadie no podía seguir trabajando para él. No podía, por su salud mental. Porque estaba enamorada de él. Y lo había estado durante años. De hecho, desde que tenía memoria.

Aunque, afortunadamente, él no lo sabía. Se habría horrorizado, porque él no estaba enamorado de ella.

Había esperado aprender mucho en la universidad, conseguir estupendas ofertas de trabajo y conocer a algún hombre que la hiciese olvidarse de Spence.

Y si había vuelto cada verano a ayudarlo había sido porque él se había negado a contratar a otra persona.

—No hace falta. Puedo esperarte —le decía siempre—. De todos modos, acabarás volviendo.

Y así había sido. Había vuelto a pasar los veranos con sus padres, a ver a su abuela, de visita, aunque nunca había pensado que volvería a vivir permanentemente en Butte.

Todo había ido como ella había planeado. Había aprendido mucho en la universidad y había conseguido estupendas ofertas de trabajo. Entre ellas, una de Spence.

Él había ido a su graduación, le había prometido una buena cantidad de dinero, un despacho nuevo en uno de los edificios más famosos de Butte, que él estaba reformando, y un porcentaje de los beneficios.

Y Sadie no había sabido qué decirle. Lo cierto era que todavía no era inmune a él. Su encantadora sonrisa seguía haciendo que le temblasen las piernas, y cuando su dura mirada se volvía dulce y tierna, algo que ocurría en pocas ocasiones, a Sadie le daba la sensación de que se le iba a salir el corazón del pecho.

Entonces había decidido que lo que necesitaba era una terapia de choque. Sumergirse completamente en el mundo de Spence Tyack. Así, acabaría curándose de todas sus ingenuas fantasías.

Por eso había aceptado. Y de eso hacía casi seis años.

Durante aquellos seis años habían pasado muchas cosas. Ella había hecho todo lo posible por olvidarse de él. Se había dicho que ya no estaba

enamorada. Había salido con otros hombres, pero ninguno había hecho que le latiese el corazón como hacía que le latiese Spence sin quererlo.

No obstante, sabía que no estaba hecho para ella.

—Me gusta trabajar para él —le había dicho a Danny—. Es muy emocionante.

Spence tenía propiedades en siete países. Era el dueño de complejos de apartamentos, edificios de oficinas, pisos. Siempre tenía ideas nuevas. Y siempre las comentaba con ella. Le pedía su opinión. Juntos, discutían la posibilidad y la analizaban.

—Te daré una parte —le decía él siempre.

Y era cierto. Tal vez Sadie no tuviese vida, pero formaba parte de un negocio emocionante.

Suspiró. Eran casi las cinco. Podía marcharse a esa hora. Si lo hiciese, también tendría algo de vida propia, aunque tenía mucho trabajo sin hacer.

Sonó el teléfono y ella contestó sin dudarlo.

—Tyack Enterprises. Habla con Sadie.

—Sadie, *case-me, meu amor* —cantó una voz aterciopelada.

Sadie sonrió al reconocerla. Si había un hombre, aparte de Spence, que podía revolucionar las hormonas de una mujer era Mateus Gonsalves. El único problema era que lo sabía.

—Hola, Mateus. *Obrigada*. Pero, no. Creo que sigo sin querer casarme contigo. Y Spence está en Nueva York.

Él suspiró.

—No quiero casarme con Spence, sino contigo, y alejarte de ese jefe negrero que tienes.

Habían tenido aquella misma conversación al menos una docena de veces. Desde la primera vez que Spence había llevado a su amigo brasileño a Butte, Mateus había flirteado con ella, le había pedido que se casase con él.

—No lo hará —le había dicho Spence alegremente a su amigo—. Sadie odia a los hombres.

—¡Eso no es verdad! —había protestado ella, dándole un empujón y sacando de entre un montón un documento que él había estado buscando durante un rato.

—Lo ves, es un genio. Sabe dónde está todo —le había dicho a Mateus. Luego, se había vuelto hacia ella—. No sales con nadie.

—Sí. Cuando estoy de buen humor —y era la verdad. No odiaba a los hombres.

—Saldrá conmigo —había asegurado Mateus.

Pero eso nunca había ocurrido.

—Tengo que hablar con Spence acerca de construir en Sao Paulo —le dijo en esos momentos.

—Yo se lo comentaré.

—Dame su número de teléfono móvil.

—Nunca lo tiene encendido —a no ser que estuviese esperando una llamada, pero siempre esperaba que ella tuviese el suyo encendido por si tenía que localizarla—. Cuando dé señales de vida, le diré que te llame.

—*Obrigado* —contestó Mateus—. Dile que tengo una propuesta para él. Y otra para ti.

—No voy a casarme contigo, Mateus.

—No me refería a eso. Pero, hablando en serio, deberías venir a trabajar para mí. Voy a abrir una oficina en Texas. Podrías dirigirla tú con una mano atada a la espalda.

Y tener una vida, además, se dijo Sadie, pero luego suspiró y sacudió la cabeza. Tener que luchar contra Mateus sería todavía más difícil que trabajar para Spence, que ni siquiera parecía recordar que fuese una mujer.

—Gracias, pero no.

—Piénsalo.

—Lo pensaré —accedió ella, porque era más sencillo que discutir.

—Ya hablaremos luego. *Adeus*, querida.

—*Adeus*, Mateus —colgó y empezó a recoger los contratos, decidida a llevárselos a casa y leerlos allí. Al menos, podría decir que se había ido del trabajo a las cinco y diez.

Justo en ese momento sonó su teléfono. Miró quién la llamaba y contestó.

—Son más de las cinco —contestó.

—¿Y?

Incluso cuando estaba molesta con él, el sonido de la voz de barítono de Spence hacía que se le acelerase el pulso.

—Que tengo una vida.

—Guau. ¿Quién ha hecho que te enfades?

«Tú», quería contestar ella. Aunque en realidad estaba enfadada consigo misma.

—Esto ha sido una casa de locos hoy.

—Me alegra oírlo. Necesito que me hagas un favor.

Sadie agarró un bolígrafo y se preparó para escribir, pero él no dijo nada.

—¿Spence?

—Sí —respondió él. De repente, parecía distraído—. No es nada difícil. Necesito que consigas mi partida de nacimiento y mi certificado de divorcio y me los traigas a Nueva York.

—¿Que haga el qué? —preguntó ella, como si le hubiesen dado una patada en el estómago.

—Ya me has oído. Los necesito mañana. En Nueva York.

Ella siempre había pensado que respirar era un reflejo involuntario, pero, en esos momentos, no estuvo segura.

—¿Sadie? ¿Sigues ahí? ¿Me has oído?

—Sí, te he oído —consiguió decir.

—Estupendo. Busca los dos papeles y toma un avión esta misma noche. O mañana. Me da igual. Lo importante es que estés aquí antes de las dos de la tarde.

Ella no dijo nada y el lápiz se le rompió en la mano.

—¡Sadie!

—¡Sí! —espetó ella—. ¡Te he oído!

—Bueno, entonces, puedes darme la enhorabuena.

—¿Por qué? —preguntó, aunque ya sabía el motivo. No obstante, estaba atónita.

—Porque voy a casarme —dijo él en tono casi desafiante, como si esperase que ella se lo discutiese.

Ella no quiso discutir, pero no pudo evitar hablar con sarcasmo.

—¿Mañana? ¿No te parece un poco precipitado? Quiero decir, teniendo en cuenta tus antecedentes y esas cosas.

«Cállate», se dijo. «Cállate, cállate, cállate».

—Esta vez todo irá bien. No como con Emily.

—Yo no estaba pensando en Emily —contestó ella sin poder evitarlo —. Con Emily no te casaste.

—Recuerdo perfectamente con quién me casé —soltó él.

Sadie también lo recordaba. ¡Se había casado con ella!

Y por despecho. Cuado la bella y rica Emily Mollineux le había dejado plantado en Las Vegas, él se había sentido vacío.

Así que cuando había cerrado de un portazo la puerta de la capilla, Sadie había ido tras él, por miedo a lo que pudiese hacer. Nunca se habría imaginado que media docena de copas después le pediría que se casase con él.

Pero lo había hecho. Y con insistencia.

Y Sadie, que había tenido que ser sincera con él en aquellos momentos, le había dicho que sí.

Y una hora más tarde, estaban casados.

Después de que les diesen el certificado de matrimonio, habían ido a la suite nupcial y habían hecho el amor. Apasionadamente. Desesperadamente.

Había sido la noche más maravillosa de la vida de Sadie.

A la mañana siguiente, al despertar, se había encontrado con Spence completamente vestido, yendo y viniendo de un lado a otro, furioso, tirándose de los pelos y diciendo.

—Ha sido un error.

Sadie casi no había abierto los ojos cuando él se había puesto a su lado y le había dicho:

—Nunca debía haber ocurrido. Nunca debí… Nunca debí… ¡Maldita sea! —había sacudido la cabeza con incredulidad—. Lo siento, Sadie. No quería… ¡No sé en qué estaba pensando! Pero todo irá bien. No te preocupes. Nos divorciaremos.

—¿Divorciarnos? —había repetido ella, incrédula.

Spence había asentido con vehemencia.

—No podremos conseguir una anulación. Pero no será un problema. Te lo prometo. Yo me ocuparé de todo.

Se lo había dicho con tanta decisión como le había pedido que se casase con él unas horas antes. Ella había intentado tragar saliva.

¿Acaso tan horrible había sido la experiencia para él? Aparentemente, sí.

Al menos, había sido capaz de contenerse y no declararle su amor. Se había limitado a asentir.

—De acuerdo.

—¿Estás bien? —le había preguntado él.

Sí, estupendamente. Nunca había estado mejor.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no tienes buen aspecto.

—Muchas gracias.

—No quería decir… yo sólo… Lo siento. No sé en qué estaba pensando. Lo siento. Siento lo de la boda. Siento… —se había interrumpido y había bajado la mirada de su rostro, hacia su cuerpo, que estaba cubierto por las sábanas.

¿Sentía que hubiesen consumado el matrimonio? ¿Sentía haberle hecho el amor? Al parecer, se arrepentía de todo.

—No pienses en ello —le había dicho él—. Yo me ocuparé de todo. Ni siquiera tienes que volver a mencionar el tema.

¿Le preocupaba que lo hiciese? Que anunciase que se había casado con ella y la había dejado doce horas después. Ella lo había mirado, incapaz de articular palabra.

—Estás cansada. Vuelve a dormirte. La habitación está reservada hasta el miércoles. Quédate todo lo que quieras.

¡Como si Sadie hubiese querido quedarse en la suite nupcial después de que su marido se hubiese divorciado de ella!

—Yo me marcharé —había continuado él—. Voy a irme a Barcelona unos días antes de lo previsto, pero antes arreglaré lo del divorcio. ¿De acuerdo?

Sadie se había encogido de hombros. ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

—Todo irá bien. Te lo prometo. Esto no cambiará las cosas entre nosotros, ¿verdad? Te quedarás conmigo.

—¿Quedarme?

—Trabajando, quiero decir. No tenemos por qué sentirnos incómodos. Somos amigos —le había dicho con toda seriedad.

¿Y por qué no? Al fin y al cabo, la noche anterior no había significado nada para él, aparte de un error. Quería que fuese su amiga, no su esposa. Sadie no supo qué contestar. Lo más inteligente habría sido decirle que no, pero no había querido que él pensase que, para ella, aquel matrimonio significaba más que para él. Si se lo decía, tal vez él insistiese en que siguiesen casados, sólo por lástima. Y ella no quería eso.

—Me quedaré. Por ahora.

Él le había dedicado una de sus perfectas sonrisas.

—Está bien. Eres una amiga, Sadie. Sabía que accederías. Llamaré a un abogado desde el aeropuerto. Y te llamaré a ti mañana desde Barcelona. Pero no te preocupes. Yo me ocuparé de todo —luego había agarrado su maleta y se había marchado.

Yeso había sido básicamente todo.

La primera mañana que se habían visto en el despacho, un mes después, Spence le había asegurado que todo estaba arreglado.

Y así era como había terminado su breve matrimonio con Spence.

Él nunca había vuelto a mencionar el tema.

Ni ella tampoco. Aunque, evidentemente, sí había pensado en él. Muchas veces al principio. Casi sin cesar. Pero, poco a poco, había ido relegándolo al fondo de su mente.

—No sé dónde están los papeles —dijo en ese momento.

—En mi caja de seguridad. Tienes una llave.

—Sí, pero… ¿vas a casarte?

—Es por negocios, Sadie. ¿No pensarás que me he enamorado?

—¿Por negocios?

—Voy a casarme con Dena Wilson. Es perfecto. Vamos a unir nuestras fuerzas. No sé cómo no se me había ocurrido antes. Juntos, tendremos el doble de peso. El doble de experiencia.

—Sí, pero, ¿mañana?

—Para que estemos casados antes de irnos a las islas Fiji. Por cierto, ¿puedes conseguir un vuelo para Dena?

Sadie iba a matarlo.

—No tienes por qué hacerlo esta noche. Puedes hacerlo mañana desde aquí. Tú ven a los juzgados con los papeles. La ceremonia es a las dos. Te reservaré una habitación en un buen hotel para por la noche, por las molestias, ¿de acuerdo? Donde tú quieras. Considéralo unas vacaciones. Ahora, tengo que irme. Tom y Dena acaban de llegar. Hasta mañana.

Y colgó.

Sadie se quedó mirando el teléfono y se sintió como si todo su mundo se hubiese desmoronado de repente.

¿Dónde diablos estaba?

Spence se miró el reloj por décima vez en los últimos cinco minutos. Llevaba tres cuartos de hora yendo y viniendo por el vestíbulo de los juzgados.

Había llegado allí una hora antes, para estar cuando llegase Sadie, ya que no estaba seguro de a qué hora sería. La noche anterior había tenido el teléfono apagado, no había querido que ella lo llamase para decirle que estaba cometiendo un error.

No estaba cometiendo un error.

Todo el lío de Emily sí había sido un error.

Y casarse con Sadie sin saber por qué, después de que Emily lo hubiese dejado plantado, había sido todavía peor.

Nunca debía habérselo pedido. Nunca debía haberla puesto en semejante situación.

Pero, en aquellos momentos, había estado fuera de sí. Se había sentido despechado.

Por eso había acudido a Sadie y había utilizado su amistad para restaurar su maltrecha autoestima. Y le había sido muy fácil. Sadie podía discutir con él acerca de todo en los negocios, pero, cuando de relaciones personales se trataba, era fácil de manejar.

Y por la mañana, cuando se había despertado y se la había encontrado a su lado, en la cama, cuando había recordado lo que habían hecho, se había sentido consternado.

¡Si Sadie hasta tenía novio! Y a él le había dado igual.

Le había pedido que se casase con él, y no había querido aceptar un no por respuesta. Pero, por la mañana, había sabido inmediatamente que había cometido un error.

Y no volvería a cometer el mismo error dos veces. Aquel matrimonio era sólo un negocio, ni más, ni menos. Dena y él querían exactamente lo mismo.

Todo iría bien.

Eso, siempre y cuando Sadie apareciese con los papeles.

No sabía dónde estaba, ni a qué hora había tomado el vuelo. Tal vez lo hubiese sabido si hubiese dejado encendido el teléfono la noche anterior, pero no había querido hablar con ella.

Sadie era, al fin y al cabo, una idealista, una romántica. Desde que la conocía, ella siempre había pensado que algún día conocería al hombre perfecto. Por eso había querido divorciarse de ella lo antes posible, para darle la oportunidad de conocerlo.

Y no quería oír que Dena Wilson no era su mujer perfecta. Aquello era sólo un negocio. Ninguno de los dos quería un hogar, ni una familia.

Por eso había apagado su teléfono, y por eso no sabía dónde estaba Sadie. Había intentado llamarla, pero el de ella también estaba apagado o fuera de cobertura.

Y la ceremonia empezaba en quince minutos.

—Sadie no llega —dijo Dena apareciendo a su lado. Sonreía, como de costumbre, pero parecía un poco tensa.

—Llegará.

—Por su puesto. Avísame cuando lo haga. Tengo que revisar unos papeles.

Volvió a entrar en la sala, y Spence se quedó allí, intentando llamarla una y otra vez.

Diez minutos después, se abrió la puerta del despacho del juez y salió Tom, el padre de Dena.

—He quedado con Sawyer en Savannah a las nueve. Tenemos que empezar ya.

—Pero Sadie no ha llegado. Y trae mis papeles. La partida de nacimiento. Y el certificado de divorcio —no había querido mencionar antes que estaba divorciado, pero ya no le quedaba otra alternativa.

—Casaos ahora. Ya os preocuparéis de los papeles después —sugirió Tom.

Era sensato. Lógico. Tenía que utilizar lo mejor posible su tiempo y sus recursos, igual que iba a hacer con aquel matrimonio.

Juntos, como señor y señora Tyack, mejorarían sus negocios. Y tendría un problema solucionado con el señor Isogawa.

Entendía que al señor Tadahiro Isogawa le gustasen las familias felices. A él también, aunque su experiencia fuese otra bien distinta. No obstante, si se casaba con Dena, solucionaría su problema y crearía muchas oportunidades para ambos en un futuro.

Y cuando se lo había propuesto a Dena, ella lo había entendido todo inmediatamente.

—Muy inteligente —le había dicho—. Lo haremos por el negocio. Y por el sexo, por supuesto. Pero no tendremos hijos. Esas son mis condiciones.

—De acuerdo.

Y allí estaban. Salvo que Sadie no aparecía. ¿Dónde podía estar?

—Entonces, ¿estamos preparados? —insistió Tom.

—Claro. ¿Por qué no?

—Entonces, iré a buscar a Dena.

Spence entró en el despacho. Poco después, aparecieron también Tom y Dena.

El juez abrió la puerta y entró.

—Estoy en un receso —anunció—. Así que no tengo mucho tiempo —miró a Spence y a Dena—. ¿Sois vosotros la pareja? Venid aquí.

Spence tomó a Dena por el hombro y se acercó a donde estaba el juez, que se aclaró la garganta y empezó a hablar muy deprisa y en tono monótono.

De repente, oyó la puerta abrirse tras de ellos. Giró la cabeza.

¡Sadie!

Pero no era la Sadie tranquila, centrada y estable que él había esperado ver. Estaba despeinada y tenía los ojos rojos, y ojeras. Estaba muy pálida. Y lo miró como un corderito degollado.

—No se quede ahí, joven —espetó el juez—. ¡Siéntese! ¡No tengo todo el día!

—Tengo que…

—¡Cierre la puerta y siéntese!

Sadie cerró la puerta y se sentó.

El juez se aclaró la garganta y empezó de nuevo. Spence oyó a alguien moverse en su silla. ¿Sadie?

—… que no hay impedimentos legales ni motivos por los que este matrimonio no deba celebrarse. ¿Alguna objeción? —luego, sin dar tiempo a que nadie contestase, añadió—: No. Así que continuamos…

—Sí —dijo Sadie.

Spence se volvió a mirarla. Dena y Tom también lo hicieron.

—¿Tiene alguna objeción, joven? —preguntó el juez.

—Esto… Sí.

El juez frunció el ceño.

—¿Y en qué está basada?

Spence la miró furioso. ¿A qué estaba jugando?

Sadie le lanzó una mirada indescifrable, y luego se volvió a mirar al juez.

—Él ya está casado. Conmigo.

Capítulo 2

—¡Qué! —exclamó Spence mirándola fijamente. El juez se quedó boquiabierto y a Tom Wilson se le salían los ojos de las órbitas. Dena también tenía la boca abierta, y Sadie lo entendía. A ella también le había ocurrido lo mismo.

Intentó sonreír con poco éxito.

—Lo siento, pero es la verdad —dijo disculpándose delante del juez, de Tom y de Dena. Pero, al llegar a Spence, cambió la mirada.

—¿De qué estás hablando? ¡Eso ocurrió hace años! Los papeles del divorcio…

—Tenemos que hablar de eso —respondió Sadie.

—Estoy de acuerdo —dijo él mirando brevemente a Dena para disculparse, al juez y a Tom. Luego fue hacia ella y la tomó de un brazo bruscamente—. Vamos.

—No tardéis —les advirtió Tom—. Tengo que tomar un avión.

Spence no contestó. Se limitó a sacarla de la sala y a mirar a la gente que había en el pasillo, luego, abrió una puerta y le dijo.

—Aquí —cerró la puerta tras de ellos y la hizo girarse para que lo mirase—. ¿Qué demonios crees que estás naciendo?

—Evitar que cometas bigamia.

—No seas ridícula. Lo nuestro ni siquiera fue una boda y…

—Fue una unión legal en el estado de Nevada.

—Y yo gestioné el divorcio al día siguiente.

—Permíteme que te corrija. Llamaste a un abogado especializado en divorcios y le dijiste que se ocupase de ello.

—¡Y lo hizo! ¡Tengo los papeles!

—Tienes un sobre —volvió a corregirle Sadie—, pero no lo abriste.

Era bastante habitual en Spence que se limitase a delegar y diese por hecho que las cosas se hacían como él quería.

Era una pena que no hubiese delegado en ella los trámites del divorcio.

—No quería ni mirar los papeles. ¿Acaso tú habrías querido?

—No —Sadie tenía que admitir que a ella tampoco le hubiese gustado ver la locura que habían cometido escrita sobre papel—, pero me habría asegurado de que estaba hecho.

Spence sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿qué hay en el sobre? —preguntó frunciendo el ceño.

Sadie sacó los papeles del sobre y se los enseñó. El primero era una carta agradeciéndole que hubiese contactado con ellos y diciéndole que estarían encantados de llevar el caso en cuanto rellenase los formularios y se censase en el estado de Nevada durante seis semanas. Seis semanas después, si nadie lo impugnaba, el divorcio se haría efectivo.

Spence miró los papeles fijamente. Los leyó una y otra vez. Y luego levantó la mirada, furioso.

—Maldita sea —tiró los papeles encima de una mesa, se dio la vuelta y empezó a ir y venir por la habitación—. ¡Podían haber llamado! ¿Acaso pensaron que había cambiado de opinión?

—Eso es exactamente lo que ocurrió —le confirmó Sadie—. Los he llamado esta mañana. En el bufete sólo tenían una nota acerca de tu primera llamada de teléfono. Aparentemente, la gente cambia de opinión con más frecuencia de lo que tú crees.

Spence se limitó a mirarla fijamente.

Sadie se encogió de hombros.

—Así que parece que seguimos estando casados.

Había estado toda la noche dándole vueltas a aquello. ¿Todavía seguía casada? ¿Con Spence?

—Maldita sea —repitió Spence, luego se pasó la mano por el pelo.

Afortunadamente, ella ya había imaginado que la noticia no iba a entusiasmarle.

—Lo siento —dijo Sadie con acritud—. Supongo que esto estropea tus planes.

—Claro que los estropea —apretó los dientes, suspiró—. Pero no es culpa tuya —murmuró a regañadientes—. Tú te habrías ocupado de que se hiciese bien.

—Sí.

Se miraron a los ojos.

—Pero no quería que te molestases. Fui yo quien tuvo la culpa, quien cometió el error.

—Yo creo que el error lo cometimos los dos —respondió ella. Al fin y al cabo, había sido tan tonta que había aceptado casarse con él.

Llamaron a la puerta y, antes de que les diese tiempo a contestar, Tom asomó la cabeza.

—¿Ya lo habéis solucionado? —le preguntó a Spence.

Él negó con la cabeza.

—Tenemos un pequeño… contratiempo.

—¿Cómo de pequeño?

—Más bien grande.

Tom abrió más los ojos. Miró a Sadie.

—¿Sigues casado con ella? —preguntó atónito, mirándolos con desaprobación.

—Eso parece. Vete a tu reunión, Tom. Yo hablaré con Dena. Arreglaremos las cosas.

—Pero la boda…

—Queda cancelada. Por ahora.

—¿Y el proyecto de islas Fiji? —preguntó Tom—. ¿Qué pasará con Carstairs? ¿Y Leonie? ¿Qué dirá Isogawa?

Sadie frunció el ceño al oír que nombraba a las otras personas que iban a reunirse con Spence en Nanumi. ¿Qué tenían que ver ellos con aquella boda?

—¿Qué pasa con el proyecto? —quiso saber Sadie—. ¿Y con el señor Isogawa y Richard y Leonie Carstairs?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué sabes tú de Leonie? —inquirió Spence, mirándola con dureza, como si sospechase que Sadie hubiese estado husmeando.

—Nada —contestó ella—. Bueno, no mucho —se corrigió—. Sólo que Leonie parece un poco insegura.

Los dos hombres la miraron fijamente.

—Me ha llamado muchas veces —explicó Sadie—. Le preocupaba que Richard se fuese sin ella. Yo le aseguré que no tenía por qué preocuparse, que el señor Isogawa quería parejas.

Spence apretó la mandíbula y Tom le lanzó una mirada que Sadie no entendió.

—Es la verdad —continuó ella—. El señor Isogawa insistió en que fuesen las esposas —tal vez fuese por eso por lo que Spence quería llevarse a Dena, pero no lo preguntó, no iba a hacerlo delante de su padre.

—De acuerdo —murmuró Spence—. Es sólo que… no importa —se volvió hacia el otro hombre—. Vete, Tom. Seguiremos en contacto.

—¿Y qué pasa con Dena? ¿Qué vas a decirle?

—Se lo explicaré.

—Si esto se estropea… —comentó Tom sacudiendo la cabeza.

—No ocurrirá.

Tom lo miró con recelo y luego se marchó.

Se hizo el silencio.

—Podemos divorciarnos —se sintió obligada a decir Sadie.

—No de aquí a media hora.

—Bueno, eso no, pero…

—Olvídalo por ahora —insistió Spence—. Tengo que ir a hablar con Dena.

—Iré contigo.

—No.

—Pero…

—No, esto es entre Dena y yo. Tal vez nuestra boda fuese sólo cuestión de negocios, pero es mi amiga. Le debo una explicación. En privado.

—Tal vez fuese de ayuda si yo…

—No —la interrumpió él fríamente—. Ya me has ayudado bastante por hoy, Sadie. Quédate aquí. Ahora vuelvo —salió de la habitación dando un portazo.

¿Cómo que ya había ayudado bastante? ¡Como si fuese culpa suya!

Pues no lo era. Bueno, en parte, sí. Necesitaba tomarse un respiro. Sería ella la que se ocupase del divorcio en esa ocasión. Y luego se marcharía. Buscaría otro trabajo. Le vendería a Spence su parte de la empresa. Intentaría tener su propia vida.

«Ha llegado el momento», se dijo a sí misma con firmeza.

Dena ni siquiera levantó la mirada cuando Spence entró en el despacho del juez. Estaba absorta leyendo unos documentos. Nadie habría imaginado que acababan de estropearle su boda. Como siempre, estaba tranquila y serena. No tenía ni un pelo fuera de su sitio. Y el pintalabios que se había puesto antes de la ceremonia seguía fresco.

Spence, por su parte, se sentía como si le hubiese pasado un tren por encima.

¿Seguía casado? ¿Con Sadie? ¿Llevaba cuatro años casado con ella?

Dena terminó de leer la página con la que estaba antes de levantar la vista y sonreírle como siempre, con frialdad.

—Bueno —comentó—. Qué interesante.

Spence sabía que no se refería a los papeles que tenía en la mano.

—Sí —se limitó a contestar.

—Así que es verdad.

—Eso parece —le explicó con voz entrecortada que había estado con Sadie en Las Vegas, omitiendo la parte de Emily. Que se había casado con ella pero que, a la mañana siguiente, se había dado cuenta de que había cometido un error. Era difícil no sonar como un idiota, así que intentó no dar demasiados detalles—. Es evidente que debí haber leído esa maldita carta, pero pensé que estaba hecho.

Dena guardó silencio unos segundos antes de decir:

—Te servirá de lección.

—Sí.

—Bueno, pero, aun así, quiero que cierres el trato.

Él la miró sorprendido, pero entonces recordó que para ella era todo cuestión de negocios. Y siempre había negocios que no salían adelante.

—Todo irá bien —añadió ella—. Sólo tienes que llevarte a Sadie en vez de a mí.

—¿Qué?

Dena lo miró sin malicia.

—Bueno, tu esposa es ella.

—Sí, pero… —no pudo continuar. No podía decirle a Dena que con Sadie no podría comportarse como si aquello fuese sólo cuestión de negocios.

Sadie era muy profesional, pero no veía el mundo del mismo modo que él.

—No tienes otra alternativa —razonó Dena—. No creo que al señor Isogawa le guste que aparezcas recién divorciado.

—No —asintió él intentando pensar. Se le solía dar bastante bien encontrar soluciones.

—Has trabajado demasiado en ese complejo turístico. Es una oportunidad única —le recordó Dena.

—Ya lo sé —dijo él.

Había inversores más importantes que él en el negocio. Entre ellos, Richard Carstairs, pero Spence había sido el primero en ponerse en contacto con el señor Isogawa. Su reputación dependía de aquello. Sería su primer complejo, su primer negocio en el Pacífico. Arriesgaba más que nadie.

—Tienes que conseguirlo —se limitó a decir Dena—. Y si en una ocasión no fuiste capaz de mantener la bragueta cerrada y Sadie se convirtió en tu mujer, pues ya está. Al menos, estás casado. Eso es importante.

Spence casi ni oyó la última parte, se quedó pensando en lo de que no había sido capaz de mantener la bragueta cerrada.

De repente recordó con todo detalle el cuerpo desnudo de Sadie Morrissey.

Se apretó las sienes con ambas manos, era como si la cabeza le fuese a explotar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Dena—. ¿Te duele la cabeza? No me sorprendería.

—No. Sí. Necesito pensar.

—Sí. Y tienes suerte de que apareciese Sadie.

—¿Suerte?

—Bueno, convertirte en bígamo no te habría hecho ningún bien, ¿no crees? Si el señor Isogawa hubiese descubierto que estabas casado con dos mujeres, te habrías quedado sin complejo. Todo irá bien. Querías una esposa, ¿no?

—Sí, pero…

—Pues ya la tienes. Y conoce bien tu negocio. Tú limítate a hacerlo lo mejor que puedas.

Él la miró como si no comprendiese lo que le decía.

Dena se puso de pie, guardó sus documentos y, dándole una palmadita en la mejilla, le dijo:

—Improvisa.

Sadie oyó a Spence gritar su nombre por el pasillo.

Le tentó la idea de quedarse donde estaba: en el cuarto de baño. Pero aquello habría sido una cobardía y, al fin y al cabo, ya se había enfrentado a lo peor, ¿o no?

Claro que sí. Ya sólo tenía que sentarse y hacer los trámites necesarios para divorciarse de verdad.

—Así que adelante —se dijo a sí misma en voz alta—. No ha cambiado nada.

No era como si hubiesen sido una pareja de verdad, que se hubiese querido. Ella había querido a Spence, suponía que seguía queriéndolo. Pero había sido una locura. Y debía haberse esforzado más por olvidarlo. Debía haberse marchado de su lado hacía años.

Aunque era mejor tarde que nunca. Eso era lo que siempre le había dicho su abuela. Rezó levemente para conseguir ayuda divina, o de su abuela, para que todo saliese bien.

«Por favor», añadió mientras salía del cuarto de baño.

Spence estaba de espaldas a ella, marcando un número en su teléfono móvil, parecía furioso. Luego levantó la cabeza y esperó. Se pasó la mano por el pelo. Golpeó el suelo con el pie.

Sadie se acercó despacio, no quería interrumpir su llamada.

Él miró el teléfono, volvió a tocar otro botón y dijo:

—Maldita sea, Sadie. ¿Dónde te has metido?

—Justo detrás de ti.

Él se dio la vuelta. La miró, luego miró su teléfono, lo cerró y se lo metió en el bolsillo.

—¿Dónde estabas?

—He ido al baño mientras hablabas con Dena. ¿Qué tal está?

—¿Quién? ¿Dena?

—Por supuesto. ¿Se ha disgustado mucho?

—Ni lo más mínimo —contestó él, encogiéndose de hombros como si no importase.

Pero había cierta irritación en su voz, y Sadie se preguntó si tal vez para él aquella boda no hubiese sido sólo por negocios.

No quería pensar en ello. Siempre le había caído bien Dena, y le había preocupado hacerle daño al anunciar que estaba casada con Spence.

—Me alegro. No me hubiese gustado que sufriera.

—¿Que sufriera ella? ¿Y yo?

—Tú me dijiste que para ti era sólo un negocio.

—¡Pero mi negocio podía también sufrir las consecuencias!

—¿Cómo? ¿Acaso esperabas que su papá te diese una isla del Caribe como regalo de bodas?

—No, ¡claro que no! —exclamó él realmente indignado.

Y Sadie se arrepintió de haber hecho aquel comentario. En toda su vida, Spence Tyack no había conseguido nada sin esfuerzo. Nadie le había regalado nada. Y para él siempre había sido una cuestión de honor ganarse todo lo que tenía.

—Lo siento —se disculpó con toda sinceridad—. Seguro que es… difícil. Pero no te preocupes, nos divorciaremos lo antes posible y podrás casarte con Dena.

—No, no podré.

—¿Por qué no?

—Porque antes tendría que divorciarme de ti.

—Bueno, sí, pero…

—Y a Isogawa no le gustaría nada. Él cree en el matrimonio.

—Y yo también —murmuró Sadie—. Aunque parezca lo contrario.

—Entonces, no debiste haberme dicho que sí —espetó Spence.

Eso era cierto, no debía haberlo hecho, pero ya era demasiado tarde.

—Está bien —dijo Sadie—. Si no quieres divorciarte ahora, esperaremos a que vuelvas de tu viaje. A que cierres el trato. Isogawa no tiene por qué enterarse de nada. Al fin y al cabo, hasta hace una hora, ni tú lo sabías. Que siga pensando que estás soltero.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no? No te entiendo —comentó ella frunciendo el ceño—. Yo he hablado con él y, sí, es cierto que el matrimonio y la familia son muy

importantes para él, pero no piensa que todo el mundo tenga que estar casado.

Spence sacudió la cabeza.

—No. Mira, yo… —empezó a explicarle, pero luego miró a su alrededor y vio que había mucha gente—. No quiero que sigamos hablando aquí. Vamos a por un taxi.

—¿Un taxi? ¿Adonde vamos?

—A mi casa —dijo él mientras la hacía entrar en el ascensor.

¿A su casa? Sadie sabía que Spence tenía un apartamento allí. Además de otro en el Caribe, otro en Grecia, y otro en España. Sadie había visto fotografías de todos, pero nunca había estado en ninguno. De hecho, podía contar con los dedos de una mano el número de veces que había estado en la casa que Spence tenía en Butte.

Él sí había ido mucho por la suya, con su hermano Danny, cuando eran más jóvenes.

De niños, la vida en casa de Spence no había sido fácil, y él no había querido que nadie fuese testigo.

Pero incluso en esos momentos, que vivía solo y tenía una mansión para él solo en Butte, seguía separando su casa del resto de su vida.

—¿Vas a llevarme a tu casa? —repitió sorprendida.

—¿Adonde si no? —refunfuñó él—. Eres mi mujer.

A Spence no le costaba trabajo decir aquellas dos palabras, «mi mujer», lo más complicado era pensar en lo que aquello implicaba. De hecho, le resultaba casi imposible.

Sentado en el asiento trasero del taxi, estudió a Sadie por el rabillo del ojo.

Su mujer también estaba sentada en el asiento de atrás, pero lo más lejos posible de él, como si le diese miedo contagiarse. Iba mirando por la ventanilla, fingiendo estar completamente absorta en el tráfico.

Sadie no era así. No solía prestar ninguna atención a su alrededor, solía estar siempre centrada en él, hablándole de papeles.

En aquellos momentos no decía ni una palabra.

Era evidente que ella tampoco estaba contenta. Aquella situación, ¡aquel desastre!, era tan incómoda para ella como para él, aunque ella había tenido un par de horas más para hacerse a la idea.

¿En qué estaría pensando? Habitualmente, a Spence no le costaba adivinarlo. No le hacía falta preguntar, ella se lo decía. Eso era lo que hacían siempre, hablar, discutir, debatir, aclarar cosas.

Pero en esos momentos estaba completamente callada. Y él deseó poder entrar en su cabeza. Aunque, dada la situación, tal vez fuese mejor no hacerlo.

Todo aquello era culpa suya. De eso no cabía ninguna duda.

Y asumía la responsabilidad.

No se había preocupado por comprobar que el divorcio se llevaba a cabo.

Había cometido un error. Y era él quien debía solucionarlo. Y lo haría.

Pero antes tenía que solucionar el problema del complejo en las islas Fiji. Habían trabajado demasiado en él como para arriesgarse a estropearlo en esos momentos. No estaba seguro de cómo hacerlo. Su intuición, que solía ser brillante, lo había abandonado.

La idea de Dena, de llevarse a Sadie con él, era imposible. Ella no querría acompañarlo. Y lo entendía, pero no se lo ocurría nada más.

Seguro que a Sadie se le habría ocurrido algo.

Eso era lo bueno de trabajar con ella. Él proponía algo y Sadie lo contradecía. A menudo, era él quien tenía razón, pero, otras veces, a ella se le ocurría algo mejor.

Ojalá se le ocurriese algo mejor para solucionar el problema que tenía en esos momentos.

Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. No quería empezar la discusión en el taxi. Así que esperaría a que llegasen a su casa y allí hablaría con ella.

Le diría lo que iban a hacer, y ella propondría algo mejor. Sí. Sonrió, era la primera sonrisa que esbozaba desde que Sadie había lanzado la bomba una hora antes. Luego, apoyó los hombros en el asiento, respiró profundamente y se sintió mucho mejor.

Llegaron a su casa en silencio. Spence pagó al taxista y le hizo una señal a Sadie para que subiese las escaleras del edificio en el que estaba su apartamento.

Abrió la puerta del portal y dijo:

—Tercera planta.

Luego esperó a que ella empezase a subir las escaleras para seguirla.

—No hace falta que me subas tú la maleta —dijo Sadie.

Spence no se molestó en contestar. No quería empezar otra discusión. En su lugar, señaló las escaleras con la cabeza. Sadie frunció el ceño, pero empezó a subir.

Él la siguió y no pudo evitar fijarse en unas curvas que le traían viejos recuerdos. Intentó resistirlo.

Pero sus ojos se quedaron pegados a ella, de repente, la palabra «esposa» volvía a darle vueltas en la cabeza. No sólo «esposa», sino «mi esposa».

Hacía años que no miraba a Sadie como a una mujer, no se lo había permitido nunca, salvo una noche. ¡Y aquél no era el momento de hacerlo de nuevo!

Así que se detuvo donde estaba y dejó que ella subiese una docena de escalones más.

Sadie se volvió.

—¿Pasa algo? Ya te he dicho que no hacía falta que la subieras. Pesa mucho.

¿Acaso pensaba que no tenía fuerza para subir su maleta?

—No pasa nada. Se me ha metido… algo en el zapato. Continúa.

Ella arqueó las cejas con escepticismo, pero se encogió de hombros y siguió subiendo. Spence esperó a que hubiese llegado al siguiente rellano para continuar.

Sin decir nada, abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrase ella delante.

—¿No vas a hacerme cruzar el umbral en brazos?

Él la miró sorprendido.

—¿Quieres que lo haga?

—¡No! Claro que no —contestó ella entrando rápidamente en el apartamento—. Siento haber sido… —hizo una mueca— tan sarcástica.

Spence la siguió y cerró la puerta.

—Tal vez no lo hayas sido tanto como piensas —comentó, dejando la maleta en el suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Que, dado que seguimos casados, el viernes te vienes a Nanumi conmigo, como mi esposa.

Capítulo 3

¿Ir con él a Nanumi? ¿Como su esposa? Sadie lo miró fijamente.

—¿Por qué no? —insistió él. Luego, empezó a ir y venir por la habitación. Una habitación pequeña y relativamente impersonal, tal y como ella había imaginado—. Estamos casados. Tú misma lo has dicho.

—Sí. Pero…

¿Estaba sugiriendo…? No podía querer decir…

El corazón empezó a latirle con fuerza y empezó a pensar en una posibilidad que no se le había ocurrido antes, que Spence quisiera seguir casado con ella, que por fin la viese como a una mujer.

—Para lo bueno y para lo malo, Sadie —le recordó él—, ahora mismo, sigues siendo mi esposa. Y a Isogawa le encantan las familias. Tú lo sabes. Quiere que vayamos en pareja. Somos una pareja. Tiene sentido, ¿no crees? —dijo sonriendo, retándola a que lo contradijese.

Y Sadie se dio cuenta entonces de que no quería seguir casado con ella. Lo que quería era discutir.

Así era como empezaba él siempre las confrontaciones. Era su manera de funcionar.

Quería que ella discutiese con él, que lo frenase. No esperaba que le diese la razón. Buscaba pelea, para ser claros.

Esperaba que ella le diese media docena de opciones diferentes a la que había propuesto. Siempre trabajaban así juntos.

Y a ella le encantaba discutir con Spence. Le hacía sentir como una parte vital de su proceso de toma de decisiones, un verdadero miembro del equipo, porque él siempre la escuchaba. Y si ella era lo suficientemente convincente, no le importaba reconsiderar lo que hubiera sucedido.

Pero, en aquel momento, Sadie se limitó a sonreír y a decir:

—De acuerdo.

De repente, el silencio invadió la habitación. Spence la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿De acuerdo? ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Quiero decir que estoy de acuerdo contigo.

Él frunció el ceño y la miró con furia, luego se frotó la nuca.

—No te he preguntado —dijo bruscamente—. Te he dicho lo que íbamos a hacer.

—Sí. Y yo estoy de acuerdo contigo.

—¿De verdad? Quiero decir, claro que estás de acuerdo. Tiene mucho sentido.

—Sí.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó estudiándola.

Lo que en realidad tenía sentido para Sadie era darse la vuelta y marcharse de allí. No estaba acostumbrada a que Spence la mirase así, con tanta intensidad. Pero ya había retrocedido demasiadas veces en el pasado. Era hora de parar, por ella, y por él.

—Sí —repitió—. Lo pienso.

—¿Por qué?

Sadie sacudió la cabeza. No iba a decírselo. Ni siquiera estaba segura de saber los motivos. Pero sabía que era la respuesta que tenía que darle.

—Porque es sólo una cuestión de negocios.

—Sí —admitió él.

—Así que no hay que darle más importancia. Iré a Fiji contigo. Después, dimitiré. Volveré a casa. Nos divorciaremos. Esta vez de verdad. Y ya está. Será oficial. Legal. Y saldré de tu vida para siempre.

—No seas ridícula. Quiero decir, que nos divorciaremos, pero no tienes que salir de mi vida para siempre.

—Claro que sí.

Estaba convencida. No quería volver a pasar otra vez por lo mismo, volver a divorciarse de Spence Tyack y luego trabajar de nuevo para él. Ya había cometido la locura de hacerlo una vez. Y era evidente que no lo había superado. Y si se quedaba con él, nunca lo haría. Levantó la vista y lo miró todo lo fijamente que pudo.

—Seré tu esposa durante una semana. Y luego, me marcharé.

Spence tensó la mandíbula. La miró durante unos segundos y luego dijo.

—Como tú quieras.

—Eso es.

Se lo merecía. Iría a Nanumi con él y se comportaría como su esposa. Tendría la semana con la que siempre había soñado. Y después se marcharía. Aquello le causaría un gran impacto, y lo sabía, pero tal vez eso la espabilase lo suficiente como para obligarse a continuar con su vida.

Spence no parecía del todo convencido, y ella no pensaba quedarse allí para seguir discutiendo.

—He estado despierta toda la noche. Necesito una ducha. ¿Puedo dármela?

Él pareció quedarse atónito. Frunció más el ceño.

—¿Una ducha? ¿Aquí?

—Supongo que tienes baño. Y agua caliente.

—Sí, cómo no —contestó él, señalándole la puerta que había al lado de la pequeña cocina—. Ve.

—Gracias —dijo ella, contenta de tener a mano su maleta—. Salí de Butte ayer por la noche.

—¿Y por qué has tardado tanto en llegar?

—Porque hubo un problema con el avión. Nos pasamos cinco horas en Detroit. Piénsalo, si el avión se hubiese estrellado, te habrías quedado viudo y no habrías tenido este problema —sonrió y abrió la maleta.

—¡No seas bruta!

Eso estaba intentando ella. Sacó unos pantalones, una camiseta y ropa interior limpia, e intentó recobrar la compostura. Cuando se sintió más tranquila, lo miró de nuevo a los ojos.

Él estaba en medio, mirándola fijamente.

—¿Me dejas? —le preguntó, pero él no se movió—. Voy a ducharme —él tenía la mirada clavada en su ropa, y parecía que no la estaba oyendo —. ¿Spence?

Él sacudió la cabeza.

—Claro, claro que te dejo —dijo como si se hubiese dado cuenta de repente de que no se había movido, porque no era capaz de moverse.

—Gracias —dijo ella pasando por su lado—. Me daré prisa.

—Tómate el tiempo que quieras —murmuró él—. Yo voy a buscar algo de comer.

—Suena bien —mintió Sadie, que no tenía nada de hambre. Entró en el cuarto de baño, se dio la vuelta y le sonrió con decisión.

Él todavía la estaba mirando cuando cerró la puerta.

¡Sadie llevaba ropa interior de seda!

Llevaba en las manos unas braguitas de seda color melocotón, y un sujetador de encaje que parecía recién sacado de un catálogo de lencería de Hollywood. ¡No podía haberse comprado aquello en Butte!

Spence se la imaginó inmediatamente con ello puesto. Tomó aire.

Aquello lo pilló tan desprevenido, que sintió que le costaba respirar. No sólo no había imaginado que se pusiese ese tipo de ropa interior, sino que no había esperado que con sólo ver la ropa su mente fuese a imaginarse cómo estaría con ella puesta.

De adolescente, Spence ya se había dado cuenta de que la hermana pequeña de Danny no era precisamente un palo. De hecho, más de una vez, tumbado en su cama, se la había imaginado desnuda, con sus largas piernas abrazadas a su cintura.

Una noche había hecho un comentario acerca de sus atributos femeninos delante de Danny, que le había dado un puñetazo y lo había tirado de la banqueta del bar en el que estaba sentado.

—Ni se te ocurra pensar en ella —le había advertido Danny—. Sadie es una chica decente. Y, algún día, se casará. Es una buena chica y va a seguir siéndolo. Así que mantén tus ojos, y tus manos, alejados de ella. ¡No es tu tipo! ¿Entendido?

Spence lo había entendido.

Y a pesar de tener veinte años y las hormonas revolucionadas, había sabido que Danny tenía razón. Sadie era una chica estupenda. Una buena chica. Y, cuando creciese, se merecería un buen hombre. El mejor.

Y ése no era él.

Por eso había mantenido sus manos alejadas de ella, y la bragueta bien subida. No obstante, siempre había sabido que era preciosa, como Danny también lo sabía, aunque a él le parecía que la que menos consciente era de ello era la propia Sadie.

Nunca había hecho alarde de sus encantos. Ni había utilizado nunca sus tretas de mujer, como habían hecho otras, para conquistar a hombres.

De hecho, cuanta más edad y más belleza tenía, más callada y menos decidida se había vuelto. De niños, siempre habían hablado mucho. Hasta que ella había cumplido los dieciséis años. En vez de intentar coquetear con él cuando acompañaba a Danny a su casa, Sadie se había vuelto casi distante.

Y Spence había imaginado que a Sadie ya no le gustaba, como cuando era niña, que se había dado cuenta del tipo de persona que era, y había decidido que no merecía la pena.

Y era mejor así, se dijo Spence. Bueno, lo mejor habría sido que él hubiese dejado de pensar en Sadie.

Pero una tarde de invierno, estaba en la cocina de los Morrissey, hablando con Danny, y tirándose de los pelos por todo el papeleo que tenía que hacer, cuando ella había llegado, los había escuchado hablar un minuto y luego había dicho.

—Eso es una tontería. Archívalo.

—¡Lo haría si supiese cómo!

—Yo podría ayudarte.

Al día siguiente, se había pasado por donde tenía la camioneta, a verlo.

—¿Dónde trabajas? —le había preguntado.

—Aquí.

Ella había abierto los ojos como platos, se había encogido de hombros y le había dicho.

—Está bien. Enséñame los papeles.

—Seguro que en realidad no quieres liarte con esto.

—¿Te preocupa que sea capaz de hacer algo que tú no has sabido hacer? —lo había retado ella.

Y había funcionado. Spence le había enseñado los papeles: notas, borradores, extractos y documentos legales, todos tirados encima de un saco de dormir y de un colchón en los que dormía.

—¿Sigues pensando que podrás ordenarlos?

—Quítate de mi vista —había dicho ella, empujándolo y subiendo a la camioneta. Luego, se había dado la vuelta y le había preguntado—: ¿Vas a ayudarme?

—Si supiese cómo, lo habría hecho todo yo.

—Entonces, vete.

Y él se había ido. Había ido a correr, decidido a agotarse para sacarse la imagen del trasero de Sadie de la cabeza.

Al volver aquella noche, exhausto, había sentido que podía controlar mejor sus hormonas. Sadie parecía no haber avanzado nada con los papeles, que seguían tirados por todas partes, amontonados, pero sin ordenar.

Él se había sentido aliviado. Y dado que al día siguiente se marchaba a Los Ángeles para asistir a un seminario, le había dicho:

—Gracias por intentarlo, pero ya ves que no es tan fácil como pensabas. Será mejor que te olvides de ello.

Pero ella no había querido olvidarse, había tendido la mano y le había dicho:

—No he terminado. Dame las llaves de la camioneta.

—Estás loca —había contestado él, pero se las había dado.

Cuando había vuelto, una semana más tarde, los papeles ya no estaban allí. Sólo estaba la plataforma, el colchón, el saco y cuatro archivadores. Había sentido un momento de pánico.

—¿Dónde…?

—Ahí —había contestado Sadie señalando los archivadores—. Todo está en su sitio. Si quieres, puedo enseñarte cómo lo he ordenado.

Pero Spence había aprendido en su seminario el valor de saber delegar. No quería saber cómo estaban ordenados los papeles, quería que Sadie siguiese ordenándolos. Así que la había contratado en ese mismo instante.

Una vez a sus órdenes, Sadie había dejado de mostrarse poco habladora.

Todas las tardes, después del instituto, iba a la camioneta, le hacía revisar los papeles, discutían acerca de ellos. A pesar de tener sólo

dieciséis años, era una chica con las ideas claras. En ocasiones, le hacía pensar en cosas que él ni siquiera había considerado.

Spence no había tardado en darse cuenta de que, además de ser un genio de la organización, también tenía instinto y una buena mente para los negocios.

Era estupenda. Y era divertido tenerla cerca. Y se había convertido en todo un activo en su empresa.

Eso último era fácil de llevar. Y lo primero era un problema, pero, afortunadamente, él había aprendido hacía tiempo a separar unos aspectos y otros de su vida.

No le había sido difícil, había tenido que hacerlo con sus padres, aislando su ira, su amargura y su fracaso para sobrevivir.

Etiquetó a Sadie como empleada, y siempre que se le ocurría pensar en su físico, se recordaba que era su jefe.

Y aquello le había funcionado hasta la noche que Emily lo había dejado plantado. Cuando peor se encontraba, Sadie había estado a su lado. Había sido cariñosa, amable, comprensiva.

Algo a lo que Spence no estaba acostumbrado. Y se había dejado llevar. Había necesitado su calor, su cariño, su amor, aquella noche. Había necesitado a Sadie. Y no había sido capaz de resistirse.

Por eso le había pedido que se casase con él. La había coaccionado para que lo hiciera. Ésa era la verdad. Se había resistido a la tentación durante años, pero aquella noche, había sucumbido.

Y se había casado con ella. Le había hecho el amor. ¡Le había robado su inocencia aquella noche! Y le había encantado hacerlo. Pero, por supuesto, al ver su delicioso rostro a la mañana siguiente, había comprendido que se había equivocado.

Y había hecho lo que pensaba que era lo correcto: divorciarse. O, al menos, intentarlo. Pero había fracasado. Lo que sí había hecho bien había sido enterrar el recuerdo de aquellos momentos de intimidad con Sadie. Durante los últimos cuatro años, no se había permitido ni una sola vez pensar en sus grandes ojos verdes, ni en su piel dorada y llena de pecas, ni en aquellas piernas largas y esa boca tan tentadora. Se había obligado a olvidar la noche en la que le había hecho el amor a Sadie Morrissey.

¡Pero no iba a ser capaz de seguir haciéndolo si tenía que pasar una semana con ella en Nanumi y seguía pensando así en su ropa interior!

El problema era que, una vez que lo sabía, y que sabía que estaba casado con ella, que legalmente tenía derecho a ella, no podía apartar la imagen de su mente. Y tampoco podía dejar de pensar en que estaba en su ducha, desnuda.

—Date un respiro —se dijo a sí mismo entre dientes, furioso—. Es Sadie, por Dios. Es trabajo.

Pero su mente le recordó que Sadie era su esposa.

«Sólo durante una semana», pensó.

O hasta que firmasen los contratos y cerrasen la compraventa del complejo. Podía volver a enterrar todos aquellos recuerdos durante otra semana.

Aunque su cuerpo no estuviese de acuerdo.

—¡Maldita sea! —exclamó, se acercó a la puerta del baño y llamó—. ¡Sadie!

—¿Qué?

Dejó de oírse el agua. Él cerró los ojos, para intentar evitar imaginársela desnuda.

—¿Qué quieres para cenar?

—Sorpréndeme —respondió.

Spence intentó no pensar en sorpresas.

Y Sadie debió de pensarlo mejor, porque dijo de pronto:

—Algo que no vendan en Butte —y volvió a abrir el grifo.

«Está bien, céntrate», se dijo él. «Algo que no tengan en Butte». Eso no tenía que ser muy difícil.

En cualquier caso, era mucho más fácil que dejar de pensar en Sadie desnuda en su ducha.

Sadie salió del cuarto de baño, duchada y con ropa limpia, sintiéndose mejor y más cauta al mismo tiempo.

Mientras había estado en la ducha, había intentado tranquilizarse, asumir lo que él le había pedido que hiciese, convencerse de que podría hacerlo. Sabía que tenía que intentarlo.

Al mismo tiempo, no sabía si sería capaz de aguantar hasta el final de la cena.

Spence estaba en la cocina, dejando unos envases encima de la mesa.

—Es comida birmana —le dijo, sin tan siquiera mirarla.

Ya no parecía enfadado. ¿Sería aquello buena señal?

—Huele estupendamente —comentó ella sonriendo, todavía sin estar del todo convencida.

Spence colocó los cubiertos, sacó unos palillos de una de las bolsas, llenó dos vasos de agua y los dejó en la mesa.

—¿Quieres vino?

Había una botella sin abrir en la encimera.

—No, gracias. Me quedaría dormida. Pero tómalo tú si quieres.

Spence no abrió la botella. Le hizo un gesto para que se sentase en la silla que tenía más cerca.

—Siéntate. Y empieza.

—También tiene muy buena pinta —comentó ella después de sentarse.

—Suele estar bueno —abrió un envase con arroz y se lo tendió—. Suelo comer en este restaurante siempre que vengo a Nueva York. Y no hay comida birmana en Butte —comentó hablando rápido, y sin mirarla.

Ella se sirvió un poco de cada cosa, tomó los palillos y respiró. La situación era casi… normal. Como las comidas de trabajo que compartían a menudo. Aunque sin documentos, contratos, diagramas ni discusiones interminables.

A pesar de que aquello fuese como otro proyecto más. Siempre se sentaba y decidían cómo proceder. Dividían las tareas. Decidían cómo ayudarse el uno al otro. En aquellos momentos, Sadie necesitaba saber qué podía esperar.

Pero Spence no se lo decía. No decía nada. Intentaba mantener la boca llena todo el tiempo. Y la comida transcurrió en silencio. Ambos comieron hasta que terminaron con todo. Hasta que los envases quedaron vacíos, y sus platos, limpios.

Y entonces, cuando Sadie esperaba que Spence dijese algo por fin, él se levantó y empezó a recoger la mesa.

Ella se levantó también.

—Deja que te ayude.

—No. No hace falta. Yo lo haré. La cocina es muy pequeña. ¿Quieres café o té?

Era evidente que no quería tenerla allí, le dio la espalda y metió los platos en la pila. ¿Desde cuándo le gustaban tanto a Spence las tareas domésticas?

—Té, por favor —contestó ella, pensando que así por lo menos podría agarrase a la taza mientras hablaban. El café la habría puesto todavía más nerviosa.

—De acuerdo. Ve a sentarte. Yo lo prepararé.

Sadie salió de la cocina y fue mirar por la ventana del salón.

Hacía una noche despejada de primavera. Y, a pesar de que la ventana estaba cerrada, porque todavía no hacía suficiente calor para dejarla abierta, se oían algunos ruidos de la ciudad. Los árboles estaban empezando a florecer. Había una ventana de un vecino llena de algo que parecían narcisos.

Los narcisos que tenía ella en su casa de Butte todavía no habían florecido. Seguía haciendo demasiado frío en Montana, aunque menos frío del que hacía en esos momentos en aquella habitación.

Sadie se dijo que ya era suficiente. Si él no sacaba el tema, lo haría ella.

—Me dijiste que te casabas con Dena por negocios. Pero podías haberte casado con ella en cualquier momento. ¿Por qué justo ahora? ¿Qué va a pasar en Nanumi para que necesites una mujer?

—Ya lo sabes, que Isogawa quiere parejas.

—Pero supongo que no espera que te cases sólo para complacerle. ¿Qué más?

Spence frunció el ceño y Sadie pensó que no iba a contestarle, pero él admitió al final:

—Leonie.

—¿Leonie? ¿Carstairs? —no lo entendía—. ¿La mujer de Richard? No lo entiendo.

Spence atravesó la habitación sin decir nada y le dio una taza de té.

—Gracias —dijo ella dándole un trago—. ¿Y por qué ibas a casarte con Dena por la mujer de Richard Carstairs?

—Por favor, utiliza un poco tu cabeza —soltó él—. Porque parece que le da igual estar casada con Richard.

—¿Qué? —preguntó ella, pensativa—. ¿Quieres decir…? Pero si por teléfono parece muy agradable.

—¿Cuántas veces te ha llamado?

—Tres o cuatro. Parecía… muy nerviosa. Como si pensase que tal vez no fuese a ser bien recibida. Como si no quisiese molestar.

—Sí, claro —murmuró Spence.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sadie mientras repasaba mentalmente las conversaciones que había tenido con Leonie Carstairs. Le había dicho que su marido siempre estaba muy ocupado—. Parecía preocuparle que su marido tuviese tiempo para ella.

—¿Su marido?

—¿Quién si no?

Él no contestó.

—¿Tú? ¿Crees que le gustas? —quiso saber Sadie.

—No es que lo crea.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, invitándole a contárselo todo.

—Leonie Carstairs es una loca desesperada y avasalladora. Si sabe que un hombre está soltero, va a por él.

—¿Ha ido… a por ti?

—Sí.

—Pero está casada.

—¿Cómo puedes ser tan ingenua?

—Oh —Sadie sintió que se ruborizaba—. Esto, ya veo… ¿Pero no te parece que casarte con Dena era una solución demasiado drástica para detenerla? ¿Por qué no te limitas a decirle que no quieres nada con ella?

—Ya lo he intentado —contestó él, enfadado.

—¿Y qué pasó?

Spence frunció el ceño y se pasó la mano por el pelo.

—Todo esto es un lío. Llevo años haciendo negocios con Richard. Conocí a su primera esposa.

—Margaret. Sí, me acuerdo de ella —a pesar de que no conocía personalmente ni a Richard ni a Margaret Carstairs, había hablado muchas veces con ellos por teléfono. Y recordaba que Margaret había muerto cinco años antes.

—Richard conoció a Leonie hace tres años —comentó él sacudiendo la cabeza—. Es joven. Él está en la cincuentena. ¡Sus hijos tienen la misma edad que ella! Pero le gustó, y se casaron. Y ahora, ahora todo es un desastre —se quejó Spence yendo y viniendo por la habitación. Luego se dejó caer en una silla y la miró fijamente.

Sadie esperó, sabía que había ocasiones en las que era mejor no presionarlo. Y en aquélla, era mejor esperar.

—Ahora que ya la tiene, Richard no le presta atención. Yo creo que a Richard le da miedo. ¡Me da miedo hasta a mí! Coquetea con otros… para llamar su atención, supongo. O eso pensaba hasta que estuve en Barcelona…

—¿Qué ocurrió en Barcelona? —Sadie sabía que Spence había estado allí el mes anterior en una reunión. Ella misma la había organizado. Y recordaba que Richard también había asistido—. ¿También fue Leonie? —de eso no estaba al corriente.

—Sí. Insistió en acompañar a Richard, pero él no podía llevársela a todas las reuniones. Así que una noche, ella estaba sola en el hotel. Yo ni me fijé. Me daba igual. Tenía que trabajar. Después, estuve jugando al póquer con unos tipos. Y, cuando volví a mi habitación, estaba metida en mi cama.

—¿En tu cama? —repitió Sadie atónita.

—Eso he dicho.

—¿Pero cómo había entrado en tu habitación?

Spence se encogió de hombros.

—Mintiéndole a un botones y diciéndole que era la suya. Le había parecido divertido hacerlo, y me dijo que lo que iba a hacer conmigo iba a serlo todavía más. No estaba… dispuesta a aceptar un no por respuesta.

A Sadie se le secó la boca. ¿Le estaba diciendo Spence que se había acostado con ella?

—Yo le dije que se marchase. Ella dijo que Richard no se enteraría, y que, si se enteraba, no le importaría. Pero yo sabía que no era verdad. Es su mujer. Habría estropeado nuestra relación, y habría arruinado aquel proyecto. Pero, sobre todo, yo no me acuesto con las mujeres de otros.

Sadie se sintió aliviada.

—Por supuesto que no —contestó, más contenta de lo que habría querido.

—Entonces surgió el viaje a Nanumi y temí que volviese a ocurrir lo mismo que en Barcelona.

—¿No crees que ella captó el mensaje?

—No. Sólo oye lo que quiere oír. Pero sé que intentó hacer lo mismo con Dan Fitzsimmons hace unos meses, luego él se casó y lo dejó en paz.

—¿Así que decidiste casarte también?

—Me pareció buena idea. Ya sé que para ti el matrimonio es amor, romanticismo, flores y esas cosas, pero no es verdad. El matrimonio, a lo largo de la historia, ha sido más una forma de alianza económica que amor. Y así lo entiendo yo. Y Dena, también —luego la miró, como retándola a que lo contradijese.

—No obstante… sigue pareciéndome una decisión demasiado drástica.

—Sí, pero si tú estuvieses intentando cerrar un negocio de varios cientos de millones de dólares y corrieses el riesgo de que te lo echase por tierra una devorahombres, tal vez también decidieses hacer algo así de drástico.

—¿Y ahora?

—Ahora, te tengo a ti.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Aparecer allí y actuar como si fuésemos un matrimonio. Delante de la gente —aclaró—. No espero nada más. No te preocupes.

Sí, Sadie ya se lo había imaginado, pero sus miradas se unieron y, por un instante, dejó de pensarlo. Había algo intenso y extremadamente personal en los ojos de Spence Tyack. Pasión. Pero antes de que ella pudiese averiguar lo que era, apartó la mirada.

—Venga —dijo bruscamente—. Te llevaré a tu hotel.

—¿A mi hotel? —repitió ella, todavía aturdida por aquella mirada.

—Sí, tienes una habitación reservada en el Plaza. Ya te lo dije, ¿recuerdas?

Spence estaba de rodillas, metiendo la pila de ropa sucia de Sadie en su maleta y cerrándola, como si tuviese prisa por desembarazarse de ella.

—Esto… sí. Pero yo pensaba que eso era por traerte la partida de nacimientos y… nuestros papeles del divorcio. Y no lo he hecho.

—No importa. Tienes que dormir en alguna parte. Y la habitación ya está pagada. Vamos —tomó la maleta, abrió la puerta y esperó a que Sadie saliese.

Y ella deseó decirle que quería quedarse allí.

Pero no podía hacerlo.

Y era evidente que Spence no quería que se quedase.

No la deseaba. No quería estar casado con ella. Y hubiese dicho lo que hubiese dicho aquella noche cuatro años antes, estaba claro que lo había hecho en un arrebato, no porque sintiese nada por ella.

Sadie contuvo un respiro y dijo lo que tenía que decir:

—Muy bien. Gracias. Seguro que la disfruto —levantó la barbilla, cruzó el umbral de la puerta y empezó a bajar las escaleras.

Y supuso que él llamaría un taxi y la dejaría marcharse sola y que, en cuanto se metiese en él, podría dejar de fingir que no le importaba.

Pero Spence la acompañó. Se metió en el taxi con ella y la acompañó hasta el Plaza, donde Sadie supuso que la despediría en la puerta.

Pero no. Entró con ella, dio su nombre en recepción y la siguió hasta su habitación.

—No es necesario —dijo Sadie, desesperada.

—Sí —contestó él con gesto decidido.

Sadie no estaba acostumbrada a verlo así. Estaba acostumbrada a ver un hombre desenvuelto, abierto, listo, inquieto. Spence nunca había sido un tipo educado, al menos, no con ella.

Pero aquella noche estaba comportándose como un caballero.

Y ella estaba desesperada por que se marchase. Necesitaba espacio. Y tiempo. Necesitaba estar sola.

No quería que Spence actuase como si estuviese cumpliendo con una obligación. Casi prefería que la tratase con brusquedad o con despreocupación, como la trataba siempre.

Al menos, así se habría sentido como si siguiesen siendo amigos. En esos momentos, y sabiendo que seguían casados, había entre ellos una tremenda tensión. Ninguno de los dos habló en el ascensor. Él no la miró. Ella tampoco lo miró a él.

La habitación era grande y estaba muy bien decorada, debía de haber costado una fortuna, aunque a Spence no le preocupaba el dinero. Él no pareció fijarse en la habitación. Dejó su maleta y se volvió hacia la puerta. Allí se detuvo y la miró con intensidad.

—¿Estarás… bien?

¿Qué haría si ella le decía que no?

Sadie prefirió no averiguarlo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. Es sólo… que sé que esta situación es tan incómoda para ti como para mí. Y lo siento. Siento todo…

—¡No hace falta que sigas dándole vueltas! —lo interrumpió—. ¡Vete ya!

—Me voy. Volveré mañana por la mañana para llevarte al aeropuerto.

—No te molestes. No hará falta, puedo ir sola —consiguió decir ella con voz serena, a pesar de que tenía ganas de gritar—. Quiero tomar el primer vuelo de la mañana. Así estaré en casa al mediodía. Tengo mucho trabajo.

Él pareció casi aliviado, como si estuviese deseando que Sadie se marchase de la ciudad.

—Yo tengo que quedarme aquí toda la semana. No me dará tiempo a volver a Butte antes de que nos vayamos a Fiji.

—Lo sé.

—Bien. Cómprate un billete de avión para Fiji y nos veremos en Los Ángeles. Por cierto… ¿podrías buscar a alguien para que se quedase en la oficina mientras estamos fuera?

—Buscaré a alguien. No te preocupes. Y gracias por acompañarme. No quiero entretenerte más.

—Que sea alguien competente —añadió él, sin hacer caso a lo que Sadie acababa de decirle.

—Ya lo sé —¿acaso pensaba Spence que era idiota?—. Me aseguraré de ello.

«Pero vete, vete ya», pensó.

—Bien. Gracias —luego se aclaró la garganta—. Lo que te he dicho antes, te lo he dicho de verdad, Sadie. No tienes que dejar el trabajo.

¿Era eso lo que le rondaba? Había estado intentando sacar el tema de conversación.

—Podemos volver a estar como antes…

—Buenas, noches, Spence —lo interrumpió ella.

Y le dio con la puerta en las narices.

Capítulo 4

Sadie había soñado muchas veces con pasar una noche en el Plaza. Eso se debía a que había leído muchos libros de niña.

Y le encantaba Eloise. Había leído la historia de la niña que vivía en el Plaza casi hasta que se le habían caído las tapas al libro. Y siempre había pensado que ir al Plaza era casi como ir a la luna.

Allí estaba. En su propia habitación, una habitación en la que Eloise se habría divertido mucho. Habría saltado en la cama y se habría colgado de la barra de la ducha. Habría llamado al servicio de habitaciones y habría pedido todo lo que le apeteciese.

Sadie también podía hacerlo. Spence se lo había dicho.

—No has cenado demasiado —había comentado mientras estaban en recepción—. Si tienes hambre, llama al servicio de habitaciones. Pide lo que te apetezca.

Muy generoso y educado. Un buen jefe.

No le había hablado como un marido, pero tampoco había pretendido hacerlo.

Ya ella no debería haberle molestado. Debía haberse olvidado de él hacía años. De hecho, había pensado que lo había hecho. Había salido con otros hombres durante los últimos cuatro años. Que no hubiese encontrado al hombre adecuado no quería decir que no lo hubiese buscado.

Pero el día anterior, cuando había descubierto que todavía seguía casada con él, todo su mundo se había venido abajo, y aquellos sentimientos desesperados y no correspondidos habían vuelto a asomar.

Y no podía evitar pensar que, a pesar de que la boda de Spence con Dena habría sido una parte más del negocio, seguro que él tenía pensado pasar la noche de bodas con ella. Seguro que no se habría casado con ella y luego la habría mandado a un hotel a que durmiese sola.

A ella sí que la había mandado a un hotel. ¡Había actuado como si estuviese deseando deshacerse de ella!

No obstante, aquello no debía sorprenderle. De hecho, no le sorprendía. Pero todo habría sido mucho más sencillo si no estuviese enamorada de él, si nunca lo hubiese estado. Si pudiese limitarse a sonreír y marcharse de su lado.

Pero no podía marcharse, al menos hasta que no pasase otra semana. Él no la dejaría marchar. Se sentó en medio de la enorme cama y le entraron ganas de llorar.

Y, al mismo tiempo, ¡no quería llorar!

Tenía cosas mucho más importantes que hacer, como pensar en cómo iba a sobrevivir la semana siguiente sabiendo que no estaba fingiendo, que, en realidad, era la esposa de Spence Tyack.

Según había oído Spence, la noche de bodas era siempre un momento memorable.

¡Él si que podía contar una o dos cosas acerca de las noches de bodas!

Para él había sido vergonzoso. Humillante. En primer lugar, el hecho de que Emily lo hubiese dejado plantado. Y, después, su desesperada unión con Sadie.

¡Y todavía había más! Aquel mismo día se había frustrado su segunda boda, y, aun así, ¡seguía estando casado!

Había pasado cuatro años intentando olvidar aquella noche, olvidar cómo se había sentido con Sadie entre sus brazos, haciéndole el amor, y en aquellos momentos volvían los recuerdos y lo golpeaban con toda su fuerza, como una patada en el estómago.

Tal vez no estuviese así si no hubiese visto la ropa interior de Sadie. ¿Cuándo había empezado a ponerse esas cosas?

Lo que recordaba era más bien algodón. Nada que le despertase la libido a un hombre. Aunque podía haber ido vestida con un saco de patatas, y a él no le habría importado. Una vez desnuda, sólo importaba Sadie.

Aquella noche, le había costado mucho separarse de ella, a pesar de saber que lo mejor era olvidar, lo más justo para ella.

¿Por qué demonios había tenido que ver su ropa interior? ¿Por qué no podía sentir la misma atracción por ella que por una monja?

Porque sabía que no era ninguna monja. Y como no podía dejar de pensar en aquella noche que habían pasado juntos, recordó que le había sorprendido mucho.

En el trabajo, siempre le había parecido una chica recatada. Bueno, no tanto como recatada, pero tampoco había pensado que pudiese excitarlo tanto. Tanto, que allí estaba, solo en la cama, dando vueltas, y sin poder dejar de pensar en su noche de bodas.

Y, todavía peor, pensando en cómo sería tenerla allí en esos momentos, con su lencería de seda y encaje. Y cómo sería quitársela, y pasar las manos por sus largas y suaves piernas. Desabrocharle el sujetador y acariciar la curva de sus pechos, probar sus pezones rosados con la lengua.

—¡Maldita sea! —salió de la cama y empezó a andar por la habitación. A pesar de que su cuerpo protestaba, porque no era eso lo que quería en

aquellos momentos. Lo que quería era penetrar el cuerpo caliente y húmedo de Sadie.

No le había pasado algo así desde que era un adolescente. ¡Él nunca se comportaba así! Solía ser lógico. Sensato. Había estado a punto de casarse con Dena.

Le apasionaba su trabajo. No las mujeres.

Intentó pensar. Entender. ¿Estaba obsesionado con Sadie porque no podía tener a Dena aquella noche?

Era probable. Había esperado acostarse con ella, y no podía hacerlo. A pesar de no estar enamorado, no necesitaba estarlo para disfrutar de una noche con ella. Se lo habría pasado muy bien.

¡Mucho mejor de lo que se lo estaba pasando en esos momentos!

Recorrió todo el apartamento, que no era demasiado grande. Aunque Spence dudó que todo Manhattan le hubiese bastado para ir y venir aquella noche.

Abrió las contraventanas y miró hacia la oscuridad. Había pocas luces en otras ventanas. No había demasiada gente despierta a las tres de la madrugada.

Pero estaba seguro de que Sadie estaría dormida.

Durante la cena, la había visto muy cansada. Se había pasado el rato con la cabeza agachada, sin decir una palabra. Ella no era así. Normalmente, había que decirle que se callase. Aquella noche, ni siquiera lo había mirado.

Volvió a meterse en la cama y contempló el techo. Luego se dio la vuelta, le pegó un puñetazo a la almohada, pero no se sintió mejor. Estaba tenso, desvelado.

El sexo le habría ayudado. Habría hecho que aliviase su frustración. Que se relajase.

Si Dena estuviese allí.

Pero no era con Dena con la que se imaginaba haciendo el amor, sino con una grácil morena vestida con lencería de seda. La misma mujer a la que se imaginaba sentada a horcajadas sobre él, acariciándole el pecho, haciéndolo suyo.

—Mierda —Spence se puso la almohada encima de la cabeza. Luego la apartó y volvió a levantarse. Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha a tope. Luego se quitó los pantalones cortos y se metió debajo, dejó que el agua helada le recorriese el cuerpo y aplacase su ardor.

Se quedó allí hasta que le empezaron a castañetear los dientes, hasta que no aguantó más. Entonces salió, se secó y volvió a meterse en la cama.

Y lo primero que pensó fue que Sadie había tenido mucha suerte de que se hubiese comportado como un caballero con ella al acompañarla al

Plaza, en vez de haberle hecho pasar la noche con él. Si lo hubiese hecho, le habría quitado aquellos pantalones negros, le habría sacado el jersey por la cabeza y se habría encontrado con lo que llevaba debajo.

La ducha no le había servido de nada. ¡Estaba pensando otra vez en Sadie en ropa interior!

Tenía una botella de whisky en la repisa de la chimenea, que prometía consuelo. Olvido. Se levantó y se sirvió una copa. Luego, se sentó y la miró fijamente. No era la primera vez que hacía aquello, también lo había hecho la noche de su divorcio, o de su supuesto divorcio.

Había necesitado olvidar. Y lo había hecho, hasta una mañana, en la que se había levantado sin recordar la noche anterior y eso le había dado miedo. Le había dado miedo parecerse a su padre.

Y, desde entonces, había dejado de beber. Sólo había vuelto a hacerlo acompañado, y en menor cantidad. Volvió a mirar el whisky con desprecio y se dejó caer en el sillón e intentó calmarse.

Él no era como su padre. Encontraría otro modo de aliviarse, de olvidar a Sadie y su ropa interior.

Podía hacerlo. Tenía mucho tiempo. El resto de la noche.

—¿Estás bien? —preguntó Martha Savas preocupada, asomando la cabeza en el despacho de Sadie en Butte a la tarde siguiente.

—¿Qué? Sí, claro que sí —respondió ella, intentando sonreír—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tú sabrás —contestó Martha, entrando en el despacho y sentándose en el sillón de Spence—. Tienes un aspecto horrible.

—Muchas gracias —comentó ella sin darle importancia, pero pasándose la mano por el pelo para intentar estar mejor. Aunque sabía que no podía ocultar las ojeras, ni la palidez de sus mejillas—. Sólo estoy cansada.

—¿Cuándo has vuelto?

—Ayer por la tarde. Pero me marcho de nuevo mañana.

—¿Y eso? ¿Dos veces en una semana?

Todo el mundo sabía que Sadie nunca se iba a ninguna parte. Y podía explicar que Spence le había dicho que fuese a Nueva York una vez, pero dos era demasiado.

Martha sonrió.

—No me digas que por fin vas a tomarte unas vacaciones.

A Sadie le tentó la idea de decirle que sí. Al fin y al cabo, un viaje a las islas Fiji podía considerarse unas vacaciones.

Pero no quería mentir a Martha. A Sadie le caían bien todos los artistas que exponían en la galería del segundo piso, pero Martha era la que más le gustaba.

La primera vez que la había visto, había sentido celos. Al fin y al cabo, Martha sólo había ido a Butte un año antes porque había conocido a Spence en un avión de vuelta de Grecia y él le había pedido que fuese a pintarle un mural.

Ella había aparecido un par de semanas más tarde, y Spence se había puesto muy contento. Le había pedido a Sadie que le buscase un lugar donde vivir y le había sugerido lugares donde podía conseguir trabajo.

Martha le había dicho nada más conocerla que no estaba interesada en Spence y ella le había contestado que por qué imaginaba que ella sí lo estaba.

—No hace falta que me lo digas —le había contestado la artista—. No estoy ciega.

¿Tan obvio era? Aparentemente, Martha debía de haber visto su cara de pánico, porque había sonreído y había sacudido la cabeza.

—Lo veo porque yo también siento lo mismo… por otra persona.

Por Theo, el hombre que en esos momentos era su marido.

Sadie había sido testigo de cómo el marino griego había luchado por convencerla de que se casase con él.

—Está siendo responsable —había comentado Martha—. Cree que tiene que casarse conmigo porque estoy embarazada.

Y lo que ella quería era que se casase con ella por amor, no por obligación.

Sadie la entendía. Había compartido su decisión.

—No me voy de vacaciones —dijo muy despacio—. Me voy… con Spence a Nanumi. Ya sabes, al complejo turístico de las islas Fiji, una semana.

A Martha se le iluminó la mirada.

—Vaya, ¡aleluya! Por fin ha visto la luz. Y ni siquiera he tenido que darle un golpe en la cabeza con una sartén.

—Voy sólo… por trabajo.

—¿Por trabajo? No. Si fuese por trabajo, te quedarías aquí.

—Normalmente, sí —admitió—, pero en esta ocasión también tengo que ir.

—¿Y no porque él esté por fin interesado en ti? ¿Te va a llevar a ese lugar… para hacerte trabajar? —sacudió de nuevo la cabeza—. Está enamorado.

—No lo está. Es que… necesita una esposa.

Sadie deseó haberse mordido la lengua, pero, y a era demasiado tarde. Martha la estaba mirando fijamente, horrorizada.

—¡No puedes ir con él! ¿Te has vuelto loca, Sadie? ¿Cómo puede ser tan manipulador? ¡No puedes permitir que te haga pasar por su esposa!

—No va hacer eso.

—Entonces… —dijo Martha, confusa.

—Es la verdad —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Soy su esposa.

Martha pareció haberse tragado la lengua. Abrió la boca, pero no dijo nada. Luego la cerró, y siguió mirándola sin parpadear, con incredulidad.

Y, de repente, la expresión de Martha cambió, se suavizó. Le tomó la mano y se la apretó con fuerza.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace cuatro años.

Martha suspiró y volvió a apretarle la mano.

—Pobrecita.

A Sadie se le hizo un nudo en la garganta.

—Es… sólo culpa mía.

—Eso lo dudo. Conozco a Spence. Es el mejor de los manipuladores.

—Bueno, sí… es verdad. Pero no me manipuló. Quiero decir, que no era ésa su intención…

Y entonces, Sadie tuvo que darle una explicación. No se lo contó todo. Sabía que Spence odiaría que airease su pasado y contase que Emily lo había dejado plantado. Pero Sadie tuvo que hacerle un resumen a Martha de lo que había pasado. Y terminó con:

—Entonces me pidió que me casase con él. Y yo debí haberle contestado que no.

—Es normal, cuando a Spence se le mete algo en la cabeza, no acepta un no por respuesta. Y, además… tú lo querías.

—¡Pero él no me quería a mí! —protestó Sadie—. ¡Tú no te habrías casado con Theo si él no te quisiera!

—Eso era diferente —replicó Martha—. Yo no conocía a Theo. Vosotros os conocéis desde hace años. Lo nuestro había sido sólo una aventura. Por eso, cuando vino y me pidió que me casase con él al enterarse de que estaba embarazada, pensé que no quería casarse conmigo porque estuviese enamorado de mí.

—Pero lo estaba —añadió Sadie con satisfacción—. Fue tan romántico…

—Fue una locura —dijo Martha.

—Pero te convenció. Y entonces supiste que te quería. Y te casaste con él. No como yo, que me casé con Spence porque pensaba… esperaba…

No era capaz de contar en voz alta sus esperanzas. En su lugar, parpadeó con fuerza, para evitar ponerse a llorar.

—Porque soy una idiota —murmuró.

—Él es el idiota —la corrigió Martha con decisión. Luego, cruzó las piernas—. Entonces, ¿qué ha pasado?

—Que iba a casarse con Dena Wilson. Y quería que yo le llevase su partida de nacimiento y los papeles del divorcio. Me llamó para pedírmelo. Y cuando fui a buscarlos, me di cuenta de que en el sobre que tenía sólo había una carta del bufete de abogados, no los papeles del divorcio. Pero no pude hablar con él de nuevo porque nunca enciende el teléfono. Así que tuve que ir a Nueva York… y decírselo en persona.

—¿Qué? ¿En plena boda? —Martha sonrió cuando Sadie asintió—. Bueno, eso le enseñará a encender el teléfono.

—Eso supongo. Y nos divorciaremos, pero todavía no podemos hacerlo. Necesita… una esposa en Fiji la semana que viene.

—¿Necesita una esposa?

—Por trabajo. Sólo quiere sacarle provecho a una situación complicada.

—¿Es eso lo que te ha dicho?

—No exactamente.

—Menos mal. Porque lo habría matado —Martha suspiró—. Es difícil, la verdad.

—Lo sé. Pero tengo que ir.

—¿Por qué?

De repente, Sadie no encontró una explicación. Finalmente murmuró que se lo debía.

—No le debes nada —replicó Martha indignada.

—Yo acepté a casarme con él. Y sigo siendo… su mujer. Puedo hacerlo. Todo irá bien. Y luego nos divorciaremos. Y yo… me marcharé.

—¡Pero Dios santo! ¿Te estás escuchando? Lo quieres. ¿Cómo vas a marcharte? Quieres a Spence y lo has querido desde hace años. ¡Por no mencionar que llevas cuatro años casada con él! No puedes marcharte. Tienes que luchar por él.

Sadie la miró fijamente.

—Tienes que hacerlo —insistió Martha—. Nunca he pensado que fueses una perdedora —la retó.

—¿Y cómo quieres que luche por él? De todos modos, nunca ganaría.

—¿Así que vas a darte por vencida?

—¡No es lo que quiero! ¡Pero nunca funcionaría! Lo conozco desde siempre, llevo años trabajando para él, y nunca me ha pedido salir.

—Pero te pidió que te casases con él —le recordó Martha—. Y no por trabajo. Piénsalo.

Sadie lo pensó. Y pensó otra cosa que había mantenido vivas sus esperanzas durante todos aquellos años. Recordó lo que había pasado entre ellos la noche de bodas.

Sadie había tenido miedo de que Spence se diese cuenta nada más llegar a la habitación de que se había casado con la mujer equivocada, pero él había estado completamente concentrado en ella. Nada más cerrar la puerta, la había besado apasionadamente, con todo el fervor de un hombre enamorado.

Sadie se había quedado atónita, pero encantada. Y había respondido con el entusiasmo que desde hacía tanto tiempo tenía guardado en su corazón. Le había devuelto el beso, le había sacado la camisa de debajo de los pantalones y le había acariciado la piel caliente. Lo había ayudado a que le quitase el jersey.

Y cuando la había llevado a la cama, los dos se habían buscado con desesperación.

Habían hecho el amor rápida, frenética, deliciosamente. Y habían terminado abrazándose, los dos agotados.

Luego, Spence la había abrazado y le había susurrado:

—Siempre fuiste tú.

Volvió a pensar en ello. ¿Se lo había dicho de verdad? ¿Lo había dicho conscientemente? Era evidente que no se lo había vuelto a decir, pero aun así…

—Estás muy callada —comentó Martha.

—Estaba… pensando.

—¿Buscando un motivo por el que luchar?

—Tal vez.

Spence no llamó a Sadie durante el resto de la semana.

¿Por qué iba a hacerlo? Ella iría a Los Ángeles el viernes. Tendrían tiempo en el avión para ponerse al día en el trabajo. No necesitaba hablar con ella todos los días, no obstante, solían hacerlo. Aunque no fuese necesario. Sadie conocía bien su trabajo. Era lista. Y competente.

Era su esposa.

Y él no tenía ni idea de qué decirle a una esposa. En cualquier caso, no sabía qué decirle a Sadie.

Si se hubiese casado con Dena, habrían hablado de trabajo, de los proyectos de futuro.

Y con Sadie siempre habían hablado de trabajo. Salvo en aquellos momentos, que no conseguía articular palabra. Que sólo podía pensar en la noche que habían pasado juntos.

¡No podía hablar con aquella Sadie! Afortunadamente, ella tampoco lo llamó. Ni una sola vez.

No llamó para decir que había llegado a casa. Ni lo puso al corriente acerca de los proyectos en los que estaban trabajando. Ni para decirle cuándo llegaba su vuelo a Los Ángeles.

Sólo se había comunicado con ella mediante un correo electrónico, en el que le explicaba lo que necesitaba que hiciese.

Pero no obtuvo respuesta. Le había enviado otro nada más llegar a Los Ángeles, pero tampoco había contestado. Era normal, ella también debía de estar de viaje.

Pero a Spence no le gustaba no saber dónde estaba.

Tendrían que hablar de varias cosas en cuanto llegase. Si ella lo ignoraba, el señor Isogawa se daría cuenta de que pasaba algo. No se quedaría convencido de que eran una pareja estable si se pasaban toda la semana evitándose.

Y si el señor Isogawa no se daba cuenta del distanciamiento, seguro que Leonie lo hacía, e intentaría aprovecharse de la situación.

Leonie podía echar aquel negocio por tierra, y también su propio matrimonio, y eso no beneficiaría a nadie.

Así que, les apeteciese actuar o no, iba a tener que convencer a Sadie de que se comportase como su esposa. Y él también iba a tener que comportarse como si fuese su marido.

—Bueno —dijo una voz que le era familiar—. Aquí estoy.

Spence se dio la vuelta y vio a Sadie Morrissey tal y como era ella siempre: profesional, serena. Gracias a Dios.

Y aun así, le dio un vuelco el corazón al verla, porque lo primero que hizo fue preguntarse qué tipo de ropa interior llevaría puesta.

Cerró los ojos e hizo un esfuerzo por recuperar el control de sus hormonas. Pero ellas no lo escucharon.

—Veo que te alegras de verme —comentó Sadie en tono irónico—. ¿Has cambiado de opinión? —era evidente que a ella tampoco le hacía gracia la situación.

—¿Qué? No, por supuesto que no. Me alegro de que hayas llegado por fin —se miró el reloj—. Has venido un poco justa de tiempo, ¿no?

—¿Sí? Yo creo que no. Tenía cosas que hacer —le recordó con altivez —. De todos modos, aquí estoy.

Y sin decir nada más, se dio la vuelta y fue hacia una fila de asientos, a sentarse.

Spence la siguió, molesto por sentirse rechazado.

—¿Has encontrado a alguien para sustituirte?

—Por supuesto. Si no, no estaría aquí.

—¿A quién?

Ella dudó un segundo.

—A Grace.

—¿Grace? ¿Grace Tredinnick? ¿Te has vuelto loca? ¡Grace tiene ochenta años!

—Ochenta y dos para ser exactos. Los cumplió en enero. El once. Yo le envié una felicitación —con lo que quería decir que él no lo había hecho—. ¿Sabías que se graduó en la Escuela de Negocios de Butte?

—No, no lo sabía. Y supongo que tú tampoco, hasta ayer.

—De hecho, hasta anteayer.

—¡Como si te hubieses enterado hace un mes! Eso no la cualifica para llevar mi negocio. ¿En qué estabas pensando? Tyack es una empresa multinacional…

—Y tú insististe en que te acompañase. Y yo no puedo seguir trabajando desde el medio del océano Pacífico, así que tuve que buscar a alguien. Y, con tan poco tiempo, sólo encontré a Grace.

—Grace no puede…

—¡Sí puede! Y si no, no estará sola.

—Ah —Spence suspiró aliviado, aunque molesto porque Sadie hubiese intentado provocarlo—. En ese caso…

—También he encontrado a Claire y a Jeremy.

—¡Jeremy! —casi le da un ataque—. Claire me parece bien, supongo. Al menos, no es una delincuente, aunque sólo tenga quince años. ¡Pero Jeremy! ¡Por Dios santo, Sadie! ¡Él sí es un delincuente juvenil!

—Lo era. Y, por supuesto, no crees que nadie que haya sido un delincuente juvenil pueda hacer nada constructivo con su vida.

Ambos sabían que el propio Spence había sido mucho peor que Jeremy a su edad.

Frunció el ceño, furioso.

—Yo ya he pagado mis deudas.

—Y Jeremy también. Hizo un trabajo estupendo con el mural, y lo sabes. Además, tanto Theo como Martha responden por él. Y ya sabes que no contradecirá a Grace.

—¿Y cómo sé que no la asesinará?

—Porque lo detuvieron por pintar *grafitis*, no por asesinar a ancianas. ¡Por favor, Spence! El semestre pasado le pusieron un sobresaliente en contabilidad. Todo irá bien. Y si no los quieres, dilo ahora y me volveré a casa.

A Sadie le salía fuego por los ojos, tenía las mejillas encendidas, y lo miraba del mismo modo que siempre que se peleaban. De pronto, Spence se sintió aliviado. Seguía siendo la misma de siempre.

Sonrió. Y entonces sintió pánico al pensar que tal vez aquella Sadie llevase en aquellos momentos lencería de seda. ¡Y que era su esposa!

Dejó de sonreír. Tenía que hablar con ella de aquello. Pero no en ese momento, cuando acababa de imaginársela en ropa interior. Tomó aire.

—Bueno… ya veremos.

Y se refería a Grace, a Claire y a Jeremy, no a ver a Sadie, ¡su esposa!, en ropa interior. Ni siquiera se le ocurrió. Al menos, no conscientemente.

No en aquel momento.

Tanto, para eso.

Todas las esperanzas, los sueños, y la determinación de Sadie de hacer que Spence se sentase, le hiciese caso, y decidiese que quería seguir casado con ella, se esfumaron de repente.

Seguía igual que siempre. Le había gritado como siempre. Y ella, había hecho lo mismo. Ya había supuesto que su elección de Grace, Claire y Jeremy le irritaría. Pero no había tenido elección. No si quería ir con él. Y, a pesar del enfado, cuanto más lo pensaba, más sabía que debía hacerlo.

Tal y como le había dicho Martha, no podía marcharse sin luchar por él.

Pero no quería pelearse con él por culpa de Grace.

—Lo siento —se disculpó mientras se instalaban en los espaciosos asientos de primera clase—. No he podido hacer otra cosa. Grace tiene el número de teléfono de Nanumi, por si hay algún problema.

Spence gruñó, y ella tuvo la esperanza de que aquello significase que estaba más tranquilo. No estaba segura. La había ayudado a colocar su equipaje de mano en el compartimiento que tenían encima de las cabezas, pero había dejado su maletín abajo para sacar unos papeles.

—Tenemos que revisar esto.

—¿Ahora?

—Por supuesto.

Y ella que había planeado tener una conversación íntima. Era evidente que, para Spence, ella sólo había ido para desempeñar un papel.

Sadie se humedeció los labios con la lengua e intentó tragar saliva y deshacer el nudo de decepción que tenía en la garganta.

—Está bien. Vamos allá.

Spence empezó a hablar sin parar. Era como si llevase una semana almacenando cosas que quería discutir con ella, cartas que quería que escribiese, búsquedas que quería que hiciese.

Mientras que ella había pasado los tres últimos días preparándose para la semana que le esperaba, intentando imaginar cómo hacer para comportarse como la esposa de Spence Tyack, cómo conseguir sonreírle cariñosamente, darle un beso, Spence parecía no haberle dedicado ni uno de sus pensamientos.

—¿Me estás prestando atención, Sadie?

—¿Qué? —ella se ruborizó e intentó concentrarse—. Lo siento. Se me están durmiendo los pies. Necesito andar un poco. Ahora vuelvo.

Spence pareció contrariado, pero dobló los papeles y retiró las piernas hacia atrás para dejarla pasar.

Al menos, tenían más espacio que en la clase turista. Y, aun así, no pudo evitar sentir cómo se rozaban sus largas piernas contra sus rodillas.

—Lo siento —murmuró Sadie—. Vuelvo en un minuto.

No tardó un minuto. Se tomó su tiempo, caminó por el pasillo, fue al cuarto de baño, se lavó la cara. Cuando volvió, la azafata estaba dejándoles la comida. Y, después de comer, justo cuando Spence iba a volver a sacar los papeles, les pusieron una película.

—¡Bien! ¡Hugh Jackman! —exclamó ella, encantada. Porque saliese Hugh Jackman, y por no tener que volver a hablar con Spence durante un par de horas.

—Supongo que quieres verla. No te preocupes, yo trabajaré un rato.

Y Spence sacó el ordenador portátil y empezó a teclear furiosamente. La película era buena, pero, aun así, a Sadie le costó meterse en ella y olvidarse del caos que reinaba en su vida. Un rato después, se dio cuenta de que Spence había dejado de teclear.

Lo miró, esperando verlo también concentrado en la película. Pero la observaba a ella con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

Él dio un salto, como si se hubiese sobresaltado, y sacudió la cabeza.

—No —y volvió a mirar el ordenador.

Sadie suspiró e intentó volver a meterse en la película, pero no podía evitar oír a Spence con el ordenador, ¿qué le pasaba?

Cuando terminó la película, volvieron a encender las luces, él dejó de escribir y la miró.

—Tenemos que hablar —le dijo muy serio. Algo poco habitual en él.

—De acuerdo —accedió ella con cautela. Pero él no dijo nada, parecía que estaba calculando sus palabras, algo que no solía hacer nunca con ella, siempre soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—Sé por qué te casaste conmigo —dijo por fin. ¿Lo sabía? ¿Sabía que ella lo quería? A Sadie le dio una arcada. Apretó los dientes y rezó por que se le pasase. Y no abrió la boca hasta no estar segura de que no iba a vomitar.

—¿Sí?

Él asintió, todavía muy serio.

—Y quiero que sepas que te lo agradezco.

¿Ella lo quería y él se lo agradecía?

—Ahora me doy cuenta de que sólo quisiste ayudarme —continuó Spence solemnemente—. Hacer lo que era mejor para la empresa.

Ella lo miró atónita. ¿Spence pensaba que se había casado con él por eso?

—Y sé que fue muy difícil para ti. La boda. Después. Y el divorcio, bueno, el no-divorcio —torció el gesto—, que sólo ha complicado más las cosas. Pero podemos intentar sacar lo mejor de una mala situación. Somos adultos, ¿no? Maduros, sensatos.

¿Lo eran? ¿Y por qué ella tenía ganas de matarlo? Prefirió no decir nada, se limitó a mirarlo.

—Podemos hacer esto —continuó él—. ¿Verdad?

Spence la miró como esperando que ella dijese algo.

Pero qué podía decirle: «Te quiero, estúpido».

—Está bien —dijo él impaciente—. Si no quieres hablar del tema, no lo haremos. Siento que te sientas así. Yo sólo estaba intentando decir que te entiendo. Que estoy… agradecido.

Justo lo que ella necesitaba, gratitud.

—Y también espero que esto no vaya a ser demasiado difícil para ti, lo que te estoy pidiendo.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo? —preguntó ella, irritada—. Exactamente, quiero decir.

—Nada demasiado comprometedor —le aseguró él.

—¿Comprometedor? ¿Qué quiere decir esa palabra? —dijo Sadie sin poder evitarlo. Estaba demasiado acostumbrada a discutir con él.

—Sabes perfectamente lo que significa —espetó él—. ¡Que no espero que te acuestes conmigo!

—Por supuesto que no —murmuró ella, más para sí misma, que para que la oyese él.

Pero él la oyó y frunció el ceño.

—Espero que te comportes como mi esposa. Como una esposa felizmente casada.

—¿Y eso qué significa?

—Que intentes fingir que te gusto. Sólo un poco.

—Me gustas —respondió ella con toda sinceridad—. Cuando no te comportas como un cerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que siempre confías en mí. Confía también en esta ocasión.

Él pareció sorprendido. Luego, asintió.

—Por supuesto. Confío en ti. Es sólo… que quiero ser claro. Para que lo sepa Leonie. E Isogawa.

—Lo sabrán —le prometió ella, que, de repente se sentía cansada.

Ya no quería seguir luchando porque lo suyo funcionase. Para Spence, era todo mentira. No quería tener nada real con ella.

—Está bien, entonces —Spence se cayó un minuto, luego, añadió—: Supongo que sabes que vamos a tener que compartir un *bure*. Una de esas casitas. Tienen una habitación y salón. Y dos camas.

Sadie no tenía ganas de hablar de eso en aquellos momentos.

—Está bien —dijo—. Dos camas. Bien. Me da igual. Haré lo posible por convencer a Leonie y al señor Isogawa, y a todo el mundo, de que soy una esposa devota. Ahora, si has terminado de explicarme cuáles son mis obligaciones, me gustaría dormir.

Y sin darle opción a responder, se envolvió en la manta que le había dado la azafata, inclinó el asiento todo lo posible, le dio la espalda a Spence y apagó la luz.

Capítulo 5

Sadie pasó el resto del vuelo durmiendo. Spence, por su parte, no fue capaz. Aunque lo intentó. Después de haber pasado dos años durmiendo en una camioneta, era capaz de dormir en cualquier parte.

Salvo si tenía a Sadie Morrissey a su lado.

Observó durante horas con frustración cómo dormía como un bebé. Aunque no tenía nada de bebé. Y él estaba deseando acariciarla.

—¡Maldita sea! —susurró, dejando de mirarla.

—¿Señor? —le dijo la azafata—. ¿Va todo bien? ¿Necesita algo?

¿Un somnífero? ¿Una pistola?

—Café —contestó—. Mucho café. Tengo que trabajar.

Siempre tenía mucho trabajo. Estar ocupado le ayudaba a olvidar las circunstancias de su vida.

La azafata le llevó el café y él volvió a sacar el ordenador, intentó concentrarse, pero no pudo. Maldijo entre dientes.

—¿Umm? —Sadie se giró hacia donde estaba él.

Vaya, si la miraba, podía ver su cara, su boca entreabierta. Esos labios que él había besado.

Sadie tenía una boca generosa. Que daban ganas de besar. Y él iba a tener que volver a besarla esa semana, besarla de verdad, para que todo el mundo pensase que eran una pareja feliz.

No obstante, sabía que no debía desear a Sadie Morrissey. A ella no le gustaba, se había casado con él por compasión.

Se estremeció sólo de pensarlo. No quería la compasión de nadie. Nunca la había querido.

Y no entendía por qué se había enfadado Sadie con él cuando le había dicho que no se preocupase, que no pretendía saltarle a la yugular. Podría controlarse. O eso esperaba.

Además, no iban a dormir en la misma cama. Sólo compartirían el *bure*.

Cerró los ojos. La oyó moverse y murmurar algo. Sadie estiró un brazo, que aterrizó sobre él. Abrió los ojos. Ella lo agarró con fuerza por el antebrazo.

Tenía los dedos largos y delgados, y las uñas cortas y limpias. Con aquellas uñas, nadie habría pensado que llevaba lencería de seda y encaje color melocotón. No había nada de sexy o erótico en aquellos dedos… hasta que empezaron a acariciarle la manga de la camisa.

Spence se puso tenso y la miró con cautela. ¿Estaba despierta? ¿Le estaba tomando el pelo? ¿O leyéndole la mente? Pero su respiración no

había cambiado. Sonrió. Tragó saliva, le daba miedo hasta respirar, pero no apartó el brazo.

Recordaba haber ardido de pasión con las caricias de Sadie cuatro años antes. Cerró los ojos e intentó no pensar en ello. No debía haberle pedido que lo acompañase.

Pero, cuando lo había hecho, le había parecido tan normal y sensato como llevarse a Dena.

Ja.

Sadie no había pensado que se dormiría. Ni que se despertaría sintiéndose tan descansada. Así que se sorprendió al despertarse con el sonido del carrito en el que les llevaban el desayuno.

Cambió de postura y mantuvo los ojos casi cerrados para mirar a Spence, que estaba repantigado en su asiento, un poco despeinado, mirando con ojos cansados unos papeles que tenía en la mano. Sadie dudó que hubiese dormido algo.

Suspiró, se estiró y abrió los ojos del todo. Spence no la miró hasta que no estuvo incorporada y hubo empezado a doblar la manta.

—¿Has dormido bien? —gruñó.

—Sí. ¿Y tú? ¿Llevas todo el viaje trabajando?

—Tenía cosas que hacer. Y quería estar preparado.

—¿No crees que te habría venido bien dormir un poco?

—Ya te he dicho que tenía que trabajar.

—Lo siento —dijo Sadie suavemente, tal vez había sido demasiado brusca—. Yo haré mi parte.

—¿Qué?

—Que no tienes de qué preocuparte. Me comportaré como una esposa.

Él la miró fijamente. Había algo en la mirada de Spence, cuando se unía a la suya, que le parecía casi eléctrico.

«No te confundas», se dijo. «Es tu cerebro. Tus emociones. Tus sueños. No es real».

—Bien —contestó él justo en el momento en que la azafata les dejaba los desayunos.

Desayunaron y luego el comandante anunció que iban a empezar a descender y tenían que prepararse para aterrizar.

De repente, Sadie volvió a sentirse nerviosa.

Spence se levantó a guardar el ordenador y los papeles, luego, buscó algo en su bolsa de mano y volvió a sentarse.

—Toma —dijo casi con brusquedad, dejándole una caja de terciopelo negro en el regazo.

Ella dio un salto, como si le hubiesen tirado una granada.

—No va a explotar —gruñó Spence—. Ábrela.

Pero Sadie no podía. Ni siquiera podía tocarla. Ni respirar. Miró la caja con cautela, sin decir palabra.

—Venga, Sadie. No puedes ser mi mujer y no llevar anillos. ¿A qué estás esperando? ¿Quieres que te los ponga yo?

—¡Por supuesto que no!

Era sólo que estaba sorprendida. Aunque debía haber imaginado que Spence pensaría en todos los detalles. Rezó por que no le temblasen los dedos al tomar la caja y abrirla con cuidado.

Luego, miró su contenido fijamente. Sin moverse. Ni hablar.

—No te gustan —dijo él después de un poco—. No son exactamente… tradicionales. Tal vez podía haberte dado los de Dena, pero pensé… Los anillos de Dena me costaron mucho más, pero… pensé que no iban contigo.

—No. Tienes razón —admitió ella mirando el anillo de compromiso, de oro fino, con un exquisito jade. Y la alianza, que era jade puro sobre una base de nudos celtas. A sus ancestros les habría encantado. Era primitivo y perfecto. Hecho para ella.

Si Spence le hubiese dado el diamante que le había comprado a Dena, ella se lo habría puesto en la palma de la mano, la habría cerrado y no habría sido capaz de volver a abrirla. No obstante, eso era lo que había esperado.

Al fin y al cabo, sólo iban a estar casados una semana.

Aquellos anillos, sin embargo, estaban tan hechos para ella que le dio miedo. ¿Cómo había sido capaz Spence de escogerlos tan bien? Lo miró fijamente.

—No te compré anillo la primera vez —le recordó él.

—Ya, pero me diste ese viejo anillo que llevabas siempre puesto.

Él la miró sin decir nada.

—¿Ya no te acuerdas? El que había sido de tu abuelo.

—¿El anillo de mi abuelo? —repitió el sorprendido—. Pensé que lo había perdido.

Sadie sacudió la cabeza.

—No, te lo quitaste, y me lo diste. Lo pusiste en mi dedo. Me dijiste que ya me comprarías uno mejor —se encogió de hombros—. ¿De verdad que no te acuerdas?

Él sacudió la cabeza.

—Bueno, luego desapareciste durante un mes… Y supongo que después se me olvidó a mí. Debí habértelo devuelto.

Lo cierto era que a Sadie no se le había olvidado. Y nunca se le olvidaría. Le encantaba ese anillo. Tenía un gran valor para ella. Y lo había llevado todo un mes al cuello, colgado de una cadena. No se lo había quitado hasta que Spence había vuelto y le había dicho que ya estaban divorciados.

Se lo habría devuelto si él se lo hubiese pedido, pero no lo había hecho. Así que Sadie lo había guardado en el cajón de su mesita de noche. Y muchas noches, más de las que quería recordar, había abierto el cajón justo antes de irse a dormir, había tocado el anillo y había pensado en lo que habría podido ser.

—Todavía lo tengo —comentó, y se obligó a decir algo que nunca había querido decir—. Te lo devolveré si quieres.

—Sí… me gustaría. Es lo único que tengo de él. Podemos cambiarlos. Si quieres —añadió rápidamente—. Y si no te gustan éstos, puedo comprarte otros…

—Me gustan. Son… preciosos. De verdad. Son… perfectos —dijo alargando un dedo y tocándolos casi con respeto. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Dios mío. ¡No irás a llorar!

Ella parpadeó muy deprisa. Tomó aire y contestó:

—Por supuesto que no. Es sólo… que son muy bonitos. Gracias.

—¿Y no vas a ponértelos?

Con cuidado, Sadie sacó la alianza de la caja y se la puso en el dedo.

—Tal vez sea demasiado grande —comentó Spence.

Pero no lo era. El tamaño también era perfecto.

—Son del color de tus ojos —añadió de repente, sorprendiéndola todavía más. Ella habría dicho que Spence ni siquiera sabía de qué color tenía los ojos.

Lo miró y se dio cuenta de que estaba ruborizado.

—Son como ese lago del bosque del cuento —continuó él—. Uno que me prestaste cuando eras pequeña —dijo completamente avergonzado.

—¡Ya me acuerdo! —y recordó que él se había ganado su corazón entonces al decirle que el lago mágico del cuento tenía el mismo color que sus ojos.

—Es verdad, era de ese color. No me lo he inventado.

—No, claro que no —dijo ella sonriendo. De repente, se sintió feliz. Tomó el otro anillo y se sintió tentada a pedirle a Spence que se lo pusiera él.

Pero él ya había ido mucho más allá de lo que ella había esperado, así que lo mejor sería no presionarle. Se lo puso ella. También tenía el tamaño perfecto.

Levantó la mirada hacia él.

—Muchas gracias. Son preciosos.

Spence se aclaró la garganta.

—Me alegra que te gusten. Quédatelos. Después de esta semana, quiero decir. Son para ti.

¿Para ella? ¿Quería Spence seguir divorciándose cuando acabase la semana?

Sadie no sabía qué pensar.

El tema del anillo había afectado mucho a Spence. No los que le había comprado, que se alegraba de que le gustasen y le estuviesen tan bien. Sino el saber que le había regalado a ella el anillo de su abuelo.

Eso demostraba lo mal que había estado aquella noche. Nunca le habría dado aquel anillo a nadie. ¿Cómo había podido regalárselo a Sadie?

No le dio tiempo a pensarlo, porque ya habían aterrizado.

—¿Preparados? —dijo Sadie respirando hondo.

Spence asintió. Eso esperaba.

Todo el mundo empezó a levantarse.

—Toma —le dijo ella mientras iban hacia la puerta. Y puso algo en la palma de su mano—. Vas a necesitarlo.

—¿El qué? —aunque podía sentirlo en la mano.

Era una alianza.

Apretó los dedos a su alrededor. No se lo había esperado.

—Lo llaman oro rosa, tiene cobre —explicó Sadie cuando vio que él se paraba a mirarlo—. No es gran cosa, pero pensé que tal vez querrías ponértelo, teniendo en cuenta que va a estar Leonie…

Él no se habría puesto anillo si hubiese ido con Dena. Pero asintió.

—Buena idea.

Leonie lo vería y sabría que no estaba libre. Y el señor Isogawa lo vería y entendería que Sadie y él eran una pareja. Tenía sentido.

Se lo puso en el dedo. Y, de repente, se sintió casado.

Afortunadamente, porque nada más recuperar sus maletas y salir, se encontraron con todo el mundo. Él ya conocía a las dos parejas neozelandesas, a Steve Walker, y a su esposa, Cathy, a John y Marion Ten Eyk, que habían llegado la noche antes. Richard y Leonie también estaban allí. Los neozelandeses estaban hablando entre ellos. Richard, como siempre, estaba concentrado en su ordenador. Pero Leonie levantó la cabeza de su revista y los miró como si se alegrase de verlos.

—¡Spence! ¡Querido! —exclamó levantándose de un salto y avanzando hacia él con los brazos abiertos.

Él se preparó para el ataque, y Sadie, que estaba a su lado, le dijo con suavidad.

—¿No vas a presentarnos, mi amor?

¿Mi amor? Spence abrió la boca, pero fue incapaz de articular palabra.

Pero no importó, porque Sadie continuó.

—Ah, creo reconocer tú voz —dijo, dirigiéndose a Leonie, que, al verla de la mano de Spence, no había llegado a lanzarse a sus brazos—. ¡Debes de ser Leonie! Yo soy Sadie.

E interceptó el abrazo y le dio ella uno.

—¿Sa… Sadie? —balbuceó Leonie, apartándose para mirarla de pies a cabeza—. ¿Tú eres Sadie? La…

—Mi esposa —anunció Spence pasándole una mano por la cintura—. Y vas a ser la primera en felicitarnos.

Leonie pareció sorprendida, confundida, consternada.

—Pero si Sadie… trabaja para ti.

—Es cierto.

—Ha sido como sacado de una novela rosa —comentó Sadie alegremente—. Hacía años que nos conocíamos y… por fin el jefe abrió los ojos y se dio cuenta de la mujer que tenía delante.

—Guau. Felicidades —dijo Leonie con escepticismo, luego le lanzó a Spence una mirada acusatoria—. No me habías contado nada. No tenía ni idea. ¡Richard! —llamó a su marido—. ¡Adivina lo que se ha traído Spence!

—Espero que contratos —contestó él sin molestarse en levantar la vista.

—Eso seguro, querido —dijo Leonie con impaciencia—. ¡Pero también una esposa!

Entonces, Richard levantó la cabeza.

—¿Una esposa? ¿Tyack tiene mujer?

Dejó a un lado el ordenador y se acercó a ellos, estudiando a Sadie por el camino. Y su rostro reflejaba apreciación, algo que a Spence no le gustó.

—Te has casado con el jefe, ¿verdad? Chica lista. Y guapa también —se volvió a Spence—. Veo que tienes ojos en la cara. Y que no eres tonto. Esta chica es la que mantiene la oficina central en funcionamiento, ¿no?

—Hace un buen trabajo —admitió Spence secamente, preguntándose por qué Richard no le soltaba la mano a Sadie. Frunció el ceño.

Sadie sonrió, retiró la mano y se agarró al brazo de Spence.

—Intento que crea que es así —le dijo ella al otro hombre.

Richard rió.

—Y seguro que lo consigues —se frotó las manos—. Me alegro de que hayáis venido. El señor Isogawa ha tenido una idea estupenda. Así tendremos tiempo de conocernos mejor.

Spence se quedó atónico. ¿Estaba Carstairs ligando con Sadie?

—Seguro que tendremos tiempo de conocer la zona —respondió Sadie—. Estoy deseándolo. Y también tengo muchas ganas de conocer a todo el mundo en persona —añadió al ver que los Ten Eyk y los Walker se acercaban a ellos.

Spence hizo las presentaciones, pero Sadie ya parecía conocerlos a todos.

Él se quedó allí, entre divertido y sorprendido, mientras su mujer charlaba con todo el mundo como si los conociese de toda la vida.

Capítulo 6

El señor Isogawa estaba en el puerto, esperando a que todos llegasen en el hidroavión. Era un hombre pulcro, de sesenta y muchos años, con el pelo canoso y un pequeño bigote. Era tal y como Spence se lo había imaginado, un hombre estricto, de voz suave, un hombre exigente.

Se inclinó al verlos y le dio la mano a Spence, pero antes de que éste pudiese presentarle a nadie, le dijo:

—Venga. Vamos al hotel. Le presentaré a mi esposa. Está deseando conocerlo. Me alegro de que hayan venido todos. Nanumi es el lugar ideal para las familias.

Volvió a inclinarse, y luego hizo un gesto a los trabajadores del hotel para que llevasen las maletas a los alojamientos, luego se volvió y empezó a andar hacia un tejado de paja que se veía a lo lejos.

El hotel era una construcción baja, hecha con madera local, cristal y paja, y daba a una bahía. Spence había visto fotografías, por supuesto, pero en la realidad era mucho más impresionante. Sadie estaba a su lado, parecía sobrecogida.

Dena ni se habría inmutado. Había pasado mucho tiempo en el Caribe, donde su padre era propietario de una isla, y la belleza tropical no habría sido una novedad para ella.

Pero era evidente que Sadie estaba deslumbrada con la isla, el complejo y el hotel.

—Sentémonos aquí —dijo el señor Isogawa haciendo un gesto—. Y preséntеme a todo el mundo.

Spence lo hizo. El señor Isogawa sonrió e hizo reverencias, dio la mano a todos los hombres y a sus mujeres. Tuvo un comportamiento muy cordial, muy correcto. Entonces, Spence tomó a Sadie de la mano y la hizo acercarse.

—Me gustaría presentarle a mi esposa, señor Isogawa. Ésta es Sadie.

—¿Sadie? —repitió él, olvidándose de las formas. Miró a Spence y luego, otra vez, a Sadie—. ¿Está casado con mi Sadie?

—¿Su Sadie?

El señor Isogawa le dio una palmadita en el brazo a Sadie y luego se volvió directamente hacia él.

—Sí, estamos casados —dijo ella sonriendo tímidamente.

Y el señor Isogawa juntó las manos, como si estuviese encantado, y les dedicó una sonrisa. Le hizo una reverencia a Sadie, y luego tomó sus manos y empezó a hablarle rápidamente.

En japonés.

Spence se quedó boquiabierto.

—No habla…

Pero, al parecer, Sadie sí hablaba japonés, porque le respondió. También en japonés.

—¿Desde cuándo hablas japonés? —preguntó Spence.

Ella terminó de hablar con el señor Isogawa antes de contestarle.

—¿Te acuerdas de Tammy Nakamura, mi compañera de habitación en UCLA?

—No —lo único que recordaba era lo poco que le había gustado que Sadie se fuese cuatro años a estudiar fuera de Butte.

—Tammy era mitad estadounidense, mitad japonesa. Y su padre le había enseñado japonés. Yo le pedí que me enseñase. Cuando empezaste a hacer negocios con el señor Isogawa, volví a practicar con él —sonrió—. El señor Isogawa piensa que soy muy lista.

El señor Isogawa asintió.

—Sadie es muy inteligente. Y trabaja muy duro. También es muy guapa —murmuró.

Y Spence se dio cuenta de que no le soltaba las manos a Sadie.

¿Por qué todos los hombres tenían que agarrarle las manos?

El señor Isogawa volvió a decir algo en japonés y levantó la mano izquierda de Sadie. Sonrió al ver los anillos. Era una sonrisa distinta a las anteriores, sonreía también con la mirada. Era una sonrisa que parecía salir de su interior. Le tendió a Spence la mano de Sadie.

Spence sonrió.

—*¿Sono yubiwa, o'suki desuka*? —preguntó el señor Isogawa a Sadie.

—¿Si me gustan? —tradujo ella—. ¡Sí! —hizo una reverencia—. Quiero decir, *hai*. Me encantan.

—A mí también —dijo el señor Isogawa, luego se volvió a Spence—. Veo que ha elegido bien.

Y él supuso que no se refería a los anillos. Sintió que se ruborizaba.

—Eso pienso yo también. Me alegro de que esté de acuerdo.

Sin dejar de sonreír, el señor Isogawa asintió. Luego, se volvió y le hizo un gesto a una mujer que estaba al otro lado del salón. Tenía aproximadamente la misma edad que él, era pequeña e iba vestida con un bonito *sarong* de seda que parecía reflejar todos los colores del mar.

—Es mi esposa —la presentó el señor Isogawa—. Toshiko.

Ella los saludó a todos y, al llegar a Sadie, se le iluminó la mirada y la tomó de las manos, como si fuesen viejas amigas.

—Supongo que también conoces a la señora Isogawa —murmuró Spence.

Sadie rió.

—Más o menos. Hemos hablado por teléfono. Está aprendiendo inglés. Y cuando me enteré, le ofrecí mi ayuda. Practicamos juntas, ¿verdad? —le dijo muy despacio a la otra mujer.

—Sadie es una buena profesora —contestó la señora Isogawa—. Y muy inteligente.

Spence no se había dado cuenta hasta entonces de que Sadie, además de hacer el trabajo que él le había mandado, había hecho posible que el señor Isogawa considerase negociar con un grupo de inversores occidentales.

—Practicaremos mientras esté aquí —le dijo Sadie a la señora Isogawa.

Entonces, el señor Isogawa empezó a hablarle muy deprisa a su esposa en japonés. Ella abrió mucho los ojos y miró a Sadie y a Spence, y los anillos que Sadie llevaba en la mano.

—¿Están casados?

—Sí —admitió Sadie.

—Recién casados —añadió Leonie—. Qué bonito.

—De luna de miel —decidió el señor Isogawa con alegría.

—Bueno, la verdad es que no —dijo Sadie cruzándose de brazos.

Pero el señor Isogawa ya estaba convencido de lo contrario. Llamó a un camarero para que les llevase champán y le hizo un gesto a otro hombre, que desapareció inmediatamente por la puerta. En cuestión de segundos, todo el mundo tenía una copa en la mano.

—Brindemos por su felicidad —dijo el señor Isogawa levantando la copa. Y les deseó que tuviesen una vida larga, buena salud, mucha felicidad y muchos hijos.

—Muchos, muchos hijos —repitió la señora Isogawa sonriendo a Sadie.

Ella se ruborizó.

—Muchos, muchos, muchos hijos —dijo Leonie también—. ¿No te encantaría tener un montón de hijos, Spence?

A Sadie le dieron ganas de que se la tragase la tierra.

—Estás avergonzando a la chica —le dijo Richard con brusquedad—. Que decidan los que quieren tener en privado. Por Spence y Sadie. Felicidades y nuestros mejores deseos.

Afortunadamente, después del brindis, pasaron a hablar del edificio, del concepto del complejo, de los muebles, los artistas nativos, cuyo trabajo exponían a menudo, las maderas y textiles locales que se utilizaban lo máximo posible.

—Intentamos dar a nuestros clientes lo mejor de este mundo. Es como un remanso de belleza —dijo mirando a Sadie, para ver si se había expresado bien.

—Es cierto —asintió ella pasando la mano por el respaldo de uno de los sofás.

—Creo que les gustarán sus alojamientos. En cuanto estén preparados, Jale les enseñará sus *bures* —luego se volvió a Spence—. No sabía que iba a traer a su esposa. Es una ocasión especial.

—No se moleste en cambiar nada —le aseguró Spence—. No será necesario.

—Claro que sí. Toshiko y yo estamos instalados en el *bure* nupcial, porque es más pequeño, más íntimo. Sólo para dos. No sabíamos que iban a pasar su luna de miel aquí. Pero nos cambiaremos.

—No hace… —empezó Spence.

—No es necesario —dijo Sadie rápidamente.

Pero el señor Isogawa levantó una mano para hacerlos callar a los dos.

—Es necesario. *Shinkon-san ni, tekishite imasu*.

Spence miró a Sadie para ver si ella lo había entendido.

Sadie le tradujo.

—Quiere que nos quedemos allí porque dice que es el lugar apropiado para los recién casados.

—Pero si no estamos de luna de miel —protestó Spence—. Estamos aquí por motivos de trabajo. Para conocer el complejo.

—Pero el complejo está hecho para parejas. Para familias. Y para recordar lo que es más importante. Haremos negocios, por supuesto. Pero los negocios son sólo una parte de la vida. La parte menos importante. ¿Entiende?

—Sí…

Al menos entendía el concepto.

—De acuerdo —dijo Spence por fin—. Pero estamos aquí para hablar de negocios.

—Y lo haremos, más tarde. Ahora, debe compartir el principio de su matrimonio con su preciosa mujer.

El *bure* nupcial era increíble.

Sadie se quedó delante de la puerta abierta y miró a su alrededor sorprendida. Todos los *bures* le habían parecido bonitos al pasar por delante, pero aquél era espectacular.

Era una casita con tejado de paja, pero construida en un árbol. Daba la sensación de que flotaba entre las ramas. Y la habitación parecía haber sido tallada en el interior del árbol.

—No es tradicional —se había disculpado el señor Isogawa—, pero a nosotros nos parece bonito.

El adjetivo «bonito» no le hacía justicia.

—Espero que tengan una feliz estancia —les deseó el joven que los había acompañado hasta allí. Luego, hizo una reverencia y los dejó solos. Y juntos.

En el *bure* nupcial, con una sola habitación. Y una sola cama.

—Bueno, ¿no te parece precioso? —comentó Sadie al ver que Spence no decía nada.

No había dicho ni una palabra desde que se habían marchado del salón principal del hotel. Había seguido al hombre, llamado Jale, en silencio. Normalmente, Spence bombardeaba a la gente con preguntas. No solía guardarse nada para sí mismo. Y a pesar de que Jale se había marchado ya, seguía sin hablar.

—Tendremos que compartir la cama —soltó de repente—. No voy a dormir en la hamaca —dijo, señalando con la cabeza la que había en el porche.

—Ya lo sé.

—Isogawa se daría cuenta. Y, si no, el servicio de habitaciones. No podemos arriesgarnos.

—Ya.

Spence parecía no oírla. Empezó a ir y venir por el *bure*.

—¡Todos los demás tienen dos camas!

—No te preocupes. Yo me quedaré en mi lado. Prometo no molestarte.

—¿Qué?

—¡Que prometo no atacarte!

—No era eso lo que quería decir —gruñó él—. Te había prometido que habría dos camas.

«Y también me prometiste amarme y respetarme el resto de nuestras vidas», pensó ella, pero no lo dijo.

—Ya lo sé, pero el señor Isogawa está empeñado en que éste sea un viaje especial para nosotros.

—¿No te importa?

—Sobreviviré. ¿Y tú?

—¡Por supuesto! —dijo él, pero se apartó de la cama, intentando poner espacio entre ambos.

Sadie intentó no fijarse en el detalle. Se tocó los anillos que llevaba en los dedos. Aquellos anillos le demostraban que Spence la comprendía hasta cierto punto, que se preocupaba por ella.

Lo del *bure* se lo tomaría como una señal de que el destino quería que Spence y ella estuviesen juntos.

Se quitó las sandalias y flexionó los dedos de los pies sobre el frío suelo de madera.

—¿Nos damos un baño? —sugirió.

Spence miró la cama.

—Me parece bien —contestó rápidamente—. Cámbiate tú primero. Y yo… Vaya, me he dejado el maletín en el salón. Iré a buscarlo.

—No te quedes allí trabajando.

—No —Spence salió, pero se detuvo en el porche y se dio la vuelta—. ¿Sadie? Gracias.

—¿Gracias?

—Esta negociación ha ido cuajando con facilidad hasta ahora, pero no me había dado cuenta de que, en gran parte, ha sido gracias a ti. La relación que tienes con todo el mundo es lo que ha hecho que salga adelante.

—He disfrutado mucho —contestó ella con sinceridad—. Ha sido divertido. Y todo el mundo es muy interesante.

—Sí. Es cierto, pero quiero que sepas que te estoy agradecido —dudó, como si fuese a decir algo más. Pero al final se limitó a murmurar—: Gracias —y se marchó.

Sadie lo vio desaparecer entre las palmeras, luego se hundió en la cama y suspiró. Spence se había dado cuenta de la relación que tenía con los Isogawa, con los Ten Eyk, con los Walker. Y se lo agradecía.

Era probable que pensase que sólo se había relacionado con ellos por el bien de la empresa y no por ningún otro motivo.

A veces, Spence Tyack era bastante tonto. Y tal vez tuviese que enfrentarse a él antes de que terminase la semana.

Pero, dado que la había llevado al paraíso, antes se daría un buen baño.

Sadie se fue a nadar.

John y Marion se unieron a ella. El agua estaba caliente e invitaba a entrar. Casi no había oleaje. Era como una magnífica bañera de agua color turquesa, impresionantemente clara y bonita.

Spence no fue.

—Debe de estar trabajando —sugirió Marion.

—Menudo idiota —comentó John.

Sadie se preguntó si estaría trabajando. O si sólo quería evitar estar con ella. Se quedó en la playa más de una hora. Y él no apareció.

—Seguro que está con Richard —dijo John—. Haciendo proyecciones a diez años. Richard todavía es más adicto al trabajo que Spence.

¿Richard? ¿O lo habría sorprendido Leonie por el camino?

De repente, Sadie sintió la necesidad de ir a ver dónde estaba.

—Voy a echar un vistazo —dijo.

—Sí. Agárralo de una oreja y tráetelo —propuso Marion.

—O busca algo mejor que hacer —dijo John sonriendo y guiñándole un ojo.

Sadie se ruborizó.

—Sí… tal vez sea buena idea.

Se enrolló la toalla a la cintura y fue hacia el *bure*. Al llegar a las escaleras se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Así que lo más probable era que Spence no estuviese ni con Richard, ni con Leonie.

O estaba trabajando, o la estaba evitando.

—¿Spence? Si el señor Isogawa se entera de que estás aquí trabajando… —se quedó quieta.

No estaba trabajando. Se había quedado dormido.

Al parecer, sí había pretendido bajar a la playa, porque había un bañador negro tendido en la cama, a su lado. Estaba descalzo y tenía la camisa desabrochada. Los labios entreabiertos. Y roncaba muy ligeramente.

—¿Spence? —repitió en voz más baja esta vez, más para comprobar que estaba profundamente dormido, que para despertarlo.

Él no respondió. Ni siquiera movió un párpado.

Sadie se dijo que era normal. Mientras que ella había dormido en él avión, él había estado trabajando todo el tiempo. Y, antes del vuelo, había viajado de Nueva York a Los Ángeles. Era normal que estuviese agotado.

Y que estuviese tan irresistible, pensó Sadie observándolo.

Además, parecía un hombre completamente diferente al hombre que ella conocía despierto. La intensidad que caracterizaba todos sus movimientos había desaparecido. Su boca parecía más suave. Y el resto de su cara también; parecía más relajada. Más amable.

Le había crecido la barba y parecía más áspera y oscura que nunca. Sadie recordó cómo le había rozado la cara cuando habían hecho el amor la noche que se habían casado. No se la había acariciado desde entonces. Sintió el impulso de alargar la mano y tocarle la mejilla.

Pero no lo hizo. No podía permitírselo. Aquella semana ya iba a ser bastante turbadora. No hacía falta que empeorase las cosas. Así que se cruzó de brazos y se sujetó las manos, para que no se le escapasen.

«Se mira, pero no se toca», se dijo.

Aquel Spence era la persona que ella sabía que había en el interior de la otra persona a la que creía conocer el resto del mundo. Vio en él al chico del que todavía se acordaba, y al hombre con el que se había casado cuatro años antes.

Cuando habían subido juntos a la habitación, habían hecho el amor con ansiedad, con desesperación. Se habían arrancado la ropa el uno al otro antes incluso de llegar a la cama. Había sido un acto feroz.

Y después, él le había murmurado: «Siempre fuiste tú». Y casi al instante, se había dormido entre sus brazos.

Sadie lo había observado dormir.

Se había quedado despierta, sorprendida por el giro que había dado su vida. Había tenido miedo de cerrar los ojos y descubrir, al despertarse, que todo había sido un sueño.

Y cuando por fin se había dormido, y se había despertado unas horas después, lo que había descubierto era que todo se había convertido en una pesadilla.

No obstante, lo recordaba todo como si hubiese sucedido unas horas antes. Recordaba cómo lo había abrazado, cómo había frotado la nariz contra su pelo suave, y cómo había disfrutado del roce de su barba contra su mejilla.

Lo había besado allí. Y Spence había suspirado y sonreído, y había llevado su boca a la de ella para devolverle el beso, todavía dormido.

Al verlo allí dormido, no pudo evitar recordar aquella noche, y no la mañana siguiente. Se abrazó con fuerza a sí misma para evitar abrazarlo a él.

—Venga —le susurraba Martha en su interior—. ¿A qué estás esperando?

Pero por mucho que le hubiese gustado tumbarse a su lado y abrazarlo, Sadie sabía que no podía hacerlo.

Spence tenía que quererlo; tenía que desearla a ella; y ella tenía que saber que la deseaba.

Intentó alejarse de él, pero sintió que no podía. No sin antes alargar una mano y tocar levemente su pelo moreno y alborotado.

—Te quiero —susurró.

Era la verdad, por mucho que le doliese saber que su amor nunca sería correspondido.

Spence sonrió. Y siguió durmiendo.

En el cuarto de baño había una bañera normal, en la que poder darse un baño en privado. Pero detrás de las puertas de cristal había un pequeño patio exterior con una ducha que parecía una pequeña cascada natural y que caía sobre una piscina de piedra.

Sadie había sido capaz de resistirse a compartir la cama con Spence, al menos, por el momento, pero darse un baño allí era demasiado tentador. De todos modos, él no se enteraría. Estaba profundamente dormido. Así que Sadie tomó una toalla del baño y un albornoz rosa y volvió a la habitación.

Spence estaba tumbado de lado, pero su respiración seguía siendo profunda y constante.

Sadie lo miró, observó la cama y se dijo que, si él se quedaba donde estaba, le quedaría sitio para echarse un rato después de la ducha. Eso no debería herir demasiado su sensibilidad.

Salió al patio y cerró la puerta tras ella. Miró rápidamente atrás, para comprobar que Spence seguía dormido, y se quitó el traje de baño. Entró en la piscina.

Era como entrar en el cielo. El chorro de agua caliente caía con suavidad y abundancia, echó la cara hacia atrás y dejó que le golpease la cara, bajase por el cuello y por el resto de su cuerpo.

—Ah, sí —dijo sonriendo, y se dio la vuelta para que el chorro le diese también en la espalda. Agarró uno de los botes que había alineados encima de la roca y tomó uno de champú con olor a pina. Se masajeó la cabeza, luego se la enjuagó y observó cómo la espuma le caía sobre los brazos, los pechos e iba a parar a la piscina, que poco a poco se iba llenando de pompas de jabón.

Sadie se dijo que no volvería a darse un baño nunca más en su pequeña bañera de Butte sin recordar aquél.

Luego, volvió a levantar la cara hacia el agua y se enjuago todo el cuerpo. Se había levantado una ligera brisa, que hacía que se moviesen las hojas del árbol. Se oían voces provenientes de la playa. Steve, Cathy y Leonie parecían haberse unido a Marion y John. Todos reían. Era extraño oírlos con tanta claridad, estar tan cerca, tan desnuda, y saber que no podían verla.

¿O sí?

Sadie estiró el cuello por encima de la pared que la aislaba del exterior, pero nadie miraba hacia donde estaba ella.

Nadie la veía.

Salvo Spence.

Capítulo 7

Spence estaba soñando. Era un sueño casi real, en el que desnudaba a Sadie, le besaba los brazos, los hombros, la mandíbula, las mejillas, la punta de la nariz y, finalmente, la exquisita boca.

Y mientras la besaba, la acariciaba y le iba quitando la ropa, aquellos trajes y blusas tan serios, para llegar a la ropa interior de seda que sabía que había debajo.

Acababa de llegar a la ropa interior y había empezado a desabrocharle el sujetador cuando oyó un ruido.

Se despertó sobresaltado y vio cómo Sadie abría la puerta de cristal que daba a la ducha exterior. La puerta volvió a cerrarse. Y, a través de ella, Spence fue testigo de una realidad mucho más vibrante y vivida que cualquiera de sus sueños.

Observó aturdido, pero fascinado, cómo colgaba Sadie la toalla y el albornoz en una percha al lado de la pequeña piscina, cómo miraba brevemente hacia la puerta y luego se quitaba el traje de baño y se metía, desnuda, en el agua.

A Spence se le secó la boca. ¡Ni siquiera parpadeó mientras observaba la piel color melocotón de Sadie, completamente desnuda!

Gimió al verla, y al notar la reacción de su cuerpo, ya sensibilizado por el sueño. Tomó aire y cerró los ojos.

—Maldita sea —susurró, luego abrió un poco los ojos, con la esperanza de que todo hubiesen sido imaginaciones suyas, de que el *jet lag*, el estrés, el exceso de trabajo y la frustración sexual hubiesen hecho que tuviese alucinaciones.

Pero no.

Ella seguía allí. En la piscina de piedra, debajo del chorro de agua. Sus pechos asomaban ligeramente, el agua los hacía brillar. Spence volvió a tragar saliva.

Y ya no pudo volver a cerrar los ojos. ¿Para qué molestarse? Jamás podría olvidar aquello. Así que era mejor disfrutar de las vistas.

Al fin y al cabo, Sadie era su mujer. Así que tenía derecho a mirarla.

Podría haberse levantado de la cama, haberse quitado la ropa y haber ido con ella. Era su marido, podía pasar las manos por su cuerpo lleno de jabón, besarla en el cuello, bajar hasta sus pechos, acariciarle el ombligo con la lengua, y besarla todavía más abajo, acariciarla… allí.

Apretó la mandíbula y se tumbó boca arriba, con todo el cuerpo protestando por que no se le permitiese hacer todo aquello, y más.

¿Por qué no más?

¿Se resistiría ella? No le había parecido que le molestase demasiado tener que compartir cama con él. Y a él lo único que le había preocupado era que ella le pareciese mal.

¿O no sería así?

¿Quería Sadie que le hiciese el amor?

Al fin y al cabo, se había casado con él.

Pero sólo lo había hecho bajo coacción. Porque él había hecho que le fuese imposible negarse. Porque a Sadie le importaba como amigo y había querido hacerle un favor al verlo tan mal. ¡Porque se había compadecido de él!

¿Pero por qué había querido casarse con él? Conocía su historia familiar. Sabía tan bien como Danny que nunca sería un buen marido. Y ella era una mujer que siempre había querido un marido, un hogar y una familia.

Así que se merecía a alguien mejor que él.

Lo único que podía hacer era centrarse en el trabajo.

Pero, en esos momentos, necesitaba desesperadamente salir de allí.

Spence conocía la naturaleza humana, en especial, la suya, lo suficiente como para saber que demasiada tentación podía causar estragos.

Si había algo que le había enseñado su padre, era eso.

¡Spence no estaba allí!

Sadie había terminado de bañarse, se había secado y se había envuelto en el albornoz rosa. Se había peinado con los dedos para no parecer una bruja y luego, después de respirar profundamente, había vuelto a la habitación haciendo el menor ruido posible, esperando tener un hueco en la cama para echarse un rato.

¡Y él no estaba! La cama estaba vacía.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Sadie corrió al baño, pero tampoco estaba allí. Miró en el porche principal, nada. Incluso fue a la parte de atrás a ver si estaba en la playa, pero no quedaba nadie. Estaba vacía.

¿Adonde se había ido?

¿Y por qué?

Se había llevado el bañador. Y la ropa que llevaba puesta un rato antes estaba en el armario. ¿Se habría despertado y habría bajado a la playa, pensando que ella seguía allí?

¿No se había dado cuenta de que estaba en la ducha?

¡Desnuda en la ducha!

¿Cómo no la había visto? Sintió que le quemaba la cara al darse cuenta de que tenía que haberla visto. Mientras que desde fuera no se veía la habitación porque el sol reflejaba en el cristal, desde dentro, la vista de la ducha era clara como el agua.

Sintió que le ardía todo el cuerpo. Se sentía humillada, no avergonzada.

Spence la había visto y había mirado hacia otra parte. ¡Se había marchado a otra parte!

Y ella quería morirse. ¿Cómo iba a pasar una semana en la misma habitación que él, en la misma cama, si él ni siquiera soportaba mirarla?

¿Cómo había podido tener la esperanza de seguir con su matrimonio después de aquel viaje?

¿En qué había estado pensando? En aquellos momentos, le parecía de risa.

Y ella era el objetivo del chiste.

Un rato más tarde, Sadie oyó tambores que retumbaban en las paredes del *bure*. Y supo que el restaurante y el bar estaban abiertos, y que pronto se serviría la cena.

Y ella, cómo no, tenía que ir. Era su trabajo.

Se había pasado las dos horas anteriores hecha un ovillo en uno de los sillones del *bure*, llorando.

Aunque era una tontería, no merecía la pena. Y se lo había dicho a sí misma una y otra vez, pero no podía evitar llorar.

No tenía ni idea de dónde estaba Spence. Hubiese ido donde hubiese ido, desesperado por huir de su desnudez, no había vuelto.

También tendría que ir a cenar. El señor Isogawa esperaría verlos juntos. Así que Spence acabaría apareciendo, y esperaría que ella actuase como su esposa.

Todavía furiosa, se secó los ojos, se puso un poco de maquillaje, esperando poder disimular las rojeces de su cara. Todavía tenía los ojos colorados, pero podría decir que era de haber estado nadando en el mar. No era una excusa demasiado buena, pero valdría.

Luego fue al armario y sacó un vestido de tirantes en tonos rojos y anaranjados que Martha le había prestado.

Llegó sola al restaurante, y el señor Isogawa se levantó rápidamente y se acercó a ella, para invitarla a que se uniese a él y a su esposa.

—¿Se está divirtiendo? —le preguntó.

—Sí, muchas gracias. *Arigato* —repitió en japonés, haciendo sonreír al señor Isogawa—. Me lo estoy pasando estupendamente. El *bure* es magnífico. Y he estado en la playa dándome un baño. Es preciosa, y el agua está muy caliente. También me ha encantado la pequeña cascada privada.

Debió de sonar convincente, porque él sonrió.

—¿Y Spence? ¿También se ha divertido? ¿Dónde está?

—Spence se quedó dormido —respondió ella con toda sinceridad—. Había estado trabajando durante todo el vuelo y estaba agotado. Así que fui sola a la playa. Y supongo que, al despertarse, ha ido también a explorar la zona.

Sadie esperó que, cuando apareciese, le dijese al señor Isogawa lo mismo que le había dicho ella, la verdad.

Su anfitrión asintió.

—Espero que me cuente lo que ha encontrado.

Lo que había descubierto Spence, que llegó justo antes de que se sirviese la cena, era que había un camino que llevaba a un lugar en lo alto de la colina desde donde se veía prácticamente toda la isla.

—Las vistas son impresionantes —dijo con ojos brillantes.

Estaba guapísimo, parecía descansado y tranquilo.

Sadie lo odiaba.

Debía de haber llegado al *bure* después de que ella se marchase, porque se había cambiado de ropa y se había puesto unos pantalones finos color caqui y un polo azul que resaltaba el color de sus ojos, aunque Sadie estaba segura de que él no tenía ni idea.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó intentando parecer tan contenta como él.

—Sí. Y siento no haber ido a nadar. Me quedé dormido. Iba a ir a la playa, pero, cuando me desperté, ya no estabas allí.

«No, estaba desnuda en la ducha. Podrías haberte reunido conmigo», pensó. Pero no lo dijo, sonrió.

—Te llevaré mañana a donde he estado, te va a encantar —dijo Spence sonriéndole y pasándole un brazo por los hombros para atraerla hacia él.

A Sadie le dieron ganas de resistirse, o darle una patada donde más le doliese. ¡Cómo podía ser tan mentiroso!

Pero le había dado su palabra de que lo ayudaría, así que se dejó llevar y sonrió.

—Seguro que sí. Y luego, para que no fuese él solo el que demostrase lo enamorados que estaban, Sadie volvió la cara y le dio ligero beso en la mandíbula.

Fue Spence el que se puso tenso entonces, y ella vio confusión en su mirada, y algo parecido a desafío. Y lo siguiente que vio fue que él volvía la cara y la besaba directamente en los labios.

No fue un beso apasionado, no fue un beso que tuviese que darse en la privacidad de su *bure* nupcial, pero fue un beso lo suficientemente largo y posesivo, que prometía muchas cosas que dejaron a Sadie atónita y conmovida. Entonces, Spence se apartó. Y le sonrió.

Ella le lanzó una mirada feroz, y luego levantó la vista y se dio cuenta de que Leonie Carstairs los estaba observando.

De repente, entendió por qué le había dado Spence aquel beso. Para dejarle claro a Leonie que tenía que mantener las distancias. No era para decirle nada a ella. Nada en absoluto.

—Vamos —dijo el señor Isogawa—. Es hora de cenar —agarró a su esposa por el brazo y la llevó hacia el comedor.

Spence, todavía sonriendo, le tendió el brazo a Sadie. Y ella lo agarró después de suspirar, sin hacer caso al dolor de su corazón, y avanzó a su lado hacia la mesa.

—Todo va muy bien —le dijo Spence mientras abría la puerta del *bure* después de la excelente cena y de una noche en la que todos habían hecho por conocerse mejor.

—¿Eso piensas? —preguntó ella con ironía.

Entró en la habitación delante de él, y se arrepintió inmediatamente de haberlo hecho.

De repente, la cama, que unas horas antes le había parecido inmensa, le pareció del tamaño de un sello. Y una cosa era compartir cama con el hombre al que quería sabiendo que él la encontraba atractiva, y otra, compartir cama con un hombre que se había marchado corriendo al verla desnuda.

Pero en aquellos momentos, no había escapatoria, sólo había oscuridad. La noche estaba oscura y llena de estrellas, pero Sadie sabía que no se podía pasar toda la noche fuera, contemplándolas.

—¿No estás de acuerdo conmigo? —preguntó Spence sorprendido. Cerró la puerta y se quitó los zapatos—. Todo el mundo lo ha pasado muy bien. El lugar es increíble, mucho mejor de lo que yo esperaba. Y el servicio parece muy bueno. La comida es fantástica.

—Sí.

—Leonie no me ha molestado nada —añadió satisfecho—. Y, cuando se le conoce un poco, el señor Isogawa resulta ser un tipo agradable. Y su esposa también. Ambos piensan que eres estupenda. Y yo estoy de acuerdo con ellos —dijo muy contento.

—¿Por qué? ¿Porque te he espantado a Leonie? ¿Porque tu plan está funcionando? Es genial.

Spence frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—¡No me pasa nada! Nada en absoluto.

—Ya lo veo. Eres todo dulzura y alegría esta noche —comentó él poniendo los ojos en blanco.

—¡No me conoces lo más mínimo!

—Entonces cuéntame por qué estás enfadada.

Aquello la enfadó todavía más.

—¿Quién ha dicho que estoy enfadada? —replicó ella poniéndose al otro lado de la cama para alejarse de él, que avanzaba hacia ella.

—No hay más que verte —dijo Spence mirándola a los ojos, luego se pasó una mano por el pelo y frunció el ceño—. Voy a ver si adivino lo que te pasa.

—Como quieras.

—Estás así por esta tarde, ¿verdad?

—¿Tú que crees?

—Creo que lo estoy haciendo lo mejor que puedo, maldita sea —soltó —. Está bien, ¡lo siento!, pero no estoy ciego, Sadie. No he podido evitar mirar. Por eso me he marchado.

—¿Qué?

—Que si no querías que te viese desnuda, ¿por qué dejaste las cortinas abiertas mientras te dabas el baño?

¿Creía que estaba enfadada por eso? ¿Porque la había visto desnuda? ¿No porque le había repugnado tanto lo que había visto que se había tenido que marchar?

—¿Por eso te fuiste?

—¿Acaso habrías preferido que me quedase aquí tumbado, mirándote? ¿No te habrás vuelto ahora una exhibicionista? —bromeó.

—¡Por supuesto que no! Necesitaba una ducha. Había estado bañándome en el mar. Y la ducha exterior es tan bonita… No es como la bañera de mi casa. ¡Y tú estabas dormido! ¡No pretendía seducirte!

—Ya me lo he imaginado —le informó él—. Y supuse que tampoco querrías tentarme al volver a la habitación. Por eso me marché.

—¿Tentarte? —repitió Sadie como si fuese la primera vez que oía esa palabra—. ¿Pensaste que…?

—Estabas muy tentadora —afirmó él—. Y no me habría conformado sólo con mirarte. Habría querido más. Y eso no forma parte de nuestro trato. Por eso me marché.

—Oh.

—Lo siento —continuó Spence—, pero en esos momentos, no se me ocurrió otra cosa.

—¿No? —dijo ella sin poder evitarlo.

Sus miradas volvieron a encontrarse. Una corriente eléctrica pasó entre ambas. Deseo. Ansias. Frustración. Necesidad. Sadie sentía todo aquello. Pero no tenía ni idea de en qué estaba pensando Spence.

Él apretó los dientes.

—No me tientes, Sadie. Las niñas que juegan con fuego acaban quemándose.

Ella se sintió de repente liberada, sin miedo, el corazón le latía a toda velocidad.

—¿Es una promesa? —le preguntó.

—Ya vale —dijo él—. Será mejor que te prepares para acostarte. Ya te he dicho que siento que haya sólo una cama, pero si quieres, volveré a disculparme.

—No me importa que sólo haya una cama —respondió Sadie.

Él la ignoró.

—Yo iré a dar un paseo por la playa mientras te cambias. Apaga la luz cuando estés lista —y se marchó.

Spence se quedó fuera, mirando hacia el cielo y diciéndose que todo iba a ir bien.

Había sobrevivido aquella noche. Había desempeñado bien su papel, al igual que Sadie. Sí, había habido un par de momentos de tensión, pero los habían superado. Se había disculpado por lo de la tarde, aunque no hubiese sido culpa suya, y había salido de la habitación antes de que Sadie pudiese malinterpretarlo.

Con un poco de suerte, ella se metería en la cama y se quedaría dormida inmediatamente. No había descansado nada en todo el día. Así que debía de estar agotada.

Rezó por que estuviese agotada. Él lo estaba. Y a propósito. Al marcharse aquella tarde de la habitación, había estado andando kilómetros, dudaba que le quedasen caminos de la isla por explorar.

Así que no le costaría pasar la noche con ella. Podría controlarse. Ya no era un adolescente.

Entonces, por el rabillo del ojo, vio que la luz del *bure* se apagaba y se encendía y, de repente, dudó de su capacidad de control.

«No merece la pena anticipar el desastre. Eso no lleva a ninguna parte. Todo irá bien. Dale cinco minutos, y estará dormida», se dijo.

Así que esperó. E intentó con todas sus fuerzas no pensar en lencería color melocotón, ni en Sadie desnuda.

Una vez recobrada la compostura. Subió las escaleras y abrió la puerta.

¡Pero Sadie no estaba metida en la cama!

—¡Te dije que te acostases!

Sadie sonrió y se estiró lánguidamente.

—No trabajo para ti las veinticuatro horas del día. Lo siento, pero a estas horas ya no estoy a tus órdenes.

Él la miró furioso y la observó, sentada en la cama con un corto y transparente camisón de color amarillo, sonriendo con dulzura, tan tentadora como Eva y su maldita manzana.

—¿Qué estás intentando hacer? —le preguntó.

—¿Hacer? —repitió ella con candidez.

—Te estás exhibiendo. ¡Estás intentando seducirme!—la acusó.

—¿Y está funcionando?

—¿Qué demonios crees…? Maldita seas, Sadie. ¿Quieres que te salte encima?

Ella dudó durante medio segundo, luego, sonrió con picardía.

—De hecho, sí, me gustaría.

Capítulo 8

—¿Sadie? —Spence la miró como si no pudiese creer lo que acababa de oír. Ella no podía repetírselo, así que le dijo con nerviosismo:

—A no ser que tú no quieras.

Él la miró fijamente.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo con voz entrecortada. Y, sin más, la tomó entre sus brazos, la apretó contra su cuerpo y la besó.

E instintivamente, Sadie le devolvió el beso.

Era como volver a casa.

Como un recuerdo de su noche de bodas, pero infinitamente mejor. Aquellos besos habían sido ansiosos y desesperados. En ése también había ansiedad. Y tal vez un poco de desesperación.

Pero ahí se acababa todo el parecido. No avasallaba, exploraba. No exigía, buscaba una respuesta. Y, además de eso, ofrecía. Le ofrecía al Spence con el que siempre había soñado. Su beso le decía que era suyo.

Sadie, por supuesto, siempre había sido suya, desde que tenía uso de razón. Pero hasta entonces, hasta aquel momento, le había dado miedo entregarse a un hombre que nunca querría de ella nada más que una amistad, y muchas horas de duro trabajo.

Pero en su beso, en su manera de temblarle las manos al acariciarla, le estaba diciendo que no tenía de qué tener miedo. Él la deseaba tanto como ella a él.

—Sadie —le susurró contra los labios.

Ella sonrió.

—Umm —murmuró mientras le quitaba la camisa por la cabeza y le acariciaba el pecho, los hombros, los músculos de la espalda—. Sí.

—¿Sí? ¿Así, sin más? —preguntó él acariciándola también.

Ella le desabrochó el cinturón y le quitó los pantalones, y el resto de la ropa, y pudo contemplarlo en todo su esplendor.

—Oh, sí —murmuró Sadie, apartándose para mirarlo, y luego acercándose para volver a tocarlo. Le acarició el pecho, el musculoso abdomen y su erección.

—¡Sadie! —exclamó él poniéndose tenso.

—¿Umm?

Pero él no contestó. Ella le besó en la mandíbula, el cuello, los hombros, el pecho. Spence empezó a respirar más deprisa, le ardía la piel. Al ver qué no decía nada, Sadie se preocupó.

—¿Estás… bien?

—Me estoy muriendo —dijo él haciendo un sonido que era entre una risa y un gemido.

—¿Muriéndote? —repitió ella apartándose, alarmada.

—Por ti, idiota —murmuró Spence—. Me estoy muriendo por ti.

Sadie no lo creyó, pero no le importó que se lo dijese. De hecho, le encantó oírlo.

—¿Estás seguro?

Él la tumbó de espaldas en la cama y apretó todo su cuerpo contra el de ella, ambos encajaban a la perfección.

—¿A ti qué te parece?

—Oh —dijo Sadie sonriendo y frotándose contra él.

—No hagas eso —murmuró él contra su boca—. O vas a hacerme enloquecer.

Los labios de Spence fueron de su boca a las mejillas. La tocaron, la acariciaron, la mordisquearon. También la hicieron arder. Los dedos le temblaron ligeramente al acariciarle las piernas y agarrarle el camisón para quitárselo por la cabeza.

—¡Spence!

—¿Qué? ¿Querías dejártelo puesto?

—Sí. No. Me da igual, Spence. Yo…

—Shhh. Acuéstate y déjate llevar.

—No —de eso nada, ella también quería participar—. Yo también… sé hacer cosas.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pensé que yo era el jefe.

—Sólo en el despacho. Y ahora no estamos trabajando.

—¡Espera un momento!

Pero Sadie estaba cansada de esperar. Lo besó para que se callase, luego, le pasó la lengua por los labios y se la metió dentro de la boca. Al mismo tiempo, lo acarició como siempre había querido hacerlo.

—¿Acaso tienes algún problema con esto? —le preguntó después.

—Creo que podría llegar a acostumbrarme —respondió él hundiendo la cabeza entre sus pechos. Y le tembló la voz al añadir—: Eres tú, Sadie.

—Sí —aunque después de tantos años, a ella también le costaba creerlo.

Luego, Spence volvió a dejar de hablar. La besó a conciencia. Sus manos estaban por todas partes, aprendiendo sus curvas y secretos,

haciéndola gemir y retorcerse. Y ella estaba decidida a hacer lo mismo con él.

Cuatro años antes, se había sentido tan abrumada por el repentino giro que habían dado los acontecimientos, que había hecho poco más que entregarse a él. En esos momentos, quería hacer más, tener más, compartir más.

Así que le tocó, le acarició. Le besó y le mordisqueó. Y le hizo perder el control. A él se le aceleró la respiración. El corazón le dio un vuelco.

—¡Sadie! ¡Despacio…!

—¡No! Te deseo.

—Yo… también… te… deseo. Pero necesito… —no terminó de hablar, salió de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó ella sorprendida.

Pero Spence no tardó en encontrar lo que estaba buscando en su maleta. Protección. Aunque a Sadie le habría gustado decirle que no le importaría concebir un hijo con él en aquel maravilloso lugar.

Pero él ya había acometido su tarea y volvía a estar entre sus piernas, buscando su centro, acariciándola, probándola.

Y ella lo recibió.

Hacía tanto tiempo… A veces, Sadie había pensado que aquello nunca volvería a ocurrir. Que nunca volvería a sentirse tan llena y realizada como se había sentido con él. De hecho, había veces que había pensado que sólo lo había soñado.

Pero no, no había sido un sueño.

Y entonces, no pudo pensar en nada más, sólo en el calor que recorrió su cuerpo al sentir aquella descarga de pasión, y en la sensación de que por fin los dos se habían convertido en uno solo.

Spence se dijo que le debía a Sadie mucho más que aquello. Que tenía que haber ido más despacio, haber sido más cariñoso, que debía haber pensado más en ella. Se sentía como si estuviese flotando en el aire, aunque debía de estar aplastándola. Y a pesar de querer moverse, no parecía ser capaz.

Sadie tampoco se movía, aunque él podía sentir los latidos de su corazón contra el pecho.

—Ha sido… —comentó Sadie sin aliento—… increíble.

Spence no se movió.

—¿Sí? ¿En qué sentido? ¿Increíblemente horroroso?

—Ha sido maravilloso.

A él le dio un vuelco el corazón, casi podía sentir cómo le crecía en el pecho.

—Umm —murmuró ella mientras lo abrazaba por el cuello y le daba un beso en los labios—. El mejor.

Él sonrió. Rió. No pudo evitarlo.

—¿Te ha gustado? Pues yo te demostraré lo que es bueno de verdad.

—¿Ahora? —chilló Sadie.

—Dentro de unos minutos. ¿Qué te parece? —Spence se quitó de encima de ella y la apretó contra él, maravillado con lo bien que se sentía entre sus brazos, era como si aquel fuese el lugar al que pertenecía.

—Creo que no me importará volver a hacerlo dentro de unos minutos —contestó Sadie después de considerarlo.

—Bien —Spence le puso una mano en el pelo y le dio un beso en la frente. No podía creer que estuviese pasando algo así. ¿Sería todo un sueño del que iba a despertar?

Pero la noche pasó… y siguieron haciendo el amor. Lo hicieron muchas veces. Spence estaba decidido a demostrarle a Sadie todo lo que sabía. Y aquello no era un sueño. Al amanecer, estaba agotado. Tenía los ojos inyectados en sangre. El cuerpo roto. El cerebro completamente seco.

Pero no le importó. Sadie estaba satisfecha. Muy, muy satisfecha.

No llegaron al desayuno.

Bueno, llegaron al final, pero todo el mundo había terminado ya y estaba sentado bebiendo té y café cuando ellos llegaron juntos, como excitados y distraídos, como si se hubiesen pasado la noche en el *bure* nupcial haciendo exactamente lo que solía hacer la gente en su luna de miel.

Yeso era lo que habían hecho.

Y estaban excitados y distraídos porque habían pasado una noche increíble juntos, sin dormir, y al alba, se habían ido a bañar al mar.

La idea había sido de Spence.

—¿Quieres ir a bañarte? —le había preguntado Sadie, incrédula—. Me voy a ahogar. No tengo fuerzas.

—Venga —le había dicho él sacándola de la cama—. Será estupendo. Ya verás.

Y había tenido razón. Había sido mágico. El aire fresco de la mañana, el agua casi caliente. Habían retozado, se habían besado y habían hecho el amor.

Y luego, habían visto la salida del sol flotando en el agua, abrazados.

Y cuando el cielo había cambiado su color azul oscuro por una sorprendente mezcla de violetas, rojos y naranjas, para convertirse en amarillo y, finalmente azul, habían dejado la playa y habían vuelto al *bure*, donde se habían bañado juntos en la ducha exterior, en la que Spence había visto bañarse a Sadie el día anterior.

¿Había sido sólo el día anterior? ¿Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas? ¿Cómo era posible que las cosas hubiesen cambiado tanto desde entonces?

Sadie no lo sabía. Sólo sabía que estaba feliz. Y que tenía todo el cuerpo dolorido, como si hubiese utilizado músculos que no estaba acostumbrada a usar. Y era incapaz de quitar aquella tonta sonrisa de la cara.

Spence también parecía complacido, aunque tenía los ojos rojos y no se había afeitado porque ella había decidido que le gustaba con barba.

Sadie estaba segura de que, con sólo mirarlos, todo el mundo sabía lo que habían estado haciendo. Pero le daba igual, estaba demasiado contenta. E incluso cuando el señor Isogawa les preguntó educadamente si habían dormido bien, no pudo dejar de sonreír.

—Hemos pasado muy buena noche —contestó ella. Y era la verdad, aunque no hubiesen dormido.

—Seguro que sí —comentó Leonie con envidia.

Richard no se dio cuenta, pero Marion comentó diplomáticamente:

—Es un lugar maravilloso. John y yo también estamos disfrutando mucho. No hace ni demasiado frío, ni demasiado calor. Es muy tranquilo. Y el mar es tan agradable…

Sadie se preguntó si los habría visto y se ruborizó, pero Marion no sonrió ni le guiñó un ojo. Afortunadamente.

Cathy les hizo un gesto para que se acercaran a una mesa en la que había dos sillas libres.

—Sentaos y desayunad. Todo está delicioso. Hay fruta fresca. Huevos. Tostadas. Todo lo que os apetezca. Nosotros hemos comido demasiado. Marion y yo estábamos hablando de ir a dar un paseo mientras los hombres están reunidos. ¿Queréis venir con nosotras? —preguntó mirando a Sadie y a Leonie.

—Yo no —respondió Leonie inmediatamente—. A mí me va a dar un masaje Jale.

Jale, el joven que los había acompañado al *bure* el día anterior, era un monumento. Y, al parecer, tenía otros talentos, aparte de llevar maletas.

Sadie lanzó una mirada rápida a Richard para ver cuál era su reacción ante el plan de Leonie, pero Richard pareció no haberlo oído, no le prestaba ninguna atención a su mujer.

—A mí me encantaría —contestó ella—, pero yo también estoy aquí por motivos de trabajo. Tengo que ir a las reuniones.

Spence no le había dicho que tuviese que hacerlo, pero ella quería estar presente.

Quería estar donde estuviese Spence, verlo en acción. Quería pasarse el día sólo mirándolo, disfrutando del hecho de que por fin fuese suyo, y de que por fin ambos lo supiesen.

No habían hablado casi nada la noche anterior. Cuando por fin habían caído todas las barreras, la experiencia había sido demasiado sorprendente, demasiado nueva, demasiado sobrecogedora. Había habido palabras, pero pocas. Ya tendrían tiempo de hablar.

No obstante, ella le había dicho que lo quería.

Después, había contenido la respiración, había tenido miedo de que él se riese.

Pero no lo había hecho. Había gemido y la había besado con una desesperación que dejaba ver que él también la quería. Y Sadie pensaba que la quería, aunque no se lo dijese.

Pero él la había sorprendido echándose hacia atrás, mirándola a los ojos y confesando:

—Yo también te quiero.

Ella se había sentido sorprendida, y luego, exultante de alegría. Y había sabido que él era su alma gemela, tal y como siempre había pensado.

Spence Tyack siempre había sido un hombre comedido, que sabía cautivar a los demás, que tenía muchos amigos, pero que quería a muy pocas personas.

Y a ella la quería. Se lo había dicho. Y estaba segura de que pronto volvería a demostrárselo, como ya había hecho en privado.

Mientras tanto, Sadie quería observarlo. Cuando hiciese falta, tomaría notas y, cuando no, lo desnudaría mentalmente y pensaría en todas las cosas que iban a hacer cuando estuviesen solos.

Sonrió sólo de pensarlo.

—A ver, la recién casada —la llamó Marion, riendo al ver su sonrisa—. Deja de soñar despierta y pide el desayuno. Me estás dando envidia.

Sadie volvió a ruborizarse, pero se sentó y una de las camareras apareció inmediatamente a su lado con una carta.

—Si desea algo que no esté en la carta —le dijo—, dígamelo, se lo conseguiré.

Era difícil de imaginar algo que no estuviese en la carta. Y Sadie vio muchas cosas que le apetecían porque, de repente, estaba hambrienta.

Finalmente, pidió un vaso de zumo, una magdalena, una tortilla y una taza de té, aunque podría haber comido mucho más, después de todas las calorías que había gastado durante la noche. No obstante, no quería que nadie pensase que Spence se había casado con una glotona. Tenía que comportarse bien y con dignidad, moderación y decoro, ¡siempre y cuando luego pudiese desfogarse en la cama!

No pudo evitar dejar escapar una risita.

Cathy y Marión la miraron, sacudieron la cabeza sonriendo y suspiraron. Leonie miró a Sadie, luego a Spence, y de nuevo a Sadie, y luego miró con furia a Richard, que no se estaba dando cuenta de nada.

Sadie sintió lástima por ella y deseó poder ayudarla, sobre todo, porque ella estaba allí gracias a que había intentado seducir a Spence. Pobre Leonie.

—Ah, veo que está contenta esta mañana.

Sadie levantó la cabeza al oír el suave acento de la señora Isogawa, que estaba al lado de su mesa.

—Muy contenta —le aseguró ella—. Éste es el lugar más maravilloso del mundo.

—Es un buen lugar —asintió la señora Isogawa—. Un lugar feliz. Yo conocí aquí a mi marido.

—Es cierto —admitió él—. Ella estaba con unas amigas de vacaciones. Y yo estaba trabajando. Diseñando estos edificios. Pero no podía apartar la mirada de ella, así que conseguí que me la presentasen —sonrió—. Y el resto, como dicen, ya es historia.

Sadie estaba encantada. Aquél era realmente un lugar mágico.

—Nuestra familia viene aquí todos los años. Llegarán a finales de semana. Nuestros hijos e hija, y nuestros nietos. Tal vez, en un futuro ustedes también vuelvan con su familia.

A Sadie se le nubló la vista sólo de pensarlo. Miró a Spence, pero él estaba escuchando algo que Steve Walker le estaba diciendo.

—No tiene que venir a las reuniones de hoy —le dijo el señor Isogawa a Sadie—. Me gustaría que disfrutase de la isla, mi secretaria puede tomar notas y dárselas después.

—Preferiría ir —respondió ella—. Es mi trabajo. Y quiero estar. No suelo ver a Spence haciendo esta parte de su trabajo.

—Muy bien —asintió el señor Isogawa—. Disfrute del desayuno. Nos veremos dentro de una hora.

Sadie disfrutó del desayuno. Y Spence, que se había sentado con Richard y Steve, pareció disfrutar del suyo. Había vuelto a adoptar un comportamiento profesional, casi no comía, se limitaba a escuchar.

Pero, de vez en cuando, miraba hacia donde estaba ella. Sus miradas se encontraban y Spence sonreía un poco.

Y Sadie, recordando la noche anterior, y las noches que les quedaban por compartir, sintió que su corazón se llenaba de alegría.

Se habían abalanzado sobre él nada más verlo entrar en el comedor con Sadie. Richard con un montón de papeles, y Steve y John con un montón de preguntas.

A ninguno parecía importarle lo que hubiese estado haciendo durante toda la noche con Sadie. Aquella mañana todos estaban concentrados en lo que querían hablar acerca de Nanumi.

Nanumi. Sadie había dicho que quería decir «recordar». Y Spence sintió que podría hacerlo. Nada más tumbarse con ella en la cama y abrazarla, le había dado la sensación de que ya había estado allí antes. Recordó sonidos, formas, caricias, sentimientos que se había obligado a contener. Y al hacer el amor con Sadie la noche anterior, se sintió como juntando las piezas de un puzzle que ya había hecho antes. Oyó el eco de palabras que ya había escuchado antes, y sintió cosas que ya había sentido antes.

Era un sentimiento nuevo, pero conocido al mismo tiempo.

Era lo que tenía que ser.

Al hacer el amor con Sadie, había sentido algo que no sentía desde que había hecho el amor con ella cuatro años antes. Algo que había perdido sin darse cuenta, y que había vuelto a descubrir en sus brazos. La sensación de haber encontrado, después de toda una vida de búsqueda, el lugar al que pertenecía.

Pertenecía a Sadie.

La idea todavía lo sorprendía si pensaba demasiado en ella. Era como mirar al sol. Brillante, pero imposible. Y no obstante…

Sadie lo quería.

Se lo había dicho. Con fervor. Con entusiasmo. Incluso con desesperación, o eso le había parecido a él.

Lo quería tanto como él la quería a ella.

Y hasta se lo había dicho también. Y aquello también le sorprendía. Spence no recordaba habérselo dicho a nadie más en toda su vida. Pero, con Sadie, le había salido sin más.

Ella se lo había dicho primero, así que tal vez lo suyo hubiese sido sólo una respuesta.

Aunque no lo creía. Pensaba que la quería de verdad, y que la había querido desde hacía mucho tiempo.

Eso también le sorprendía. Siempre le había gustado Sadie, desde que corría detrás de Danny y de él con cinco años. Al verla crecer, había admirado su determinación, su inteligencia, su talento.

Y le había agradecido mucho que fuese a trabajar con él al principio. Lo habían pasado bien. Y la había echado mucho de menos cuando se había ido a estudiar a California. Por entonces, había creído echarla de menos sólo en el trabajo. Y por eso se había asegurado de que volviese a trabajar con él.

Era la verdad, pero no toda la verdad.

Y Spence acababa de entenderlo. Recordaba haberse atraído por ella en el instituto, al ser testigo de cómo pasaba de ser una niña, a una mujer muy atractiva.

Una mujer demasiado buena para él. Y si su sentido común no le hubiese frenado, lo había hecho su amigo Danny. Al menos, hasta que Emily lo había dejado plantado.

Aquello le había afectado tanto, que se había atrevido a hacer una pregunta que había tenido tan profundamente enterrada en su interior que ni siquiera se había parado a reflexionarla. Había hecho lo que le había pedido su corazón. Se había casado con Sadie.

Y lo había estropeado todo al día siguiente.

Pero no lo había estropeado para siempre. Por accidente, le habían dado una segunda oportunidad. Y se alegraba de ello. Más que alegrarse, estaba en las nubes.

La noche anterior, Sadie le había hecho sentirse vivo, completo. Era la primera vez en su vida que alguien le hacía sentir así.

Le había hecho sentirse querido, algo que no había tenido nunca.

Sabía que otras personas querían. Que en otras familias, sus miembros se querían. Pero no en la suya.

Pero eso ya no importaba, porque Sadie lo quería. Se lo había demostrado la noche anterior. Durante toda la noche. Y aquella mañana, mientras se suponía que tenía que estar prestando atención a Richard y a Steve, no podía dejar de mirarla. Y ella le devolvía las miradas, y le sonreía.

Él también sonreía, porque era la primera vez en su vida que se sentía así.

Era el mismo de siempre, pero se sentía como si hubiese vuelto a nacer. Se sentía vivo. Nada de lo que hubiese conseguido hasta entonces igualaba el regalo que le había hecho Sadie con su amor.

—¿Estás escuchándome? —le preguntó Richard Carstairs interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué? Sí, claro que te estoy escuchando.

Pero lo cierto era que sólo podía pensar en Sadie, que ya había terminado de desayunar. ¿Adonde había ido?

La buscó con la mirada hasta localizarla en la terraza, con la brisa levantándole el pelo, y el sol de la mañana besándole las mejillas. Las tenía más rojas que de costumbre. Probablemente, por su culpa. No le había dejado que se afeitase esa mañana.

—... construir establos también —dijo Richard—. ¿No crees?

—Umm.

—Déjale que desayune —sugirió Steve—. No tardará en escucharte.

Richard gruñó, pero apartó los papeles, luego miró a su alrededor.

—¿Dónde está Leonie?

—No lo sé —respondió Spence. Pero como sentía que gracias a ella Sadie estaba allí, le dijo a Richard—: Pero deberías ir a buscarla. Y ver si se está divirtiendo. Vete a dar un baño con ella.

—¿Un baño? —repitió Richard horrorizado.

—Es lo que el señor Isogawa quiere que hagamos durante esta semana —le recordó Spence—. Que recordemos lo que es importante. Que reforcemos la relación con la familia.

Richard sacudió la cabeza.

—Leonie es mi esposa, no mi familia.

Spence no veía la diferencia, pero no era ningún experto.

—Era sólo una idea.

Richard gruñó y volvió a sus papeles.

Sadie se pasó dos horas antes de comer y otras dos después asistiendo a las reuniones y tomando abundantes notas. Por si era posible encontrar todavía más motivos para amar al hombre con el que se había casado, Sadie encontró otro aquella tarde.

Hacía mucho tiempo que no lo veía trabajar fuera del despacho de Butte, pero aquel día lo había visto trabajando con gente, escuchando ideas, visualizando, sintetizando, concretando. Y había hecho que todos se pusiesen de acuerdo.

El trato todavía no estaba cerrado, pero Spence había conectado bien con el señor Isogawa. Era evidente que ambos se respetaban. Y también se llevaba bien con los demás. Tenía un modo de tratar a las personas, y de hablarles, que hacía que todo el mundo estuviese centrado en el programa.

—Has estado increíble —le dijo Sadie después de la reunión de la tarde.

—No eres objetiva —contestó él.

—Pero eso no significa que esté equivocada —y luego, se puso de puntillas y le dio un beso.

Él le devolvió el beso, fue un beso cálido y posesivo. Y el resto de los hombres le aplaudieron y vitorearon. Él le pasó un brazo por los hombros a Sadie y dijo:

—Si nos perdonan, caballeros, mi esposa y yo tenemos cosas de las que hablar.

Y se pasaron el resto de la tarde «hablando». Hicieron el amor en la cama y debajo de la cascada exterior. Sadie nunca había imaginado nada tan maravilloso y erótico.

Spence la dejó, cansada y saciada, y fue a vestirse para reunirse con Richard y con el señor Isogawa para ver el lugar en el que Richard había sugerido construir unos establos.

—¿No te importa? —le preguntó.

—Por supuesto que no. Para eso has venido —respondió Sadie.

Después de que Spence se hubiese marchado, Sadie se dio otra ducha. Luego se vistió y fue a darse un paseo por la playa.

Leonie estaba cerca de unas hamacas, hablando con Jale. Él sonreía mientras ella parpadeaba exageradamente y le pasaba una mano por el brazo. Al ver a Sadie, se despidió del joven, y él, que parecía casi aliviado, se marchó a toda prisa.

—Estaba reservando otro masaje —le explicó Leonie a Sadie cuando ésta se acercó—. Es muy bueno. ¿Estás segura de que no quieres darte uno?

—No, gracias.

Leonie se sentó en una toalla de playa y estiró las piernas.

—Supongo que no necesitas que nadie te ponga las manos encima —comentó mirándola de reojo.

—¿Aparte de Spence, quieres decir? No.

—Es evidente que está loco por ti.

Un día antes, Sadie no lo habría creído.

—El sentimiento es mutuo —contestó.

—Ya se nota —comentó Leonie con envidia.

Sadie lo dejó pasar.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó.

—¿Tú qué crees?

Vaya. Se había equivocado de pregunta.

—Sé que tenías muchas ganas de venir y… —empezó Sadie.

—¿Te ha contado Spence lo de Barcelona?

Sadie miró a la otra mujer a los ojos. Leonie tenía las mejillas coloradas, pero no apartó la mirada. Al menos, no iban a tener que fingir que no había pasado nada.

—Sí —admitió Sadie.

—Me lo imaginaba —dijo Leonie riendo con amargura—. Cuando te vi con él ayer en el aeropuerto, y cuando dijo que estabais casados, pensé que tal vez fuese mentira, que lo había dicho para evitarme. Y para asegurarse de que Richard no se enterase y echase por tierra el negocio —sacudió la cabeza—. Qué egocéntrica soy.

—Spence y yo llevamos juntos mucho tiempo. Pero no solemos hablar de ello en público, quiero decir, en el trabajo.

—Lo entiendo. Tienes mucha suerte. Te envidio. No por Spence —hizo una pausa—. Bueno, sí por Spence, pero, sobre todo, porque te presta atención.

Todo lo contrario que Richard.

Sadie la entendía. Para Richard, era casi como si su esposa no estuviese allí.

—¿Por eso te acercaste a Spence en Barcelona? ¿Por eso buscas a Jale para que te dé masajes?

—¡Tengo la esperanza de que Richard despierte!

—¿Poniéndolo celoso?

—¿Por qué no? Quiero que se fije en mí... Que se acuerde de que soy su mujer. ¿Cómo si no iba a hacer que se despabilara?

—¿Por qué no hablas con él?

—¿Y decirle que quiero tener un hijo?

—¿Un hijo? —repitió Sadie.

De querer que se fijase en ella, a querer un hijo, había un gran paso.

—Sí. Sé que Richard ya ha tenido hijos. Y sé que el tema ya no le interesa. ¡Pero a mí sí! Lo quiero. Y quiero tener un hijo con él. Una familia. ¿Vosotros no?

—Sí, por supuesto que sí —Sadie no necesitaba pensárselo, había soñado con formar una familia con Spence desde que sabía cómo se hacían los bebés. Ya tenía los nombres elegidos, aunque suponía que también le dejaría opinar a él.

—Pero no pensaba que tú lo quisieras. ¿Lo sabe Richard?

—Nunca hemos hablado de ello —admitió Leonie—. ¿Cómo íbamos a hacerlo? Si hace como si yo no existiera. Es extraño. Antes de casarnos, me dedicaba toda su atención. Y una vez casados, volvió a zambullirse en su trabajo. Casarse conmigo fue como cerrar un trato. Una vez cerrado, perdió el interés.

—Tal vez debieras decirle cómo te sientes. Quizás él piense que no quieres hijos.

—¡Quizás ni siquiera se lo haya planteado!

—Nunca lo sabrás si no lo intentas.

—Supongo que pensé que acabaría dándose cuenta...

—¿Esperabas que te leyese la mente?

—Más o menos.

—Te digo por experiencia que no funciona. Hay que decirlo con palabras.

Leonie suspiró, luego tomó un puñado de arena y lo dejó escapar entre los dedos. Después volvió la cabeza para mirar a Sadie.

—Tienes mucha suerte —murmuró—. ¿Sabes cuánta?

Y Sadie pensó en los últimos cuatro años, y en la noche anterior, y sintió el beso del sol en la cara y sólo pudo asentir y sonreír.

—Sí. Lo sé.

Capítulo 9

—He hablado con Leonie esta tarde —le comentó Sadie a Spence, tumbada de lado en la cama, acariciándole el pecho desnudo con un dedo, y luego con los labios.

—Umm —dijo él para darle a entender que la escuchaba, aunque su atención estaba puesta en otra parte. Se movió al notar que los labios de ella bajaban más, contuvo la respiración.

—Estás muy tenso —murmuró acariciándole el ombligo con la lengua, y bajando todavía más.

—No estoy tenso. Sino cansado.

—Pero, evidentemente, no te importa continuar —comentó ella sonriendo, sin dejar de acariciarlo.

Habían vuelto a la habitación después de la exquisita cena. Mientras que casi todo el mundo había aceptado la invitación del señor Isogawa de ir a tomarse una copa al bar después, Spence había dicho que Sadie y él tenían que revisar unos papeles.

—¿Revisar unos papeles? —había dicho Sadie poco convencida.

Spence había esperado a que nadie los oyese. Luego, había sonreído.

—Los pondremos debajo de la cama.

Y Spence y ella se habían pasado dentro de ella casi el resto de la noche, salvo el rato que habían salido a la ducha exterior.

Habían hecho el amor con pasión, luego despacio, después como si fuese un juego. Sadie no podía pedir más. Había cercanía, confianza e intimidad entre ellos.

Pero no podía olvidarse de la cara de tristeza de Leonie.

—Tenías razón —comentó entre dos besos—. Había intentado seducirte.

—¿Te lo ha contado? —preguntó Spence incorporándose y apoyándose sobre los codos.

—Sí. De hecho, piensa que estás estupendo. Aunque hemos hablado más de Richard. Leonie está intentando ponerle celoso. Pero él parece no darse cuenta.

—Afortunadamente —contestó Spence secamente—. O todo esto se habría venido abajo. Aunque si de verdad a ella le importa, es un problema. A veces, Richard es inquebrantable.

—Y parece ser que hubo una época en la que lo era con Leonie. Pero cuando la consiguió, se olvidó de ella.

Spence metió la mano entre sus rizos.

—No la ha dejado exactamente en la miseria. Al menos, está sacando algo de su matrimonio —comentó—. Viaja por el mundo. Tiene una casa fantástica. Tres casas fantásticas, para ser más precisos. Y no estaría aquí si no fuese por él.

—No creo que sea el viaje a Fiji lo que le importa a Leonie. Ni las casas. Sino su matrimonio. Richard. Lo quiere.

—Pues tiene una manera muy extraña de demostrárselo. ¿Por qué no se limita a decírselo?

—Eso le he sugerido yo —dijo Sadie, acariciándole los muslos, primero uno, después el otro, y luego entre ambos.

—¿Quiere pelea?

—No. Un bebé —dijo ella, besándole en el que había sido su objetivo desde el principio.

—¿Qué?

—Leonie —dijo Sadie respirando sobre él, probándolo, haciéndole gemir—, quiere un bebé.

—¡Olvídate de los bebés! ¡Me da igual lo que quiera Leonie! ¡Yo te quiero a ti! —exclamó él poniéndose un preservativo y luego levantándola para sentarla a horcajadas sobre él.

Sadie se dejó hacer, disfrutando de su manera de moverse juntos, de balancearse juntos, de hacer el amor juntos. De agotarse juntos.

—Te quiero —dijo cayendo encima de él. Apoyó la cabeza en su pecho y oyó los latidos de su corazón. Luego, volvió la cabeza para darle un beso allí mismo, después la levantó y le sonrió con ternura—. Algún día nosotros también tendremos un bebé.

Él no respondió. Se quedó allí tumbado, con los dedos enredados en su pelo. Volvió la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero —le susurró abrazándola, apretándola contra él mientras se quedaba dormida. Todavía la deseaba, y su cuerpo no tardó en estar de nuevo preparado para tenerla.

Le acarició la espalda, empezó a besarla.

Ella se apretó contra él, también deseosa de volver a hacer el amor.

Él sonrió.

—Yo pienso que la vida ya es bastante complicada tal y como es —le susurró al oído.

—Richard no se lo podía creer —le informó Leonie a Sadie el viernes por la noche.

Ambas estaban en la playa mientras los hombres ultimaban los detalles del acuerdo.

—¿Se lo dijiste?

—Bueno, primero tuve que llamar su atención. Intenté hablar con él, pero siguió trabajando con su maldito ordenador. Así que, después de tres intentos, se lo quité y le amenacé con romperlo si no me escuchaba.

—¿Y qué dijo él?

—Se quedó sorprendido. Atónito, la verdad. Supongo que, antes de casarnos, no hablamos demasiado. Todo fue muy rápido. Como te dije, él actuó como si hubiese cazado a su presa. Y pensó que yo me había casado con él por su dinero. El muy idiota no se dio cuenta de que lo quería.

—¿Y ahora ya lo sabe?

—Está empezando a darse cuenta. Creo que le he dado algo en que pensar.

—¿Y lo del bebé? ¿Qué piensa al respecto?

—No podía creer que se lo estuviese diciendo en serio. Pensaba que era demasiado viejo. Que yo debía de pensar que lo era. Y yo le dije que era yo la que iba a quedarme embarazada. Entonces, se preguntó qué dirían sus hijos. Y yo le dije que hablase con ellos. Eso también le sorprendió.

—¿Que quisieras que ellos también opinasen?

—Eso supongo. Creo que él piensa que a sus hijos no les parecería bien. Que ni siquiera les parece bien que se haya casado conmigo. Pero la decisión es de él no de sus hijos. ¿Por qué no va a preguntarles si de verdad quiere saber lo que opinan?

A Sadie todo aquello le parecía muy sensato. Y se lo dijo.

Leonie sonrió.

—Eso espero. Ya veremos. Richard me ha dicho cien veces que es algo muy serio. Que me fije bien en los nietos de los Isogawa mañana y decida si de verdad quiero tanto lío. Pero no me ha dicho que no. De hecho, se ha mostrado interesado. Tentado, diría yo. Sobre todo, porque ahora sabe que lo quiero de verdad. Y… —le dio un abrazo a Sadie— todo gracias a ti.

—Dice que me lo debe todo a mí —le contó Sadie a Spence sonriendo.

—¿Eh? ¿Quién te debe el qué? —Spence estaba distraído. La había abrazado nada más llegar a la playa. Y no le interesaba hablar de Leonie. Tenía otra cosa en la cabeza.

—Te he dicho que Leonie y Richard han estado hablando —repitió ella con paciencia mientras volvían al *bure*—. Richard por fin la escucha. ¡Se están comunicando! ¡Y tal vez tengan un bebé! Y ella dice que me lo debe todo a mí.

—Esa mujer está loca.

Bueno, Spence había tenido un día duro, con reuniones por la mañana y por la tarde, atando los últimos cabos para cerrar el nuevo consorcio. Se le podía perdonar que no le importasen los problemas familiares de Leonie.

—Debes de sentirte aliviado de que todo haya terminado —dijo Sadie mientras subían las escaleras de su habitación. Una vez arriba, le masajeó los tensos músculos de los hombros y espalda.

Él suspiró.

—Sí. He estado pensando que deberíamos volver a casa.

—¿A casa? —Sadie dejó de mover las manos.

—No nos podemos quedar aquí para siempre. Es el paraíso, sí. Pero el trabajo ya está hecho.

—Pero la semana no ha terminado. El señor Isogawa espera que nos quedemos. Además, mañana es el día de la familia —y Sadie había estado deseando que llegase.

—De la familia de Isogawa —la corrigió él encogiéndose de hombros.

—Y nosotros queremos conocerla. Vienen todos los años.

—Está bien —dijo él, encogiéndose de hombros—. Si quieres que nos quedemos, nos quedaremos —entró en la habitación y se tumbó boca abajo en la cama, cerró los ojos.

Sadie se sentó a su lado y le frotó la espalda.

—Adiós a la adrenalina, ¿verdad?

Él se dio la vuelta y la hizo ponerse encima.

—¡De eso nada!

Spence todavía estaba profundamente dormido cuando ella se despertó a la mañana siguiente. Normal, habían pasado casi toda la noche haciendo el amor.

Eran casi las ocho. Y ella había prometido desayunar con los Isogawa a las nueve. Tenía tiempo para darse una buena ducha, si Spence no la acompañaba, antes de ir.

Lo miró y sintió que se le henchía el corazón de amor. Le pasó una mano por el pelo. Él no se movió. Se agachó y le dio un beso en la mejilla. Spence suspiró y sonrió levemente, pero no se despertó.

Sadie se dio la ducha, se secó el pelo y se arregló más de lo que se había arreglado durante el resto de la semana para conocer a la familia de los Isogawa.

Cuando se marchó del *bure*, a las nueve menos cinco, Spence seguía sin moverse.

El sonido de las risas de unos niños lo despertó.

Por un momento, Spence no supo dónde estaba. Luego abrió los ojos y recordó que era el día de la familia.

Se quedó tumbado un rato, considerando cómo librarse, y entonces oyó que llamaban a la puerta. Hasta entonces, todo el mundo había respetado su privacidad, pero tal vez Sadie hubiese enviado a alguien para ver si se había levantado.

Se puso unos pantalones cortos y abrió la puerta, y se encontró con dos niñas y tres niños.

—Es la primera vez que vemos una casa así de grande en un árbol. ¿Vive aquí? —preguntó el niño más alto; se parecía a Steve y tenía acento neozelandés, así que Spence se imaginó quién era.

—Vivo aquí esta semana. ¿Queréis entrar a verla?

Los niños entraron, la recorrieron entera y rieron. Spence también rió. Les dijo cómo se llamaba y averiguó sus nombres. El chico mayor era Geoff, y el más pequeño, Justin, y eran hijos de Steve y Cathy. El mediano era Keefe Ten Eyk y la niña pelirroja, su hermana, Katie. La otra niña, Mai, era nieta de los Isogawa. No hablaba inglés, pero la barrera del lenguaje no era problema para ninguno.

—¡Es increíble! —exclamó Keefe—. ¡Podría vivir aquí toda mi vida!

—Que va a ser muy corta si sigues molestando a la gente —dijo una voz desde la puerta. Era Marion.

—Hemos pedido permiso —explicó Katie.

Y el resto de los niños asintió.

—Sí —admitió Spence.

—¿Te han despertado? —preguntó Marion todavía preocupada—. Sadie nos ha dicho que estabas agotado, que necesitabas descansar.

—Ya estaba despierto. Iba a bajar a la playa a darme un baño.

Justin lo agarró por una mano, y Mai, por la otra.

—Pues vamos.

—Dejad al señor Tyack tranquilo —dijo Marion—. Y salid de aquí. Todos.

—No pasa nada —dijo Spence agarrando a los niños de las manos—. Vamos a la playa.

—Estos niños están locos —se quejó Marion—. Gracias. Y siento que te hayan molestado.

Al salir del *bure*, vieron que se acercaba un grupo de personas.

En el grupo estaban los Isogawa, una pareja más joven que Spence supuso que serían sus hijos, y otros dos niños mucho más pequeños que Mai.

Un niño, que estaba aprendiendo a andar, iba agarrado de una mano de Richard y otra de Leonie, que reían y lo animaban a continuar.

Y el otro estaba en los brazos de Sadie.

—Está en su salsa —comentó Marion al verla sonreír.

Y Spence tuvo que estar de acuerdo. Siempre le habían encantado los niños.

—Será una buena madre —le aseguró Marión.

—Sí —Spence estaba seguro.

Sadie se había divertido el resto de los días, y las noches, cómo no, pero para ella, el mejor día había sido el de la familia.

Había jugado con los nietos de los Isogawa. Había visto cómo Spence jugaba con los niños mayores. Y se había imaginado cómo sería tener sus propios hijos algún día. Leonie le había preguntado cuántos hijos quería tener, y ella había sorprendido a todo el mundo contestando:

—Ocho.

—¡Ja! —se había reído John Ten Eyk.

Y Marion se había encogido de hombros y había dicho:

—Prefiero que los tengas tú a tenerlos yo.

—Sadie sería capaz de criar a ocho hijos —había asegurado Cathy.

Pero Spence parecía tan atónito, que Sadie había tenido que tranquilizarlo.

—En realidad, no quiero ocho. Sé el trabajo que dan los niños. Así que tres o cuatro serían suficientes. Incluso uno o dos. Lo que tenga que ser. Y si no podemos tenerlos, los adoptaremos.

Algo iba mal. Sadie estaba segura.

Cenaron con Richard y Leonie, que parecían muy acaramelados, más que ellos.

Spence casi no hablaba, y eso que no había tenido ninguna reunión durante el día. Tal vez le hubiese dado demasiado el sol. Tal vez no se encontrase bien.

—Creo que me voy a la habitación —dijo Sadie cuando hubo terminado la cena—. Tengo que hacer la maleta. Nos vamos mañana por la mañana. ¿Vienes? —le preguntó a su marido—. ¿O prefieres quedarte otro rato?

—Voy contigo.

Se despidieron de los Carstairs. Y del resto del mundo. Y Sadie le dio efusivamente las gracias a los Isogawa.

Spence también se despidió, pero en voz baja y grave.

De camino al *bure*, tampoco habló. Y ella disfrutó de la belleza que los rodeaba, saboreó los recuerdos.

Spence le abrió la puerta de la habitación y esperó a que entrase. Cuando él también estuvo dentro, Sadie se volvió y lo abrazó. Él se puso tenso un momento. Luego, la abrazó también.

—Ha sido maravilloso —dijo Sadie—. Es maravilloso.

Él la apretó ligeramente y apoyó la barbilla en su pelo. Se quedó así. Sin dejarla marchar. Hasta que Sadie se soltó y dio un paso atrás para mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es sólo… —respiró, estaba pálido—. Lo que has dicho acerca de los hijos…

Sadie rió.

—¡Era broma! No te preocupes, no tendremos ocho.

—No.

—Pero tengamos los que tengamos, quiero que se parezcan a ti.

—No.

—Sí. No puedo imaginarme nada más precioso que un montón de niños como tú.

Spence sacudió la cabeza.

—Yo no quiero tener hijos.

Capítulo 10

—No quiero tener hijos —repitió—. Y no tendré ninguno. No quiero ser responsable de darle a un niño la horrible infancia que tuve yo.

—¡Por Dios, Spence! ¿Es eso lo que te preocupa? ¡No tendrán esa niñez!

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo sé. ¿Cómo se te ocurre ni siquiera pensarlo?

—Porque yo lo viví, maldita sea. Y fue un infierno, por eso lo sé. Y por eso no quiero tener hijos, tomé la decisión hace muchos años.

—Spence…

—No.

Sadie quería discutir con él, decirle que dejase de comportarse como un idiota, pero cuando se ponía así de testarudo, era imposible.

—Puedes ir a ver a los niños que quieras, pero yo no voy a tener hijos. Y punto —añadió.

—Vaya. Muchas gracias, qué amable.

—Sé que te gustan los niños y…

—¡A ti también te gustan! ¿Acaso no eras tú el que jugabas hoy con ellos?

—Claro que me gustan, pero eso no quiere decir que quiera tenerlos.

—No puedes tomar decisiones de ese tipo unilateralmente.

—Claro que sí, ya está tomada.

—Spence…

—No, y no voy a cambiar de opinión. Lo siento. Si tan importante era para ti, debías habérmelo preguntado. Emily lo sabía. Dena lo sabía. Y a ellas les parecía bien.

—Pues a mí, no. Y nunca me lo dijiste.

—Ya te lo estoy diciendo.

—Demasiado tarde.

—Lo siento. Pero así son las cosas —y se dio la vuelta, fue hacia el armario y se puso a hacer la maleta, dándole la espalda a Sadie.

Y ella se dijo que Spence no era así. No era una persona dogmática. Sabía lo que quería, e iba a por ello, pero siempre le había gustado discutir. Y siempre había escuchado a los demás.

—Spence —intentó Sadie de nuevo—. Tienes que ser lógico. Y pensarlo bien antes de tomar una decisión precipitada.

—Ya lo he pensado, maldita sea. ¿Qué te crees que he hecho durante toda mi vida? Así que la única que va a tener que ser lógica eres tú. Y tomar una decisión. Porque si quieres hijos, Sadie, entonces, no quieres estar casada conmigo. Quieres el divorcio.

¿El divorcio? ¿Otra vez? ¿Después de haber pasado la semana más maravillosa de sus vidas?

Luego, Spence entró en el baño y abrió la ducha. Aquella noche no se bañarían juntos fuera, no harían el amor con pasión.

Y Sadie siguió diciéndose que aquello no tenía sentido, y él tenía que darse cuenta.

Se sentó en la cama, sintió frío y náuseas y se dijo que no debía hacer un drama de aquello, como estaba haciendo él. Tenía que tranquilizarse.

Así que tomó aire y empezó también a hacer la maleta. Y pensó en la semana que habían pasado juntos. Todo habían sido buenos momentos. Y cada día habían vuelto al *bure* a hacer el amor. A compartir su cuerpo, su corazón y su alma.

¿Cómo podía no querer tener hijos? Se le daban muy bien los niños, los adoraba.

Sadie no lo entendía. Sólo podía pensar en que Spence acabaría entrando en razón. Tenía que entrar en razón.

Spence había sabido que Sadie se quedaría sorprendida. Que no le gustaría la noticia. Y sabía que no había sido justo casarse con ella y no decírselo.

Se quedó un buen rato debajo de la ducha y pensó.

Aquello no era un secreto. Se lo había dicho a Emily, y a Dena.

Pero Sadie había aparecido y le había estropeado los planes que tenía con esa última.

También le había regalado la semana más maravillosa de toda su vida.

Y eso no podía olvidarlo. Jamás lo olvidaría.

Pero tampoco podía seguirle la corriente. Aunque podía haberle parado los pies cuando habían hablado de que Leonie quería tener un hijo, y que ellos también lo tendrían algún día.

Se había comportado como un cerdo egoísta. Como un cobarde. Pero, al menos, había sido sincero.

Cerró la ducha y se quedó allí quieto, tiritando.

Se dijo que no quería hacerle daño a Sadie. Que la quería, pero había tenido que contarle la verdad.

Ella acabaría superándolo. Al fin y al cabo, era una adulta.

¿Y si no hubiesen podido tener hijos? Muchas parejas no podían. ¿Acaso entonces ella lo habría odiado? ¿Lo habría querido menos?

No. Estaba seguro de que no.

Sadie sólo necesitaba tiempo para entender. Tenía que demostrarle que la quería, y ella acabaría entendiendo.

Había distintos tipos de silencio. Sadie lo sabía. Pero nunca lo había experimentado de un modo tan intenso como aquella noche.

Spence salió de la ducha con el pecho y el pelo mojados. La miró con expresión indescifrable, luego se volvió hacia la maleta. Sin decir ni una palabra.

Ella tampoco dijo nada.

No sabía qué decir. Cualquier cosa habría empeorado la situación. Conocía a Spence y sabía que, si lo arrinconaba, no cambiaría de opinión. Y tampoco podía darle la razón.

—¿Pongo el despertador? —preguntó él.

—Buena idea. No vayamos a perder el avión.

—Dado que somos los únicos que nos marchamos mañana, supongo que nos esperarían —respondió sin sonreír.

—Entonces, haz lo que quieras.

Él abrió la boca, como si fuese a decirle lo que quería. O, al menos, decirle algo, pero luego volvió a cerrarla. Apretó los labios.

Puso el despertador y se metió en la cama. Tenía los párpados caídos, pero la miraba.

Cualquier otra noche, Sadie se habría acercado a él, lo habría abrazado y habría empezado a acariciarlo, pero, esa noche, no podía.

—Me voy a dar una ducha yo también —le dijo y desapareció en el baño.

Salió de él con los ojos rojos, Spence se habría dado cuenta si la hubiese mirado, pero había apagado la luz y había dejado encendida sólo la de la mesita de noche. Estaba tumbado de lado, de espaldas a ella.

No dijo ni una palabra. Así que Sadie no supo si estaba despierto. Apagó la luz y se metió a la cama a su lado. Y la cama volvió a parecerle enorme.

Le dolía la garganta de llorar. No por no poder tener lo que quería, sino por la falta de diálogo.

Suspiró profundamente y se tapó la boca con la mano para que no se le escapase un sollozo, pero él la oyó y se volvió al instante.

—No llores, por Dios —dijo bruscamente.

—Lloraré si quiero, estúpido —replicó ella, y eso fue lo que hizo.

—Maldita sea —Spence la tomó entre sus brazos—. Todo irá bien —le prometió—. Shh. Lo siento.

Sadie intentó parar, pero no podía. ¿Cómo podía ser Spence tan estúpido?

—No —susurró él—. Sadie, por favor, para.

Y la besó, probablemente desesperado. Y ella no pudo evitar responder.

Le devolvió el beso, se abrazó a él, con tanta desesperación como él a ella. E hicieron el amor en silencio, con furia.

Pero al terminar, Sadie se sintió vacía y perdida.

A la mañana siguiente, le sonrió. Habló con él. Seguía tensa, era normal. Spence sabía que estaba disgustada, pero ya se acostumbraría. Sólo tenía que tener paciencia con ella.

El viaje de vuelta a Butte fue largo, pero tranquilo. Sadie se quedó dormida, y él la observó.

La quería, y no podía dejar de mirarla. Era maravillosa. Y él se sentía feliz.

—¿Cómo fue? —le preguntó Martha a Sadie a la mañana siguiente—. ¡Si veo un anillo!

Le agarró la mano y los estudió con detenimiento.

—¡Son perfectos! ¡Hechos para ti!

Y Sadie asintió. Incluso consiguió sonreír. Aunque por dentro, seguía dolorida.

—Estás morena y pareces cansada, espero que sea de haber dormido poco. ¿Conseguiste…?

Ella asintió, pero sin mirarla a los ojos.

—No me digas que es tan malo en la cama —comentó Martha.

—¡No! —exclamó Sadie—. Ha sido… maravilloso.

—Sí, te veo encantada.

—Es sólo… que… hay un problema —y le contó a Martha lo que había pasada.

—Tienes razón —dijo ella—. Spence sería un padre estupendo. ¿Por qué cree lo contrario?

—Supongo que porque su padre no lo fue. Y no quiere que sus hijos sufran.

—Pero eso no tiene por qué ocurrir.

—Ya lo sé, pero intenta convencerle de lo contrario…

—Yo no puedo hacerlo, pero si quieres que lo vuestro funcione, tendrás que hacerlo tú.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Cuando Sadie volvía a casa, Spence estaba siempre al teléfono. O sentado delante del ordenador. Y no había vuelto a mencionar el tema.

Sadie casi empezó a pensar que lo había soñado ella, pero sólo tenía que ver cómo se comportaba con Edward, para saber que era la verdad.

Martha solía llevar a su hijo al despacho a menudo. Sobre todo, cuando Theo estaba navegando, algo que, dado que era su trabajo, ocurría con cierta frecuencia. Cuando Edward iba, Sadie siempre jugaba con él.

Martha le preguntó un día si quería llevárselo a casa, para poder introducir el tema de conversación con Spence de un modo natural.

Sadie recordó que le había aconsejado a Leonie que hablase con Richard, pero hacerlo ella no le parecía tan fácil.

—Sí, me llevaré a Eddie.

La noche con Eddie fue todo un éxito. El niño adoraba a Sadie. Y Sadie también lo quería mucho. Jugó con Spence. Y luego los tres cenaron macarrones y leyeron un cuento.

Al ver a Eddie y a Spence juntos, Sadie volvió a tener esperanza.

Martha fue a recoger al niño a las diez. Cuando Sadie fue a buscarlo, estaba dormido en la cama de matrimonio, y Spence, a su lado. Eddie lo tenía agarrado del dedo gordo.

¿Y Spence no quería tener hijos? ¿Cómo podía decir algo así?

Martha tomó a su hijo en brazos y le deseó suerte a Sadie.

A la mañana siguiente, nada más ver a Spence, le dijo:

—Tenemos que hablar.

Tal vez no fuese el mejor momento, porque en un par de horas saldría de viaje y no volvería hasta dos semanas más tarde, pero no podía permitir que se fuese sin hablar del tema.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De tener hijos.

Él se puso tenso y no dijo nada durante unos segundos, como si esperase que ella continuase.

—¿Qué pasa? —preguntó por fin.

—Que quiero hablar —repitió ella.

—Pues habla.

—No puedes declarar de repente que no quieres tener hijos.

—Claro que puedo. Y no me digas que tenía que habértelo dicho antes. Era imposible.

—Bueno, pero no es imposible que vuelvas a pensarlo. Y que cambies de opinión.

—No quiero cambiar de opinión.

—¿No puede hacer Edward que cambies de opinión?

—¿Qué tiene que ver Edward con todo esto?

—Que le quieres. Juegas con él. ¡Hasta te quedaste dormido con él! ¿Por qué quieres privar a un niño de un padre así? Seríamos unos buenos padres, Spence.

—Tú lo serías.

—Y tú también. ¡Estoy segura!

Él no contestó, se miraron a los ojos. Finalmente, Spence apagó el ordenador y se levantó.

—Te quiero, Sadie —dijo con tranquilidad—. Y creo que tú también me quieres.

—¡Claro que te quiero, maldita sea!

—Entonces, intenta entender que no voy a cambiar de opinión. Mis padres…

—¡Deja de esconderte detrás de tus padres!

—¿Qué has dicho?

—¡Ya me has oído! Que los sacas a relucir cada vez que no te permites hacer algo. Es cierto que dejaban mucho que desear. Y que eran una pareja infeliz, pero si cedes a su influencia, habrán ganado ellos.

—¡Claro que sí! —replicó él, furioso—. Nunca confiaron en mí. Siempre creyeron que era como ellos.

—Y tú también lo crees. Spence, te quiero. Y creo que tú también me quieres. Lo triste es que me parece que no te quieres a ti mismo.

Se hizo el silencio, Sadie acababa de decir una verdad imperdonable. Se quedaron así un tiempo, hasta que Spence dijo:

—No volveré hasta dentro de dos semanas. Si cambias de opinión, nos veremos a la vuelta. Si no, te sugiero que te marches y pidas el divorcio.

—¿Te ha dicho que pidas el divorcio? —repitió Martha incrédula—. ¿Cómo puede ser tan idiota?

—Es un cabezota —dijo Sadie, que se sentía vacía por dentro.

—Tal vez sea él quien cambie de opinión.

—No lo hará.

—¿Y tú?

—No puedo. Si me quedase con él, lo haría por un motivo equivocado. Sería porque no creo en él, y sí lo hago.

—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Divorciarte?

—Tal vez. Ya veremos. Pero no pienso seguir viviendo así.

Fueron las dos semanas más largas de la vida de Spence. Estaba deseando volver a casa, con su esposa. Aunque no se lo había dicho. Sólo había hablado con ella una vez, desde las Bahamas.

Había sido una conversación educada, distante, pero no había podido evitar preguntarle:

—Entonces, ¿vas a dejarme?

—Todavía no lo sé —había contestado ella.

Después de aquello, se había comunicado con ella vía fax y correo electrónico, porque no quería discutir. Ni tampoco quería oír lo que ella tuviese que decirle. Ya le había dicho demasiadas cosas.

Y él había intentado no darle vueltas. Sólo se lo había dicho porque estaba enfadada. Seguro que lo echaba de menos tanto como él a ella.

Consiguió adelantar el vuelo para volver a Butte y como eran las tres de la tarde, fue directo al despacho para darle una sorpresa.

Pero Sadie no estaba allí.

Grace Tredinnick estaba sentada delante del ordenador.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber Spence.

—Hola, hijo —lo saludó Grace mirándolo por encima de las gafas—. No te esperaba hasta mañana.

—He tomando un vuelo antes. ¿Dónde está Sadie? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Sadie se ha ido.

—¿A casa?

Grace sacudió la cabeza.

—Se ha marchado. Por eso estoy yo aquí.

Spence sintió que la sangre se le iba de la cabeza. Se le hizo un nudo en el estómago. Sintió calor, luego frío.

—¿Adonde ha ido?

—A Austin, Texas. Ha conseguido trabajo allí. Te ha dejado una carta y otras cosas en tu escritorio.

Él entró en su despacho. Había un sobre encima de la mesa, y una cajita al lado.

Spence cerró la puerta de una patada, se hundió en su sillón y tomó el sobre. Se le hizo un nudo en la garganta.

La carta decía exactamente lo que él no había querido leer, que le había tomado la palabra y se había ido. Que había aceptado trabajar para Mateus Gonsalves en Texas. No le reprochaba nada. Sólo decía que había hecho lo que él le había sugerido.

Spence abrió la caja. Dentro estaban los anillos que le había regalado, y también el de su abuelo.

Se los puso en la palma de la mano y los acarició, les dio vueltas. Le dolían la garganta y los ojos, los tenía húmedos.

Sadie sabía que todo iría bien. Su trabajo nuevo era interesante. Y era fácil trabajar con Mateus. Él dividía su tiempo entre Sao Paulo, Río y Austin. Así que, como con Spence, trabajaba mucho sola.

Sabía que había hecho lo adecuado marchándose. Quería demasiado a Spence para saber que no podía vivir con él si eso significaba aceptar la definición que sus padres habían dado de él. Tenía mucho más en su interior. Tanto amor por dar, si aprendiese a darse un poco a sí mismo.

Creía en sí mismo en el trabajo. ¿Por qué no lo hacía también en casa? ¿Con ella? Podía hacerlo. Sadie estaba segura.

Pero según los días iban convirtiéndose en semanas, y en un mes, y dos, y no supo nada de él, Sadie empezó a perder la moral.

Había estado segura de que iría a buscarla, de que lo entendería todo al leer su carta, de que iría a por ella y se la llevaría a casa. Había dicho adonde iba.

Y seguía en contacto con Martha. Hablaba por teléfono con Grace. En una ocasión, incluso había hablado con él, ya que había contestado al teléfono del despacho.

—¿Sadie? —había dicho sorprendido al oírla preguntar por Grace.

—Hola, Spence —había respondido ella fríamente—. ¿Cómo estás?

—Estoy… bien. Vuelvo a marcharme de viaje… Pero supongo que no te interesa. Supongo que tienes muchas cosas interesantes en tu nuevo trabajo.

—Unas cuantas. Fuimos a Río el mes pasado. Mateus me mantiene ocupada.

—Seguro que sí. Aquí está Grace —había dicho de repente, y le había dado el teléfono a la señora.

Después de hablar con él, no había podido dormir en toda la semana. Y estaba empezando a recuperarse cuando Mateus entró en la oficina una mañana y le dijo:

—Dame la enhorabuena, estoy comprometido.

—Me alegro mucho por ti.

Y se alegraba, pero había vuelto a casa y se había puesto a llorar por el amor que había perdido. Todavía no había pedido el divorcio, pero esperaba que Spence le mandase cualquier día los papeles. No tenía motivos para no hacerlo. Ella le había dejado. Podía divorciarse de ella y casarse con Dena.

—¿Ha dicho algo del divorcio? —le preguntó a Martha a la mañana siguiente.

—¿Acaso crees que me lo contaría a mí? No nos habla a ninguno. Bueno, tal vez un poco a Grace. Pasa mucho tiempo fuera.

Sadie se preguntó si trabajando. O buscando una nueva esposa.

Se atormentó con pensamientos parecidos. Y deseó superarlo. Pero a veces se sentía como si hubiese nacido queriendo a Spence Tyack y fuese a necesitar el resto de su vida para sacarlo de su vida, y de su corazón.

Mientras llevaba la ropa sucia de la semana a la lavandería que había en la planta baja de su edificio se dijo que tenía que empezar de cero. Metió las prendas una a una en la máquina, añadió el jabón y lejía. Lo que necesitaba era echarse lejía en el cerebro para olvidarse de Spence.

Vio una sombra detrás de ella.

—Lo siento —dijo sin darse la vuelta—. No quedan más lavadoras libres. Tendrá que esperar.

—No quiero la lavadora. Te quiero a ti.

Al oír aquella voz que le era tan familiar, se dio la vuelta, sorprendida.

—¡Spence!

Sintió ganas de correr hacia él, de abrazarlo y no dejarlo marchar. Pero él no se acercó. Se quedó en la puerta, con dos dedos gordos de las manos metidos en los bolsillos, como un vaquero. Se humedeció los labios y suspiró.

—Si me aceptas a mí… y a mis hijos —dijo sin sonreír.

—¡Oh, Spence! —entonces corrió hacia él, que la abrazó y la apretó contra su cuerpo.

—Dios mío, Sadie, cómo te he echado de menos —murmuró contra su boca, besándola. Luego hundió la cara en la curva de su cuello, sujetándola con fuerza.

—Perdone —dijo una voz detrás de Spence—. Necesito utilizar la secadora.

Ambos se apartaron, y Spence agarró a Sadie de la mano.

—Vamos arriba —sugirió ella.

Una vez arriba, le preguntó:

—¿Por qué hoy, después de estos meses? ¿Qué ha pasado?

—Que Mateus se ha comprometido.

—¿Y qué tiene que ver él con todo esto?

—Que pensé que tú… y él… Me dejaste y te fuiste con él. Y seguro que a él no le habría importado tener una docena de hijos. No podía interponerme entre vosotros.

Sadie se quedó sin palabras al oír su explicación.

—No —dijo por fin—. Nunca hemos tenido…

—Pero yo no lo sabía. Y no era justo para ti. Serías una madre estupenda.

—Si no pudiésemos tener hijos, Spence. Podría vivir sin ellos —le dolería, pero sobreviviría. Si lo tenía a él, sobreviviría.

—Si no podemos, intentaremos adoptar.

—Has cambiado de opinión.

—Me ha ayudado el abuelo. Y Richard Carstairs.

Sadie lo hizo sentarse en el sofá y le agarró la mano, llevaba puesto el anillo de su abuelo.

—El anillo me ha traído muchos recuerdos. Más malos que buenos. Él solía decirme que no escuchase a mis padres, que intentaban hacerme daño porque sufrían mucho, que estaban tristes y que a él le habría gustado hacer algo para cambiarlo, pero que no podía. Que tenían que encontrarse a sí mismos. Solía decirme que todo está en el interior de uno mismo, que yo podía ser lo que quisiera ser. Pero yo pensaba que se refería sólo al trabajo, no me daba cuenta de que eso podía aplicarse también a la vida, a la gente que quería. A nosotros también. Y Richard me llamó hace un par de semanas, Leonie está embarazada.

Sadie no supo si reír o llorar.

—Eso es estupendo.

—Sí. Y dijo que había sido gracias a ti, que le habías hecho abrir los ojos, y pensar en decisiones que había tomado sin consultar a su esposa. Se había dado cuenta de que lo había hecho porque tenía miedo. Más o menos, como yo. No quería ser como mis padres. Y me daba miedo no poder ser el hombre que quería ser, el hombre que tú creías que era. De hecho, sigo aterrado. Pero supongo que el abuelo tenía razón, que si me esfuerzo y corro el riesgo, puedo llegar a ser el hombre que quiera: tu marido, el padre de nuestros hijos, el hombre al que quieres y que te querrá… durante el resto de nuestras vidas.

Sadie ya estaba llorando cuando terminó de hablar, y abrazándolo, besándolo…

—Te quiero tanto —le susurró—. Pensé que te había perdido, que nunca vendrías.

—Vine en cuanto pensé que tenía una oportunidad. ¿La tengo?

—Sí, claro que sí, amor mío.

Spence nunca había pasado unas Navidades así.

Estaba nevando y hacía frío, soplaba el viento del norte y aquello era todo lo contrario a su luna de miel en Fiji. También estaban lejos de Austin, había conseguido llevarse a Sadie a casa cinco meses antes.

Pero era el mejor lugar del mundo para estar esa mañana, tumbado en el sofá, con Sadie entre sus brazos, observando el árbol de Navidad, el primero que compartían.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo ella.

—Es perfecto. No podría ser mejor —la vida no podía ser mejor.

—Bueno, es casi perfecto. Hay que cambiar un adorno de sitio para que se vea mejor.

—¿Cuál?

—Uno de los que ha hecho Grace a mano.

Al levantarse y mirar de cerca, Spence descubrió unos patucos.

—¿Y para qué hace este tipo de adornos para el árbol?

—No los ha hecho para el árbol, sino para un bebé.

Él la miró sorprendido. Tragó saliva. Miró a Sadie incrédulo.

—¿Estás… segura?

—Estoy bien. ¿Y tú?

¿Lo estaba? Spence lo reflexionó. Pensó en que estarían atados, en el estrés, la responsabilidad, el posible desastre, las noches sin dormir y todas las veces que lloraría su hijo y él no sabría el porqué.

Y entonces, pensó en compartir un hijo con Sadie, en el desafío y la alegría que representaría formar parte de la vida de otra persona, y sonrió.

Atravesó la habitación y abrazó a su esposa; la besó.

—Gracias a ti, Sadie, amor mío, no había estado mejor en toda mi vida.

Fin